

Santiago, 3ª parte

UNA EXPLICACIÓN Y APLICACIÓN DE LAS SAGRADAS ESCRITURAS

**LA VERDAD
PARA HOY**
UNA ESCUELA DE
PREDICACIÓN IMPRESA
Tomo 25, N.º 12

SANTIAGO, 3ª PARTE

**Autor:
Duane Warden**

Introducción	3
Pruebas, tentación, y la verdadera religión (Cap. 1)	17
Lecciones para hoy de Santiago 1	36

*con lecciones selectas
de Bill Hooten*

EDDIE CLOER, editor
2209 Benton Street
Searcy, AR 72143 - EE.UU.

*Hermanos míos,
tened por sumo gozo cuando
os halléis en diversas pruebas,
sabiendo que la prueba de
vuestra fe produce paciencia.
Mas tenga la paciencia su
obra completa, para que seáis
perfectos y cabales, sin que os
falte cosa alguna. Y si alguno
de vosotros tiene falta de
sabiduría, pídale a Dios, el
cual da a todos abundantemente
y sin reproche, y le será dada.*

Santiago 1.2-5

Cómo comportarnos según lo que creemos

(Santiago 1.19–27)

Salomón comenzó Eclesiastés 6 con las penetrantes palabras que dicen «Hay un mal que he visto debajo del cielo, y muy común entre los hombres» (Ecl 6.1). Parece apropiado introducir nuestro estudio con estas palabras, porque el pecado existe hoy y ha existido dentro del cuerpo de Cristo desde los días de Santiago. Este mal ha paralizado nuestra eficacia en el mundo que nos rodea. Neutraliza nuestro impacto y anula nuestra influencia sobre las personas que conocemos. Es el problema del divorcio, no entre esposos y esposas, sino entre nuestra teoría y nuestra práctica, entre nuestro oído y nuestro hacer, entre lo que creemos y cómo nos comportamos. Santiago ya se había ocupado de los problemas de las pruebas y las tentaciones. En 1.19–27, amplió el tema básico de su epístola: La fe marca la diferencia en la forma en que vivimos y actuamos.

Cuando observamos a quienes dicen que creen en una cosa pero practican algo totalmente diferente, generalmente los llamamos hipócritas. La palabra «hipocresía» se remonta a una palabra griega que se refería a la interpretación de un papel en el escenario. La «hipocresía» la hayamos con frecuencia en la religión. Casi todo el mundo conoce a alguien que va a los servicios religiosos los domingos y participa de todas las formas, sin embargo, lleva una vida pecaminosa los demás seis días de la semana. En Lucas 6.46, Jesús les dijo a las personas que las afirmaciones de la boca sin ninguna obediencia en sus vidas no eran más que hipocresía.

Santiago deja claro que la verdadera fe marca la diferencia en la forma en que se vive: en la forma de pensar, en la disposición, en el hablar y los hábitos. Nuestras pretensiones de espiritualidad no importan; lo que importa es que el control de nuestras vidas ha sido entregado a la voluntad del Señor Jesús.

En 1.19–27, el Espíritu Santo por medio de Santiago especifica las áreas en las que la fe debe marcar la diferencia en la forma en que vivimos.

El temperamento y la lengua. La capacidad de una persona para controlar su temperamento y su lengua constituye una de las mejores pruebas para demostrar si su fe y su vida están sincronizadas o no. Un individuo que es conocido por tener un temperamento ardiente y una lengua afilada no mejorará su reputación como cristiano. «Por esto, mis amados hermanos, todo hombre sea pronto para oír, tardo para hablar, tardo para airarse; porque la ira del hombre no obra la justicia de Dios» (1.19, 20).

Santiago estaba uniendo todos estos atributos en una sola situación. ¿Con qué frecuencia se ha visto a una persona enojarse y comenzar a hablar cuando debería haber estado escuchando? Ese fracaso adquiere un significado especial cuando se produce en un contexto religioso. A lo largo de los siglos, los cristianos han sido objeto de burlas y sarcasmo y no siempre han respondido como respondería Cristo. ¿Cómo reaccionamos cuando somos objeto de críticas? Santiago dijo que si nuestra fe realmente marca la diferencia, seremos «prontos para oír, tardos para hablar, tardos para [airarnos]» (1.19).

La cabeza y el corazón. Cuando se predica el evangelio, llegan respuestas variadas. Los filósofos de Atenas «disputaban con él» (Hch 17.18), sin embargo, los tres mil en el día de Pentecostés aceptaron y obedecieron el evangelio (Hch 2). La diferencia no está en el evangelio; sino que, como enseñó Jesús en la parábola del sembrador (Lc 8.4–15), está en aquellos que escuchan la Palabra.

Santiago, en esta epístola del «cristianismo práctico», trató el tema con énfasis en la diferencia que marca la Palabra en la vida diaria del cristiano. El
(Continúa en la página 52)

Traducido del inglés por Rodrigo Ulate González

Escuela Mundial de Misiones La Verdad para Hoy, es una obra no lucrativa sostenida por las iglesias de Cristo. Enviamos literatura cristiana a 150 naciones del mundo; lamentablemente, la enorme carga financiera de este esfuerzo nos imposibilita conceder peticiones de ayuda económica.

LA VERDAD PARA HOY es una publicación diseñada para alentar a predicadores, maestros y cristianos fieles a la gran tarea de estudiar y enseñar el evangelio. A menos que se indique una versión diferente, todas las citas bíblicas fueron tomadas de la traducción de Reina-Valera, revisión de 1960, © 1960 Sociedades Bíblicas Unidas. Se usan con permiso de la American Bible Society, New York, NY, www.americanbible.org. LA VERDAD PARA HOY © 2022 por TRUTH FOR TODAY, 2209 Benton Street, Searcy, AR 72143 EE.UU. www.biblecourses.com

Introducción

DISEÑO Y PROPÓSITO

Los estudiantes del Nuevo Testamento lleguen al Libro de Santiago con nociones firmes de exactamente qué tipo de documento es. Incluso llamarla «la carta de Santiago» es haber tomado ya importantes decisiones interpretativas. Lo ideal es permitir que el propio documento le diga al lector cuáles son realmente sus características literarias, su propósito y su estrategia. Los lectores actuales que examinan Santiago se beneficiarán de los siglos de trabajo que les han precedido, sin embargo, también deben mantenerse abiertos a nuevas perspectivas.

Tradicionalmente, a Santiago se le ha asignado un lugar en esa parte del Nuevo Testamento llamada «cartas». Hebreos se encuentra en una especie de tierra de nadie entre las cartas de Pablo y los documentos escritos por Santiago, Pedro, Juan y Judas. Estos últimos no van dirigidos, en su mayor parte, a ninguna iglesia en particular. Debido a que Santiago y algunos otros documentos similares a cartas no van dirigidos a ninguna iglesia en particular, a menudo se les llama «las cartas generales» o «las cartas universales». Si bien 2ª Juan y 3ª Juan parecen ser excepciones, encajan bien donde están.

Las tradiciones que colocan Santiago en el género de las cartas no son decisivas, sin embargo, tampoco son fortuitas ni arbitrarias. El documento comienza como solían empezar las cartas antiguas. El autor se identificó a sí mismo como «Santiago». Evidentemente, esperaba que el nombre tuviera algún peso entre quienes leyeran la obra. Este Santiago se llamó a sí mismo «siervo de Dios y del Señor Jesucristo» (1.1), sin embargo, cualquier creyente, antiguo o reciente, podría optar por describirse a sí mismo de esta manera. El autor no proporcionó mucha información sobre sí mismo

al lector. La mención del «Señor Jesucristo» les permite a los lectores concluir al menos esto: si el documento es una carta, se originó en un medio cristiano, o quizás uno cristiano judío.

Con un estilo típico de escritura de cartas, después de identificarse, Santiago se dirigió a la audiencia. Además, dijo «salud» (χαίρειν, *chairein*), usando la misma palabra que los griegos usaban comúnmente al iniciar una carta. En contraste, la apertura habitual de Pablo para sus cartas, «gracia» y «paz» (por ejemplo, Ro 1.7; 1ª Co 1.3), tiene un leve trasfondo judío. El versículo inicial ofrece indicadores que apuntan en la dirección en la que Santiago ha de leerse como una carta. Aún así, un autor podría adjuntar palabras usadas en cartas al principio de un documento cuya intención es hacer más o menos lo que normalmente hacen las cartas. Alternativamente, cristianos posteriores podrían haber agregado el versículo inicial a un documento que había sido escrito como algo más que una carta. La cuestión del género sigue abierta. A medida que se continúa leyendo, cuando se pasa el primer versículo, es probable que persistan las dudas sobre el género del documento. Se puede preguntar si la designación «carta» es la adecuada después de todo. Por ejemplo, se espera que una carta sea personal y de tono cálido. Puede que un lector moderno se sorprenda por la falta de calidez en Santiago. El autor parece haber sido distante, casi académico. Encajar al autor en un círculo de conocidos es, en el mejor de los casos, precario. No describió eventos, no hizo preguntas personales, no se refirió a lugares sobre los que él y sus lectores compartieran un recuerdo. Por lo que sabemos, el autor y sus lectores compartían pocas o ninguna experiencia en común. Hasta ese punto, es atípico para una carta. No surge ninguna pasión, ninguna decepción personal, ningún dolor, ni confesión a

medida que se desarrolla el documento. Santiago difícilmente puede verse como una carta.

Incluso cuando Santiago usó términos que sugieren un toque personal, las palabras no siempre parecían provenir de una relación personal entre él y sus lectores. Tres veces se dirigió a ellos llamándolos «amados hermanos míos» (1.16, 19; 2.5). En otros doce casos, se refirió a ellos como «hermanos» o «hermanos míos» (por ejemplo, 1.2; 2.1, 14; 3.1). Quizás las palabras sugieran amistad personal, o al menos un conocido de vista, sin embargo, podrían usarse de manera abstracta. Todos los cristianos comparten la hermandad en el Señor. Un hermano podría ser cualquier persona con quien se comparte la fe y la esperanza en Cristo.

El documento, especialmente en sus etapas iniciales, parece ser una serie de exhortaciones prácticas sobre cómo llevar una vida piadosa. Hay muchos imperativos. El tema pasa de las pruebas de los lectores (1.2, 12) a la sabiduría (1.5), a la humildad (1.9), al hombre rico (1.10), al cuidado del habla (1.19, 20), a las buenas obras (1.22–25). Si pudiéramos descubrir un tema a lo largo de los cinco capítulos del breve documento, podríamos clasificarlo como un sermón o un tratado que se centra en exhortaciones morales. Ambos eran géneros comunes en el siglo primero del cristianismo. En los capítulos que siguen, el autor amplió algunos de los temas introducidos en el primer capítulo. La sabiduría surge de nuevo en 3.13–18. Se dice más sobre los ricos en 2.1–7 y 4.13–5.6. El autor desarrolló la relación entre las obras y la fe en 2.14–26. Cuidarnos de nuestro hablar es el tema en 3.1–12. Cuanto más se avanza, más inseguro se está de que «carta» es la designación adecuada para lo que se está leyendo. Incluso así, si Santiago fue adaptada escasamente al género de las cartas, ¿cuál fue la estrategia del autor? ¿Qué tipo de documento estamos leyendo?

Como se mencionó, hay muchas exhortaciones, y abundan los imperativos en segunda y tercera persona. Sin embargo, a pesar de toda la exhortación, sacar conclusiones acerca de una iglesia o iglesias específicas (como podemos, por ejemplo, en 1ª Corintios) es difícil. La mayoría de los imperativos son de naturaleza tan general que podrían adaptarse a casi cualquier grupo de cristianos. Por ejemplo, todas las iglesias ciertamente incluían algunos miembros que necesitaban aliento para cuidar su manera de hablar (1.19–21). No está claro si el autor se estaba dirigiendo a iglesias con las que estaba directamente familiarizado o

si escribió una exhortación general que encajaría con cualquier iglesia como las que conocía.

Basado en la referencia al «Señor Jesucristo» en el versículo inicial, tenemos que decir que se debe agregar «cristiano» a Santiago. Surgió en un entorno cristiano, sin embargo, a medida que avanzamos en el documento, incluso eso requiere una revisión adicional. Después del versículo inicial, los nombres «Jesús», «Cristo» o «Jesucristo» aparecen solo en 2.1. Por el contrario, los nombres aparecen solos o combinados dieciocho veces en 1ª Tesalonicenses, trece veces en 2ª Tesalonicenses, veintisiete veces en Colosenses, veintidós veces en 1ª Pedro y catorce veces en 1ª Juan. Santiago tiene poco que decir sobre Jesús. A veces, «Señor» parece ser una referencia a Jesús (vea 5.7, 8), sin embargo, a veces no lo es (vea 1.7; 3.9; 5.4). Hay que tener en cuenta la posibilidad de que Santiago, en su mayor parte, comenzara como un sermón o tratado para judíos reunidos en sinagogas. Algunos sugieren que Santiago ha sido levemente adaptado a un entorno cristiano con la adición de 1.1 y 2.1. Un examen más detenido revela que Santiago no hace referencia al Espíritu Santo,¹ ni a la cruz, ni a la resurrección. No hay expectativas de vida después de la muerte ni llamados a la obra reconciliadora de Cristo. El documento parece preocuparse poco por las grandes doctrinas, las confesiones que se encuentran en el corazón de la fe cristiana.

En lugar de encontrar su lugar entre los documentos que componen el Nuevo Testamento, Santiago parece estar más cómodo en el mundo del pensamiento del Antiguo Testamento. Las frases y alusiones esparcidas en sus páginas tienden a atraer las mentes de los lectores en direcciones a las que los autores del Nuevo Testamento no suelen ir. Santiago parece respirar el espíritu del Antiguo Testamento, a veces más sutilmente y otras sutilmente menos. Al autor le encantaba una figura retórica bien elegante, como las que se encuentran en los Profetas. El que duda «es semejante a la onda del mar, que es arrastrada por el viento y echada de una parte a otra» (1.6). Aquel que escucha la palabra, pero no la cumple, «es semejante al hombre que considera en un espejo su rostro natural» (1.23). La lengua es pequeña sin embargo, potente en su impacto, como el freno en la boca de un caballo o el timón de un barco (3.3,

¹ Los dos usos de «espíritu» (2.26; 4.5) parecen ser referencias al espíritu humano. Sin embargo, la Reina-Valera escribe «Espíritu» con mayúscula en 4.5 (vea comentarios sobre 4.5).

4). Como un incendio forestal, comienza pequeño, sin embargo, puede causar un gran daño (3.5, 6).

Santiago se parece aún más explícitamente al Antiguo Testamento. Al igual que con Moisés (Dt 14.29; 16.11), Santiago entendió la «religión pura y sin mácula» como el cuidado de «los huérfanos y [...] las viudas en sus tribulaciones» (1.27). En el Antiguo Testamento, a Dios se le llama comúnmente «Jehová de los ejércitos». Pablo citó un pasaje del Antiguo Testamento que contenía la frase (Ro 9.29; vea Is 1.9), sin embargo, solo Santiago entre los autores del Nuevo Testamento usó las palabras por su propia iniciativa (5.4). (La palabra hebrea para «ejércitos» se transcribe en estos textos como «Sabaoth».)

En el período del Nuevo Testamento, los hablantes de griego entre el pueblo de Dios podrían haber elegido «sinagoga» (συναγωγή, *sunagōgē*) o «iglesia» (ἐκκλησία, *ekklēsia*) para su asamblea. Las dos palabras tienen diferentes matices, sin embargo, tienen un significado similar. Con el tiempo, los judíos llamaron a sus lugares de reunión «sinagogas» y los cristianos se refirieron a las asambleas de creyentes como «iglesias». La excepción es Santiago. Un hombre pobre o rico, dijo, podría entrar en la «congregación» cristiana (*sunagōgē*; la palabra para «sinagoga» 2.2). Solo una vez usó la palabra «iglesia» (*ekklēsia*; 5.14), sin embargo, incluso entonces la usó como una designación formal para los creyentes, sea en asamblea o no. A la asamblea cristiana, como tal, le llamó, en griego, «sinagoga».

Santiago citó tres veces el Antiguo Testamento de manera directa. Citó «la ley real» como «Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (2.8; Lv 19.18). Cuando buscó apoyo para su afirmación de que las obras debían seguir a la fe, Santiago citó Génesis: «Abraham creyó a Dios, y le fue contado por justicia» (2.23; vea Gn 15.6). Parece haber dado el sentido de las Escrituras en 4.5, sin embargo, en 4.6 Santiago claramente citó Proverbios, diciendo: «Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes» (vea Pr 3.34). El documento contiene alusiones al Antiguo Testamento además de las citas directas y conscientes.

Más allá de estas citas, Santiago recurrió a personajes del Antiguo Testamento para reforzar lo que enseñó. Abraham e Isaac ilustraron la necesidad de obras (2.21). «Rahab la ramera» no solo le creyó a Dios, también actuó en su fe cuando «recibió a los mensajeros y los envió por otro camino» (2.25). Además, Job ofreció un ejemplo de la resistencia

que necesitan los cristianos (5.11) y Elías ilustró el poder de la oración para cambiar el curso de la historia (5.17).

Si bien los vínculos entre Santiago y la Ley y los Profetas son significativos, el autor encontró que su mundo de pensamiento se establece más claramente en otra porción de las Escrituras. El autor de Santiago se sentía más a gusto entre la literatura sapiencial del Antiguo Testamento, específicamente, el Libro de Proverbios. Como Proverbios, el texto de Santiago pasa de un pensamiento a otro, explorando los caminos de la sabiduría. El documento constituye una serie de exhortaciones y consejos prácticos para quienes creen que Jesús es el Cristo. Si bien Santiago dejó las grandes doctrinas del Nuevo Testamento en gran parte sin explorar, estaba seguro de que la doctrina debía marcar la diferencia en la forma en que se vive.

El asunto podría considerarse cerrado. Santiago es una obra de sabiduría. Su estrategia y diseño se basan en el género sapiencial que se encuentra en el Antiguo Testamento; sin embargo, en el punto en el que pensamos que podemos comprender la naturaleza de Santiago, surgen otros problemas. Si Santiago carece de temas que se espera en un documento cristiano, también carece de temas esperados en un documento escrito por un judío para judíos. En el curso de sus exhortaciones, no se menciona ni al pueblo judío ni a la nación de Israel. Podríamos esperar que una obra judía dijera algo sobre la circuncisión, el día de reposo, los días festivos, las leyes alimentarias, los sacrificios o el sacerdocio. Si bien el autor difícilmente ignoró el Antiguo Testamento, se esperaría que una obra judía se deleitara con las Escrituras antiguas. Aquellos que sostienen que Santiago se originó como un documento judío y fue adaptado débilmente a las necesidades de la iglesia cristiana, encuentran difícil explicar su falta de interés en asuntos que estaban cerca del corazón de los judíos o judíos cristianos.

La falta de temas judíos recuerda otro asunto. Santiago carece de importantes temas cristianos; sin embargo, una segunda lectura puede demostrar que se ha pasado por alto ideas cristianas distintivas. Cuando Santiago escribió acerca de la oración diciendo que se «pida con fe» (1.6), adoptó un elemento importante de las enseñanzas de Jesús. La referencia a «la corona de vida» (1.12) recuerda el regreso del Señor. El nuevo nacimiento se puede escuchar por medio de su declaración de que

Cristo «nos hizo nacer por la palabra de verdad, para que seamos primicias de sus criaturas» (1.18). Debido a que todos están perdidos en pecado, mencionó «la palabra implantada, la cual puede salvar vuestras almas» (1.21). La relación de los cristianos con Dios se define por «la perfecta ley, la de la libertad» (1.25), y es «la ley real» (2.8) la que está en el corazón de la ética piadosa. El lenguaje de Santiago se basa más en ideas cristianas de lo que se podría haber pensado.

Además, sin citar directamente a Jesús, Santiago contiene varias declaraciones que parecen provenir de los Evangelios (vea 1.6, 22; 4.10; 5.12). Toca varios puntos de contacto con el Sermón del Monte en Mateo. La declaración «pídala a Dios» en Santiago 1.5 suena como la súplica de Jesús: «Pedid, y se os dará» (Mt 7.7). La frase «la ira del hombre» en Santiago 1.20 es similar a la declaración de Jesús que dice «cualquiera que se enoje contra su hermano, será culpable de juicio» (Mt 5.22). Además, los paralelos entre Santiago y 1ª Pedro son significativos (vea la tabla en la página 15). La expectativa de la venida del Señor en Santiago 5.7, 8 es más probable que se lea como una expectativa del regreso de Jesús que como la venida de Dios en juicio.

Si bien Santiago estaba inmerso en el pensamiento del Antiguo Testamento, se expresó usando terminología específicamente cristiana. Cuando se considera que los cristianos se entendían a sí mismos como los herederos espirituales del pueblo de Dios y las promesas de Dios en el Antiguo Testamento, es menos sorprendente que una carta cristiana tenga un marcado estilo anti-quotestamentario.

Santiago no encaja fácilmente en un género ampliamente utilizado y claramente definido. Quizás lo mejor que podemos hacer es llegar a la conclusión de que se trata de una obra de exhortación moral emitida en formato de carta. Los temas del documento son similares a los de Proverbios. A medida que avanzamos, a veces nos referiremos a Santiago con el término más genérico «documento», y otras veces lo llamaremos «carta». Ambos son apropiados.

EL AUTOR

El primer versículo del libro identifica al autor como «Santiago, siervo de Dios y del Señor Jesucristo» (1.1). «Santiago» proviene del castellano antiguo *Sant Iaco* para San Jacob, y éste del hebreo *Ya'akov*. Puede que el autor de Santiago haya sido

un cristiano desconocido, alguien como Apolos, cuyas apariciones fugaces en Hechos y 1ª Corintios nos dejan adivinando. Esa es una posibilidad, sin embargo, es poco probable que el autor de Santiago apareciera de las sombras, escribiera el documento en cuestión y luego desapareciera de nuevo en las sombras.

Quienquiera que fuera el autor, asumió el derecho de amonestar y corregir a sus lectores. Les dio mandamientos provenientes de Dios. Al parecer, era alguien muy conocido entre las iglesias, un líder reconocido. Si el autor no era alguien desconocido en el Nuevo Testamento, ¿quiénes son los candidatos? ¿Cuántos hombres llamados «Jacob» menciona el Nuevo Testamento que podrían haber escrito una carta como esta?

Jacobo, el hermano de Juan y el hijo de Zebedeo

Jacobo, el hermano de Juan e hijo de Zebedeo, viene inmediatamente a la mente. Después de que Jesús fue bautizado por Juan el Bautista, regresó a Galilea y comenzó a predicar (Mt 4.12–17). Apenas había comenzado su ministerio cuando encontró a cuatro hombres en su comercio de pesca: Pedro, Andrés, Jacobo y Juan. Cuando se mencionan los dos últimos hermanos, Jacobo suele ser el primero. Aparentemente, era el mayor de los dos y probablemente el líder. Cuando Jesús escogió a doce de entre Sus discípulos que habían de estar cerca de Él y llevar a cabo Su misión, los dos grupos de hermanos estaban entre ellos. En cada lista de los apóstoles, sus nombres aparecen de primero (Mt 10.2; Mr 3.16–18; Lc 6.14; Hch 1.13). De entre los Doce, Jesús seleccionó a Pedro, Jacobo y Juan para que lo acompañaran en ocasiones de gran importancia. Cuando Jesús resucitó a la hija de Jairo de entre los muertos, los tres estaban allí (Mr 5.37–43). En un momento crucial de Su ministerio, Moisés y Elías se le aparecieron a Jesús. Solo Pedro, Jacobo y Juan de los Doce presenciaron el evento (Mt 17.1–8).

El hermano de Juan era el tipo de líder que se esperaría que escribiera un mensaje de aliento y reprimenda como el documento que llamamos «Santiago». Sin embargo, una consideración importante hace que su autoría sea casi imposible. Al principio de la historia de la iglesia, no muchos años después de la crucifixión de Jesús y el sermón de Pedro el día de Pentecostés, Jacobo, el hermano de Juan, sufrió el martirio. A veces la cronología de los eventos como los describió Lucas en Hechos

es difícil de resolver, sin embargo, los eventos descritos en Hechos 12.2 pueden sincronizarse con eventos a los que históricamente se les puede dar una fecha gracias a fuentes extrabíblicas.

Herodes Agripa I, llamado «el rey Herodes» (Hch 12.1), era nieto de Herodes el Grande, también llamado «rey Herodes» (Mt 2.1). Bajo los emperadores Calígula y Claudio, Agripa I alcanzó grandes alturas de poder.² Claudio le dio el título de «rey» alrededor del año 41 d.C. y lo hizo gobernador sobre un territorio con una extensión aproximadamente igual al que había gobernado su abuelo. No mucho después de haber ampliado su reino para incluir Judea y Samaria, Agripa visitó Jerusalén, probablemente en el año 42.

Si el nuevo gobernante de Judea no se había dado cuenta del revuelo que los cristianos habían causado en Jerusalén antes de su llegada, los principales sacerdotes y otras autoridades religiosas se lo hicieron saber rápidamente. Lucas registró que cuando el rey Herodes (es decir, Herodes Agripa) llegó a Jerusalén, «echó mano a algunos de la iglesia» (Hch 12.1). Sin duda actuó para complacer a las autoridades religiosas. Independientemente de lo que los romanos quisieran de sus reyes clientelistas, mantener la paz era una alta prioridad. El rey juzgó que los cristianos eran una fuente de malestar. Decidió eliminar su liderazgo; con el tiempo, el movimiento moriría como lo habían hecho movimientos similares. Lucas registró: «Y mató a espada a Jacobo, hermano de Juan» (Hch 12.2).

Dos años después de que Agripa mató a Jacobo, él mismo murió, alrededor del año 44 d.C. El evento está registrado con palabras similares en Hechos 12.20–23 y por Josefo.³ Habiendo sido muerto aproximadamente una década después de la crucifixión, Jacobo, el hermano de Juan, no podría haber sido el autor del documento de nombre «Santiago». Para el año 42 d.C., pocos cristianos judíos vivían más allá de las fronteras de Judea. Los primeros lectores de Santiago habían sido cristianos el tiempo suficiente como para haber enfrentado persecución (1.2, 3), haber luchado con conceptos doctrinales (2.21–26) y haber disputado entre sí (4.1). Las iglesias a las que se dirigió Santiago habían existido el tiempo suficiente para nombrar ancianos (5.14). Los cristianos habían sido llevados a la corte por los ricos (2.6). No había pasado

suficiente tiempo para que acontecimientos como los que se ven en el Libro de Santiago ocurrieran en iglesias fuera de Judea antes de que muriera el hermano de Juan.

Jacobo, el hermano de Juan e hijo de Zebedeo, probablemente no fue el autor de esta carta, sin embargo, el caso no es tan abierto y cerrado como se podría pensar a primera vista. Según la mayoría de los cálculos, Pablo se convirtió en Damasco dos o tres años después del sermón de Pentecostés de boca de Pedro. En ese breve período, la persecución que siguió a la lapidación de Esteban había esparcido a los creyentes a unos 240 kilómetros al noreste de Damasco, donde habían buscado refugio en la gran comunidad judía de la ciudad. Los cristianos también podrían haberse esparcido a otras ciudades de Siria. Además, después de que Saulo fue enviado de regreso a Tarso por los cristianos en Jerusalén (Hch 9.29, 30), probablemente estaba predicando a Cristo en las regiones de Cilicia y Siria durante algunos años antes de que Bernabé lo presentara a la iglesia en Antioquía (Hch 11.25, 26). Se sospecha que Pablo estaba refiriéndose a una obra misionera anterior cuando escribió: «fui a las regiones de Siria y de Cilicia» (Ga 1.21). La iglesia de Jerusalén lo había enviado a Tarso, sin embargo, Pablo mismo escribió sobre ir a un área geográfica más amplia.

Una gran parte de la labor misionera temprana de Pablo antes del comienzo de su gira con Bernabé (Hch 13.2) podría haber sido predicar a Cristo y fundar iglesias en Siria y Cilicia. La segunda gira misionera iniciada en compañía de Silas indica que ya existían iglesias en Siria. El mismo Pablo podría haberlas plantado en los años posteriores a que la iglesia de Jerusalén lo envió de regreso a Tarso. El registro en Hechos comienza diciendo: «... pasó por Siria y Cilicia, confirmando a las iglesias» (Hch 15.41). Algunas de esas iglesias podrían haberse establecido años antes de que Bernabé trajera al apóstol a Antioquía.

Es posible que iglesias compuestas en gran parte por creyentes judíos estuvieran bien establecidas en las ciudades de Siria y Cilicia antes de la muerte del hijo de Zebedeo. Jacobo dirigió su obra «a las doce tribus que están en la dispersión» (1.1). La dispersión a la que se refirió podría haber sido creyentes que habían emigrado a Siria y Cilicia, al norte de Jerusalén. Los creyentes que emigraron allí pueden haber sido fortalecidos por la predicación de Pablo. Pudo haber fundado nuevas iglesias en la región, convirtiendo tanto

² El historiador judío Josefo proporcionó un registro de los eventos. (Josefo *Antigüedades* 18; 19.)

³ *Ibíd.*, 19.8.2.

a judíos como a gentiles a Cristo. Puede que sea dudoso por otras razones que Jacobo, el hijo de Zebedeo, escribiera el documento llamado «Santiago»; sin embargo, su muerte alrededor del 42 d.C. no excluye la posibilidad.

Jacobo, el hijo de Alfeo

Tentativamente, al menos, se puede concluir que el hijo de Zebedeo no es el autor de Santiago. ¿Qué otros personajes del Nuevo Testamento podrían ser posibles? No es necesario buscar más allá de las listas apostólicas. El nombre era común. Otro de los apóstoles debía distinguirse del hijo de Zebedeo. Él era Jacobo, el hijo de Alfeo (Mt 10.3). El Nuevo Testamento no dice prácticamente nada sobre él, ya que prácticamente no dice nada sobre otros entre los Doce. Por las mismas razones por las que Santiago probablemente no fue escrito por un autor desconocido, puede descartarse al hijo de Alfeo como el autor del documento. Jacobo, el hijo de Alfeo, probablemente no hubiera esperado que los lectores esparcidos por una gran área geográfica lo identificaran sobre la base de la simple declaración de 1.1.

Jacobo, el padre de Judas

Se dice que un tercer Jacobo fue el padre de uno de los apóstoles. Fue el padre de Judas «no el Iscariote» (Lc 6.16; Jn 14.22; Hch 1.13). Todas las razones para dudar de que un Jacobo por demás desconocido o Jacobo, el hijo de Alfeo, sea el autor, aplican doblemente a Jacobo, el padre de Judas. Presumiblemente, no es el autor de Santiago. Sin embargo, debe notarse que estamos tratando con probabilidades y posibilidades. Al final, ni el Nuevo Testamento ni la carta de Santiago en sí identifican al autor más allá del registro de un simple nombre.

Jacobo, el hermano del Señor

Mediante un proceso de eliminación, llegamos a otro hombre llamado «Jacobo» que puede ser el autor del documento. Se le menciona por primera vez en Mateo 13.55. Después de que Jesús enseñó sobre el reino de los cielos por medio de muchas parábolas, regresó a su ciudad natal, Nazaret en Galilea. Cuando Jesús enseñó en la sinagoga, se asombraron de su sabiduría y se mostraron escépticos acerca de los milagros que se decía había hecho. La gente de su ciudad natal preguntó: «¿No es éste el hijo del carpintero? ¿No se llama su madre María, y sus hermanos, Jacobo, José, Simón y

Judas?» (Mt 13.55). El relato de Marcos es similar excepto que se dice que Jesús es «el carpintero» en lugar de «el hijo del carpintero», y el orden de los nombres de los hermanos es diferente (Mr 6.3). En ambos relatos, Jacobo es el primero. Con toda probabilidad, era el hermano mayor después de Jesús.

Los familiares mismos de Jesús no estaban seguros de Él. María habría tenido la ventaja sobre sus hijos en que ella «guardaba» los recuerdos de Su nacimiento y los primeros años «en su corazón» (Lc 2.51), sin embargo, incluso ella temía por Su vida. Solo Marcos registró que en un punto «los suyos», aparentemente refiriéndose a Su familia, «vinieron para prenderle; porque decían: Está fuera de sí» (Mr 3.21). En el mismo contexto, la madre de Jesús y Sus hermanos aparecieron afuera de una casa donde Jesús estaba enseñando, deseando verle (Mr 3.31). Sabían que Jesús estaba haciéndose de enemigos poderosos. Parece que querían llevarlo a casa y alejarlo de la compañía que buscaba hacerle daño. Juan registró en cierto punto que Sus hermanos lo ridiculizaron (Jn 7.2–4). El apóstol luego mencionó: «Porque ni aun sus hermanos creían en él» (Jn 7.5). En las primeras etapas del ministerio de Jesús, Jacobo, el hermano del Señor, no era creyente.

No se sabe exactamente cuándo y bajo qué circunstancias los hermanos se hicieron creyentes. Tenemos razón al suponer que la confianza de María en Jesús era incansable. Sus otros hijos comenzaron a reconsiderarlo. El primer indicio de que los hermanos se habían convertido en creyentes es después de Su crucifixión y resurrección. Entre la compañía de los discípulos de Jesús que se reunieron en Jerusalén después de Su ascensión y antes de la venida del Espíritu Santo en Pentecostés, estaban «María la madre de Jesús» y «sus hermanos» (Hch 1.14).

Se podría notar de pasada que algunos estudiosos de la Biblia de los primeros siglos han identificado a Jacobo, el hijo de Alfeo, con Jacobo, el hermano del Señor. El argumento gira en torno a una síntesis de Marcos 15.40 y Juan 19.25, seguido de un intento por identificar a las mujeres que estuvieron en la cruz de Cristo. El primer paso es identificar a la hermana de María, la madre de Jesús, como María, la mujer de Cleofas. ¡Dos hermanas tendrían que haber llevado el nombre de «María»! Después de eso, Cleofas es identificado con Alfeo sobre el argumento de que se produjo una pérdida de sonidos consonantes en el proceso

de transliteración del arameo al griego.

Según este punto de vista, Jacobo, el hijo de Alfeo; Jacobo, el menor; y Jacobo, el hermano del Señor, eran todos la misma persona. El alegato es que Jacobo era un primo, no un hermano biológico de Jesús. Jerónimo fue el primero en desarrollar y defender la teoría a finales del siglo IV y principios del V. Su teoría proporcionó una defensa para su firme opinión de que María era una virgen perpetua. Una variación de la teoría sostiene que María se casó con Alfeo después de la muerte de José y que Jacobo era hijo de Alfeo de un matrimonio anterior. Aparte de la gramática forzada que requiere esta interpretación, el problema más evidente es que Jacobo, el hijo de Alfeo, fue un apóstol desde los primeros días, mientras que los hermanos de Jesús eran escépticos.

¿Qué sabemos del hermano del Señor? ¿Cuál es la evidencia de que él fue el autor de esta carta? Después de las breves referencias a Jacobo en los Evangelios, aparece a continuación en Hechos 1.14 (donde los hermanos de Jesús se reunieron con los discípulos en Jerusalén antes de Pentecostés). Sin embargo, la primera mención de él por nombre se encuentra en Hechos 12.17. El Jacobo a quien Pedro quería enviarle un mensaje no podría haber sido Jacobo, el hermano de Juan, ya que él ya había sido «[muerto] a espada» (Hch 12.2). Jacobo, el hermano del Señor, fue una figura destacada en el concilio de Jerusalén (Hch 15.13). Pedro habló en la reunión del concilio (Hch 15.7), sin embargo, es la última vez que el apóstol aparece en Hechos. Aparentemente, el liderazgo de la iglesia de Jerusalén recayó en Jacobo. La carta que envió la iglesia de Jerusalén sobre los requisitos para los creyentes gentiles (Hch 15.22–29) parece haber sido escrita por Jacobo. Al final del tercer viaje misionero, Jacobo era una figura destacada en la iglesia de Jerusalén (Hch 21.18). Él fue quien le dio a Pablo instrucciones sobre cómo pagar los gastos de ciertos hombres que habían hecho un voto. Pablo se refirió a este Jacobo en Gálatas 1.19 y nuevamente en Gálatas 2.9, 12. El apóstol de los gentiles lo puso en compañía de otros «de los apóstoles» y lo llamó «el hermano del Señor».

Fuera de la Biblia, los primeros judíos y cristianos mencionaron a Jacobo. Josefo escribió un breve relato de su muerte que es útil para fechar el evento en el 62 o 63 d.C. Josefo pasó los últimos años de su vida en Roma. Escribió sobre los judíos para una audiencia romana. En un punto, describió la muerte de Santiago, el hermano del

Señor. En el proceso, mencionó a los gobernadores romanos de Judea, cuyo mandato puede fecharse de fuentes seculares. Su descripción es útil para fechar la muerte de Jacobo. Él escribió:

Ananus, quien [...] tomó el sumo sacerdocio, [...] también pertenecía a la secta de los saduceos, que son muy rígidos a la hora de juzgar a los infractores, [...] pensó que ahora tenía una oportunidad adecuada [para ejercer su autoridad]. Festo ya había muerto y Albino estaba en el camino; entonces reunió al sanedrín de jueces, y trajo ante ellos al hermano de Jesús, que se llamaba Cristo, de nombre Jacobo, y algunos otros, [o algunos de sus compañeros]; y habiendo formado una acusación contra ellos como infractores de la ley, los entregó para que fueran apedreados.⁴

Eusebio fue un historiador de la iglesia que vivió en el siglo cuarto. Escribió una historia de la iglesia basándose en muchos documentos que se remontan a siglos anteriores, documentos que han perecido hace mucho tiempo. Escribió sobre los eventos que rodearon la muerte de Jacobo de la siguiente manera:

Cuando Pablo apeló a César [...] los judíos quedaron decepcionados [...] y se volvieron contra Jacobo, el hermano del Señor [...]. Ellos [...] exigieron una negación de la fe en Cristo [...], sin embargo, cuando él [...] confesó [...] que nuestro Señor y Salvador Jesucristo es el Hijo de Dios, no pudieron soportar más su testimonio, ya que todos los hombres creían que él era el más justo debido a la estatura que había alcanzado en una vida de filosofía y religión [...]. Lo arrojaron desde la almena y lo mataron a golpes con un garrote [...]. Hegesipo, que pertenece a la generación posterior a los Apóstoles, da el relato más exacto de él [...]: «[Jacobo] fue llamado el “Justo” por todos los hombres desde el tiempo del Señor hasta el nuestro, desde entonces [...] fue santo desde el vientre de su madre. No bebió vino ni licor, ni comió carne; ninguna navaja pasó sobre su cabeza; no se ungió con aceite y no fue a los baños [...]. Solía entrar solo en el templo y lo encontraban arrodillado y orando por el perdón del pueblo, de modo que sus rodillas se endurecieron como las de un camello debido a su constante adoración a Dios, arrodillándose y pidiendo perdón por las personas [...]. Así los escribas y fariseos [...] hicieron que Jacobo se parara sobre la almena del templo [...]. Y [Jacobo] respondió [...], “¿Por qué me preguntas acerca del Hijo del Hombre? Él está sentado en el cielo a la diestra de la gran potencia, y vendrá sobre las nubes del cielo”. [...] Entonces subieron y arrojaron al Justo, y se dijeron unos a otros: “Apedreemos a Jacobo el Justo”, y comenzaron a apedrearlo, ya que

⁴ *Ibíd.*, 20.9.1.

la caída no lo había matado, sin embargo, él se volvió y se arrodilló diciendo: “Oh Señor, Dios y Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”». ⁵

A mediados de la década de 1940, se descubrió un alijo de documentos gnósticos en un sitio llamado «Nag Hammadi» en el Alto Egipto. Parecen ser copias de obras compuestas en el siglo segundo. Jacobo y otros miembros de la familia del Señor aparecen en algunos de los documentos. Si bien su valor para la información histórica es limitado, ofrecen evidencia de que la familia de Jesús fue más importante en la iglesia primitiva de Jerusalén de lo que comúnmente se ha reconocido. La literatura de Nag Hammadi, las pseudo-clementinas (hazañas románticas que se remontan al siglo tercero o cuarto) y otras fuentes están ligadas a preguntas sobre la relación entre el cristianismo judío, el gnosticismo y la iglesia ortodoxa durante finales del siglo primero y segundo. Estudios recientes han demostrado que eruditos anteriores podrían haber subestimado la importancia de Jacobo, Judas y otros miembros de la familia del Señor durante las primeras décadas de la iglesia.

Todo lo que sabemos de Jacobo, el hermano del Señor, tanto dentro como fuera de la Biblia, armoniza bien con el contenido de la carta de Santiago. Hechos 15.13–21 registra un breve discurso de Jacobo. Sus palabras sugieren que él fue en gran medida el autor de la carta enviada por la iglesia de Jerusalén para referirse al influjo de creyentes gentiles en las filas cristianas. Algunas de las expresiones y maneras de hablar de Jacobo en Hechos tienen paralelos en el documento que lleva su nombre. Por ejemplo, el mandato de «oíd» aparece tanto en su discurso en Hechos 15.13 como en Santiago 2.5. Además, la palabra que se traduce como «salud» (*chairein*) en su carta en Hechos 15.23 es la misma que se usa en Santiago 1.1. Era la forma habitual de abrir una carta entre los hablantes de griego, sin embargo, es inusual en el Nuevo Testamento. Jacobo también usó una expresión hebrea común, «vuestras almas», en Hechos 15.24. Las mismas palabras aparecen en Santiago 1.21. Algunos han defendido otros paralelos. Las semejanzas no son suficientes para una conclusión definitiva de que el autor de los dos documentos fue la misma persona, sin embargo, los paralelos no carecen de significado.

La carta de Santiago tiene el tipo de orientación

judía que se esperaría de un líder de la iglesia judía en Jerusalén. Además, el documento tiene posiblemente más reminiscencias verbales de las enseñanzas de Jesús que todos los demás escritos apostólicos del Nuevo Testamento juntos. Santiago no citó tanto a Jesús sino que incorporó las palabras del Señor en las exhortaciones del documento. Los paralelos entre Santiago y el Sermón del Monte son particularmente sorprendentes (vea comentarios en la página 16).

De maneras más sutiles, Jacobo demostró estar completamente a gusto en el idioma griego del mundo helenístico. El autor usó un excelente griego y tomó prestado de la terminología que era de uso común en los círculos griegos. La evidencia interna y externa brinda un apoyo considerable a la conclusión de que el Santiago de 1.1 es Jacobo, el hermano del Señor.

LA FECHA

Tomando el testimonio de Josefo al pie de la letra, Jacobo, el hermano del Señor, fue martirizado alrededor del año 62 d.C. Si el libro fue escrito por Jacobo, no podría haber sido escrito después de esa fecha, sin embargo, podría haber sido escrito algunos años antes. La iglesia probablemente no se habría expandido fuera de Judea, no habría organizado congregaciones con ancianos y habría comenzado a enfrentar persecuciones antes del 45 d.C. En algún momento entre el 45 y el 60, Jacobo aparentemente se dio cuenta de las pruebas por las que estaban pasando cristianos en iglesias a cierta distancia de Jerusalén. Los viajeros probablemente lo mantuvieron informado de los desarrollos.

El Libro de Hechos sugiere que la expansión de la iglesia de Judea fue en dirección noreste. La mejor evidencia disponible sugiere que Jacobo escribió a iglesias esparcidas por Siria en una línea desde Antioquía hasta Damasco. No conocía de primera mano las iglesias; sin embargo, sus experiencias con iglesias en Judea, junto con informes de hermanos en Siria, le permitieron evaluar sus necesidades. Judas y Pedro podrían haber contribuido a la labor de Pablo edificando iglesias en la región. Judas parece haber escrito desde un contexto judío como lo hizo Jacobo, y Pedro escribió su primera carta a iglesias esparcidas al norte y al oeste de Siria y Cilicia. Jacobo agregó su apoyo a las iglesias en la gran Siria-Cilicia escribiendo una carta. El tono general y rasgos genéricos de la carta surgen de su falta de conocimiento personal de las personas a las que se dirigía.

⁵ Eusebio *Historia eclesiástica* 2.23.

Aquellos que sostienen que Santiago es una carta seudónima o que fue escrita por un Jacobo por lo demás desconocido tienden a fechar la obra en un tiempo tardío, algunos hasta principios del siglo segundo. La respuesta de los estudiosos más conservadores es que se pueden citar buenas pruebas para respaldar la autenticidad del documento. Al final, la afirmación que hizo el autor de ser Santiago, combinada con el testimonio de la iglesia primitiva, es razón suficiente para aceptar la obra como producto de Jacobo, el hermano del Señor. James B. Adamson fue más allá. Después de dos obras eruditas sobre Jacobo —una monografía y un comentario cuidadosamente investigados y bien pensados— describió sus propias obras como «el primer esfuerzo sostenido en inglés en [el siglo veinte] [...] para establecer inequívocamente la autenticidad de la Epístola como el documento no interpolado más antiguo existente del cristianismo de principios del siglo primero».⁶ Continuó sosteniendo que fue el precedente establecido por Jacobo lo que inspiró a Pablo a ser un escritor de cartas.

Independientemente de cómo se pueda evaluar la evidencia de que el Libro de Santiago es anterior a las cartas de Pablo y se convirtió en un modelo para Pablo, Adamson ofreció evidencia sólida para llegar a la conclusión de que la obra se encontraba entre los primeros documentos escritos del Nuevo Testamento. En los primeros días, cuando los judíos cristianos fueron obligados a salir de Jerusalén (Hch 8.1), mientras algunos iban a Damasco (Hch 9.1, 2), otros se dirigieron a ciudades y aldeas en otras partes de Siria (vea Hch 11.19, 20). Podemos imaginarnos que en unos pocos años las sinagogas de la región consideraron a los cristianos como hermanos, aunque muchos judíos hubieran pensado que los cristianos tenían una opinión demasiado alta de Jesús de Nazaret. El hecho de que judíos que aceptaban a Jesús como el Cristo y los que no le aceptaban vivieron juntos en relativa paz lo demuestran los judíos cristianos de Jerusalén que no consideraban necesario abandonar su identidad de fariseos para confesar su fe en el Señor resucitado (Hch 15.5). Iglesia y sinagoga se mezclaron durante un tiempo.

Santiago parece haber sido escrita en una fecha temprana cuando la distinción entre iglesia y sinagoga no había sido trazada con precisión. El autor

probablemente escribió a comunidades judías que habían incorporado cristianos a su número. En su mayor parte, sus exhortaciones aplicaban a judíos, hayan acogido o no a Jesús como el Cristo. Sólo dos veces Santiago mencionó a Jesucristo. Llamó a la «congregación» de sus destinatarios una *sunagōgē* (vea comentarios sobre 2.2). La orientación judía común del autor y los lectores se desprende de la referencia del autor a Dios como «el Señor de los ejércitos» (5.4).

Al mismo tiempo, Santiago no disimuló sus simpatías cristianas. Recomendó que los enfermos llamaran a «los ancianos de la iglesia» (5.14) para ofrecer oraciones por ellos, sin embargo, es posible que la «iglesia» no haya tenido el fuerte sabor cristiano entre las comunidades judías en los años 40 o 50 que tendría posteriormente. Santiago instó a tener paciencia hasta «la venida del Señor» (5.8). Los profetas de Israel habían hablado a menudo de la venida del Señor; sin embargo, para Santiago, la promesa adquirió un aire de expectativa cristiana. Usó la palabra *παρουσία* (*parousia*), que los cristianos estaban comenzando a usar en un sentido técnico para la venida de Cristo en juicio. Extrajo otras palabras de un vocabulario cristiano en desarrollo, por ejemplo, «la corona de la vida» (1.12) y «la perfecta ley, la de la libertad» (1.25), que no habrían requerido una reacción sorprendente de judíos familiarizados con el vocabulario del Antiguo Testamento. Sophie Laws planteó un importante punto cuando observó que las relaciones cambiantes entre las sinagogas y las iglesias probablemente fueron desiguales en las primeras décadas a medida que los cristianos se forjaban un nicho para sí mismos y las sinagogas se volvieron cada vez más hostiles.⁷ Las divisiones entre la iglesia y la sinagoga no ocurrieron de manera uniforme en las décadas de los 40, 50 y 60. En su carta, Santiago ofreció una imagen de la relación entre la iglesia y la sinagoga en un momento y lugar.

Los judíos cristianos considerablemente cerca de Jerusalén, esparcidos a lo largo del Levante (el área que rodea la antigua Palestina) como estaban, habrían mirado a la iglesia en esa ciudad en busca de dirección. Santiago se había enterado de algunas de las persecuciones que habían enfrentado los cristianos dispersos, tal vez de judíos ricos que habían rechazado las afirmaciones de Jesús en

⁶ James B. Adamson, *James: The Man and His Message* (*Santiago: el hombre y su mensaje*) (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1989), vii–viii.

⁷ Sophie Laws, *A Commentary on the Epistle of James* (*Comentario sobre la epístola de Santiago*), Harper's New Testament Commentaries (San Francisco: Harper & Row, 1980), 36.

cuanto a ser el Mesías. Quería alentarlos y darles alguna instrucción escrita sobre la vida que Cristo esperaba que llevaran. Probablemente, Santiago escribió a finales de los 40 o principios de los 50 a comunidades judías en Siria, especialmente a aquellos que creían que Jesús era el Cristo.

LA AUDIENCIA

El autor no dijo nada acerca de dónde vivían sus lectores más allá de hacer notar que estaban en la *διασπορά* (*diaspora*; 1:1), es decir, que estaban dispersos lejos del lugar donde habían tenido lugar los hechos fundacionales de la iglesia de Cristo. No dijo nada directamente de su estatus socioeconómico, nada de su identidad étnica. Usó una frase extraña para designar a sus destinatarios. Eran «las doce tribus que están en la dispersión» (1.1). ¿Dispersos desde dónde? El autor no lo dijo. Para aquellos que estaban familiarizados con las raíces judías del cristianismo primitivo, las frases «en la dispersión» y «doce tribus» significaban algo. El patriarca Jacob tuvo doce hijos que se convirtieron en los antepasados de las doce tribus de Israel. «Las doce tribus» sugiere que el autor estaba escribiendo a judíos, o tal vez a judíos que se habían convertido en cristianos. ¿Creía que sus lectores habían descendido de los hijos de Jacob? Más concretamente, ¿tenían las palabras «doce tribus» algún significado tan tarde como el siglo primero d.C.? La respuesta a ambas preguntas es «sí».

El reino del norte de Israel, que constaba de diez tribus, había sido conquistado por el Imperio Asirio alrededor del 722 a.C. Muchos de ellos fueron desplazados lejos de sus hogares. En su mayor parte, parecen haber sido absorbidos por las poblaciones donde se asentaron. Para el tiempo de Cristo, las doce tribus de Israel eran apenas identificables. No es de extrañar que a las personas étnicas entre las que nació Jesús se les llamara comúnmente «judíos» y no «israelitas». Con pocas excepciones, los compatriotas de Jesús fueron sobrevivientes de los descendientes de Judá. Bernabé era un levita y Saulo de Tarso un benjamita (Hch 4.36; Ro 11.1), sin embargo, los levitas y los benjamitas no fueron parte de las diez tribus del norte. Cuando Jesús fue llevado a Jerusalén cuando era niño, una anciana se encontró con la familia. Se dice que era de la tribu de Aser (Lc 2.36). Parece haber sido una anomalía. ¿Habían pueblos en Canaán o en cualquier parte del mundo conocido que se hubieran identificado como pertenecientes a la tribu de Neftalí o Rubén? ¿Probablemente no!

Ya no existían las doce tribus de Israel. Si Santiago esperaba que sus lectores se identificaran con las tribus identificadas en Números y Josué, habría encontrado poco acuerdo entre ellos. Probablemente tenía algo más en mente. «Las doce tribus que están en la dispersión» había llegado a designar la raza judía según un modelo idealista.

Dado que Santiago se originó en el contexto judío-cristiano, el autor tocó la esencia de la herencia religiosa de Israel cuando dirigió su carta a las «doce tribus». Sin embargo, Santiago no esperaba que la frase se tomara literalmente. El saludo puede entenderse cuando nos damos cuenta de que la frase «doce tribus de Israel» se había convertido en una expresión técnica en el período del Nuevo Testamento (Mt 19.28; Lc 22.30; vea Hch 26.7). No estaba destinado a ser interpretado literalmente. «Doce tribus» era simplemente un sustituto del remanente de Israel. Las palabras eran sinónimo de «los judíos» o «el pueblo de Dios». Aquellos que sostienen que Santiago es seudónima tienen que tener en cuenta el saludo simple y discreto. Si un falsificador hubiera escrito el libro, seguramente lo habría elaborado.

La llegada de la comunidad cristiana, entre otras cosas, significó una redefinición para «judíos» o «doce tribus». Pablo escribió:

Porque no es judío el que lo es exteriormente, ni la circuncisión es lo exterior en la carne. Sin embargo, es judío el que lo es interiormente; y la circuncisión es la que es del corazón, por el Espíritu, no por la letra; y su alabanza no es de los hombres, sino de Dios (Ro 2.28, 29).

Nuevamente escribió: «Sabed, por tanto, que los que son de fe, éstos son hijos de Abraham» (Ga 3.7). El apóstol de los gentiles se refirió a aquellos que confinaban al pueblo de Dios a descendientes carnales de las doce tribus como «perros» y los llamó «mutiladores del cuerpo» (Fil 3.2). Para los cristianos, «doce tribus [...] en la dispersión» quería decir cristianos que estaban esparcidos.

Para Santiago, «doce tribus» era una forma de referirse a cristianos que tenían en cuenta las raíces que los cristianos tenían en la revelación de Dios al Israel físico. Casi todo lo que se puede decir con seguridad de los destinatarios de Santiago es que eran judíos cristianos. Los pobres y ricos entre sus lectores estaban bien adaptados a lo que los historiadores saben sobre la situación social en Judea poco antes de que estallara la guerra en el año 66 d.C. Si bien los destinatarios de Santiago incluían a quienes vivían fuera de Judea, el autor

probablemente leyó algunas de las circunstancias sociales que encontró en Judea en un área geográfica más grande. Debido a la fecha temprana en la que escribió Santiago, «la dispersión» (1.1) con toda probabilidad se refiere a judíos y judíos cristianos que vivían en Palestina y en regiones adyacentes, como Fenicia, Siria y Cilicia. Muchos de sus lectores habrían sido de habla griega.

LOS TEMAS

Si bien Santiago asume cierto vocabulario cristiano, de común acuerdo no constituye un documento teológico de peso. Tiene toda la apariencia de haberse originado en un período temprano en la iglesia cuando la conducta era la medida de la fe. El énfasis de Santiago está en el comportamiento de los cristianos. Una lectura superficial de Romanos seguida de una lectura de Santiago sugiere más tensión entre Pablo y Santiago de lo que confirmaría una lectura más atenta. Ambos citaron Génesis 15.6, aparentemente con la intención de establecer puntos de vista muy diferentes (Ro 4.2, 3; Stg 2.23, 24). Sin embargo, Santiago no descartó la fe como el punto inicial de nuestra respuesta a Dios, y Pablo difícilmente sugirió que la fe en abstracto, desprovista de obediencia, da como resultado la justicia. La audiencia y el enfoque de los dos son ciertamente diferentes, sin embargo, Pablo no se habría opuesto a lo que dijo Santiago acerca de que la fe fructifica mediante las obras (vea Ro 2.5–8). Las obras en Santiago parecen ser similares al amor en los escritos de Pablo. Ambos son el resultado natural de la fe. Las obras y la fe son dos facetas de la misma respuesta a Dios.

Pese a que Santiago abordó una variedad de temas, los tres temas destacados son 1) la incertidumbre de la riqueza, 2) la necesidad de obras y 3) los pecados de la lengua. Santiago podría haber elegido estos temas debido al atractivo universal de los mismos, sin embargo, también podría haber recopilado información específica de judíos cristianos que se filtraron dentro y fuera de Jerusalén desde la región más grande de Siria. El hecho de que regresara a la riqueza y la pobreza tres veces en el transcurso del breve documento (1.9–11; 2.1–9; 4.13–5.6) sugiere que estaba familiarizado con los tipos de pruebas que esperaba que enfrentaran sus lectores. Además, Santiago parece haber estado al tanto de feroces disputas doctrinales que habían transcurrido entre sus lectores. El resultado fue amargura e ira entre los hermanos (3.13–4.2). Santiago no incluyó suficiente información específica

para indicar que conocía sus necesidades y pruebas por experiencia de primera mano, sin embargo, incluyó suficiente información para sugerir que no fue completamente aleatorio en los elementos que eligió para la exhortación.

EL LUGAR EN EL CANON

En algunos círculos de la iglesia primitiva, había quienes dudaban de que Santiago debía ser incluido en el canon de las Escrituras. Uno de los testigos más antiguos y significativos del canon de la iglesia primitiva se llama el «Fragmento de Muratori», llamado así por la ciudad italiana donde fue descubierto. Se remonta a la segunda mitad del siglo segundo. No contiene Santiago, las cartas de Pedro ni Hebreos.

Surge la pregunta, entonces, ¿cómo llegó la carta de Santiago a formar parte del Nuevo Testamento? Algunos han sostenido que no forma parte del mismo. ¿Qué tenían que decir los líderes de la iglesia primitiva sobre el documento?

La Iglesia Occidental no conoció Santiago, o al menos no le dio mucha importancia al libro, hasta bien entrado el siglo cuarto. No fue citado en absoluto por nombre, aunque en algunos casos las palabras de Santiago se abrieron camino en las obras de los eclesiásticos occidentales. No fue sino hasta Jerónimo a fines del siglo cuarto que Santiago recibió la debida notificación. Los primeros defensores de la autenticidad de Santiago vinieron de las iglesias de habla griega de Alejandría y Asia. Orígenes (mediados del siglo tercero) fue el primero en citar el documento por nombre y atribuirlo a Jacobo, el hermano del Señor.⁸ Claramente aceptó Santiago como canónico, y sus admiradores en las décadas siguientes siguieron su ejemplo.

El hecho de que Santiago esté poco atestiguado en la iglesia primitiva ha agregado más leña al fuego para aquellos que afirman que el documento es un producto del siglo segundo. Quienes abogan por una fecha tardía ofrecen diversos puntos de vista sobre la autoría del documento y su lugar de origen. Guiados principalmente por corazonadas, algunos han abogado por Roma como el lugar donde se compuso, otros por Damasco y otros por Corinto, o alguna otra ciudad griega. Eusebio, el historiador de la iglesia en el siglo cuarto, reconoció que el Libro de Santiago estaba rodeado de interrogantes. Lo incluyó entre sus *antilegomena* o libros en disputa. Aseveró que se decía que la

⁸ Orígenes *Comentario sobre Juan* 19.61.

epístola de Santiago era del hermano del Señor, sin embargo, que algunos la consideraban como falsa.⁹ Antioquía y las iglesias sirias aceptaron las epístolas generales, incluido Santiago, solo en el siglo quinto. Desde ese momento hasta la Reforma, Santiago ha sido generalmente aceptado como genuino. Su lugar en el canon de las Escrituras del Nuevo Testamento ha sido indiscutible.

No es de extrañar que las iglesias en el este encontraran motivos para cuestionar Santiago. Adamson ha sostenido enérgicamente que Santiago cayó en una negligencia comparativa en algunos sectores de la iglesia primitiva debido a su orientación judía. Después de la revuelta de los judíos contra Roma en el 66 d.C. y la guerra subsecuente que continuó hasta después de la destrucción de Jerusalén en el 70 d.C., ya no era social o políticamente ventajoso para los cristianos identificarse con el judaísmo.¹⁰ Después de la revuelta de Bar Kokhba de 135, el elemento judío en la iglesia cayó en más desaprobación. Se volvió cada vez más ventajoso para los cristianos disociarse de todo lo judío. En vista de que Santiago aparentemente se dirigió a cristianos judíos en su carta, los creyentes gentiles se volvieron cada vez más reacios a citarla. La sanidad que el tiempo puede traer les permitió a los cristianos echar un segundo vistazo a Santiago durante el tercer siglo y los siguientes.

SANTIAGO Y LA DOCTRINA CRISTIANA

Los teólogos, no los predicadores, tienden a escudriñar las Escrituras en busca de matices y a poner sus ideas por escrito. Por la naturaleza del caso, los predicadores se orientan hacia la comunicación oral. Santiago no descubrió las implicaciones de la doctrina cristiana como lo hizo Pablo, ni, en realidad, como lo hicieron Juan o Pedro o el autor de Hebreos. No es sorprendente que los predicadores hayan recurrido a Santiago con más frecuencia que los teólogos. Santiago tendía a asumir las implicaciones de ideas claramente cristianas en lugar de defenderlas. Su énfasis estaba en el ámbito de la moral y la ética, el comportamiento y las actitudes, que durante mucho tiempo han sido los caminos del Dios de Israel.

La consignación de asuntos de comportamiento a un ámbito práctico denominado «ética» y de asuntos más intelectuales a la «doctrina» es una distinción que el Nuevo Testamento apenas

reconoce. La doctrina es enseñanza, sea que la enseñanza se refiera a la salvación por fe o al hablar la verdad al prójimo. Santiago ofreció doctrina —pero doctrina puesta en práctica en la vida— cuando escribió: «todo hombre sea pronto para oír, tardo para hablar, tardo para airarse» (1.19). La preocupación de Santiago por la vida cristiana del día a día no implica que no le preocupara la confesión doctrinal de la iglesia. La confesión que subyace a sus exhortaciones aflora en frases como «la corona de la vida» que anticipan un mundo por venir (1.12). El hermano del Señor anticipó el día del regreso del Señor (5.7). Santiago no fue el único que contribuyó al Nuevo Testamento y se interesó por la aplicación de la doctrina cristiana al comportamiento de las personas. El hermano del Señor estaba totalmente en acuerdo con Pablo y otros creyentes cuando amonestó, «Y si un hermano o una hermana están desnudos, y tienen necesidad del mantenimiento de cada día, y alguno de vosotros les dice: Id en paz, calentaos y saciaos, pero no les dais las cosas que son necesarias para el cuerpo, ¿de qué aprovecha?» (2.15, 16).

Independientemente de los estándares que hayan ideado los críticos literarios, los estudiantes de griego del período del Nuevo Testamento generalmente han juzgado Santiago como un excelente ejemplo de prosa griega. Su vocabulario es amplio; su uso de evidencia y forma de razonar es convincente. Las variaciones en los manuscritos hacen que los números precisos sean inciertos, sin embargo, James Hardy Ropes encontró un vocabulario de 570 palabras para la carta de Santiago. Aproximadamente 73 de estos no se encuentran en ningún otro lugar del Nuevo Testamento. En comparación, otros documentos del Nuevo Testamento tienen menos palabras únicas para cada uno. Primera de Pedro, que tiene aproximadamente la misma longitud, tiene aproximadamente 63 palabras únicas. Gálatas, una carta un poco más extensa que Santiago, tiene 34 palabras únicas, y Efesios tiene 43.¹¹ Santiago probablemente tuvo un amanuense, o escriba, que proporcionó algo de la excelencia en estilo, sin embargo, Santiago demostró estar en casa en el mundo de la literatura griega.

Durante la Reforma, Martín Lutero arrastró al catolicismo romano desde el borde de una religión orientada a las obras a la salvación por gracia por

⁹ Eusebio, 2.23.

¹⁰ Adamson, 47–48.

¹¹ James Hardy Ropes, *A Critical and Exegetical Commentary on the Epistle of St. James (Comentario crítico y exegetico sobre la epístola de Santiago)*, The International Critical Commentary (New York: Charles Scribner's Sons, 1916), 25.

medio de la fe. Su famoso lema, *Was Christum treibet*, «lo que exalta a Cristo», se convirtió para él en una forma de evaluar el valor relativo de los documentos de las Escrituras. Este estándar de medición lo llevó a colocar Santiago en un estatus secundario dentro del canon del Nuevo Testamento. El reformador escribió:

En una palabra, el Evangelio de San Juan y su primera epístola, las epístolas de San Pablo, especialmente Romanos, Gálatas y Efesios, y la primera epístola de San Pedro son los libros que te muestran a Cristo y te enseñan todo lo que es necesario y salvador que conozcas, incluso si nunca hubieras visto o escuchado ningún otro libro o doctrina. Por lo tanto, la epístola de Santiago es realmente una epístola de paja, comparada con estas otras, porque no tiene nada de la naturaleza del evangelio.¹²

Lutero colocó Santiago junto con Hebreos, Judas y Apocalipsis como los últimos libros en su traducción al alemán, donde continúan hasta el día de hoy.

Otras citas de Lutero demuestran su baja opinión de Santiago. Eruditos posteriores a la época del reformador han sido menos severos con Santiago. El autor de Santiago dio una evaluación positiva de la fe como punto de partida para responder a Dios, sin embargo, insistió en que la fe no constituye un acto abstracto de la mente únicamente. El documento es judío porque ensalza las virtudes establecidas en el Antiguo Testamento, sin embargo, Santiago fue selectivo en lo que recomendó. No dijo nada sobre el sacerdocio, el día de reposo, los sacrificios o las leyes dietéticas.

Los enemigos de Pablo afirmaron que la extensión lógica de la salvación por gracia por medio de la fe era «Hagamos males para que vengan bienes» (Ro 3.8). Pablo respondió en forma de pregunta: «¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde?» (Ro 6.1). La epístola de Santiago se lee como una refutación extendida de la acusación presentada contra el apóstol de los gentiles. La fe, por su naturaleza, implica una respuesta obediente, afirmó

¹² E. Theodore Bachmann y Helmut T. Lehmann, eds., *Luther's Works (Obras de Lutero)*, vol. 35, *Word and Sacrament I (Palabra y sacramento I)* (Philadelphia: Fortress Press, 1960), 362.

Santiago. Pablo no habría estado en desacuerdo. Las obras, sea para ofrecer comida al hambriento o refrenar la lengua, no son notas al pie de la fe; son la esencia de la fe.

El marco teológico de Santiago resulta digno de consideración para cristianos maduros. Cuando la iglesia moderna relega su alabanza a coros y sus asambleas de adoración a garantías de salud y riqueza, la carta de Santiago tiene un mensaje correctivo. La iglesia de hoy necesita escucharlo.

Hay sorprendentes puntos de contacto entre las cartas de Santiago y 1ª Pedro. Los puntos en común no están únicamente en las referencias a los mismos pasajes citados de la Septuaginta¹³, el uso de las mismas palabras y la similitud de circunstancias enfrentadas por los lectores. Los paralelos entre Santiago y 1ª Pedro, en gran medida, también siguen la misma secuencia. La siguiente tabla ilustra que los dos documentos tienen más en común de lo que sugeriría una selección aleatoria de material de una tradición cristiana común.

Dos cristianos conocedores que estuvieran deseando alentar a los creyentes aprenderían un

¹³ La Septuaginta es una traducción griega del Antiguo Testamento completada en el siglo II a.C. Comúnmente se abrevia LXX.

SANTIAGO	1ª Pedro
Resistencia a las pruebas (1.2)	Afligidos por las pruebas (1.6)
Prueba de vuestra fe (1.3)	Fe probada con fuego (1.7)
La hermosura de la flor de la hierba perece (1.11; Is 40.6–8)	La flor de la hierba cae (1.24; Is 40.6–8)
Recibe la corona de vida (1.12)	Obtenéis la salvación de vuestras almas (1.9)
Nos hizo nacer (1.18)	Renacido de simiente incorruptible (1.23, 24)
Desechando toda malicia (1.21)	Desechando toda malicia (2.1)
El buen nombre que fue invocado sobre vosotros (2.7)	Vituperados por el nombre de Cristo (4.14)
Dios resiste a los soberbios (4.6; Pr 3.34)	Dios resiste a los soberbios (5.5; Pr 3.34)
Resiste al diablo (4.7)	El diablo es como un león rugiente (5.8)
Humillaos (4.10)	Humillaos (5.6)
La venida del Señor se acerca (5.8)	El fin de todas las cosas se acerca (4.7)

lenguaje común de su tradición compartida. Sin embargo, los siguientes paralelos, particularmente en su secuencia, son más de lo que permiten las referencias aleatorias. Primera de Tesalonicenses es una carta de extensión similar, sin embargo, ningún paralelismo entre Santiago y 1ª Tesalonicenses es tan significativo como los que existen entre Santiago y 1ª Pedro. La última aparición de Pedro en Jerusalén se registra en Hechos 15.7–11. Cuando Pablo llegó a Jerusalén en Hechos 21.17, 18, consultó con Jacobo; Pedro no estaba por ningún lado. Si la carta de Santiago, por las razones argumentadas anteriormente, fue escrita a finales de los 40 o principios de los 50, Pedro podría haber llevado una copia de la carta a Roma con él. Es bastante seguro que Pedro escribió su primera carta desde Roma, un lugar al que llamó «Babilonia» (1ª P 5.13). Santiago podría haber servido como una especie de modelo para Pedro al escribir su primera carta.

Los paralelos entre Santiago y el Evangelio de Mateo, en particular el Sermón del Monte, también son considerables. Por ejemplo, la palabra «justicia» (δικαιοσύνη, *dikaiousunē*) aparece siete veces en Mateo, ninguna en Marcos, una vez en Lucas y dos veces en Juan. Santiago, como Mateo, encontró que la palabra era significativa (Stg 1.20; 2.23; 3.18). Tanto Santiago como Mateo usaron la palabra τέλειος (*teleios*) en el sentido de ser «perfecto» (Stg 1.4; Mt 5.48). Entre los relatos de los Evangelios, solo Mateo usó la palabra «iglesia» (*ekklēsia*; Mt 16.18; 18.17), una palabra también elegida por Santiago para el cuerpo de creyentes (Stg 5.14). Más que vocabulario, el mundo del pensamiento de Mateo es paralelo al de Santiago. Ambos tienen un respeto estudiado por la revelación dada por medio de Moisés, sin embargo, ambos también reconocen que Jesús llevó la revelación de Dios a un nuevo nivel. En Mateo, Jesús dijo: «[...] hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido» (Mt 5.18). De manera similar, Santiago escribió: «Porque cualquiera que guardare toda la ley, pero ofendiere en un punto, se hace culpable de todos» (Stg 2.10). Al final, faltan pruebas de una dependencia literaria directa. «Los paralelos que existen entre Mateo y Santiago se encuentran en dichos que podrían fácilmente ser absorbidos en el suministro general de la enseñanza ética cristiana».¹⁴

¹⁴Laws, 14.

EL BOSQUEJO

Muchos comentaristas modernos de Santiago no hacen ningún intento por bosquejar la epístola. Aquellos que lo hacen generalmente ofrecen solo una lista superficial de temas. Es difícil bosquejar una obra literaria que parece no tener un tema unificador o desarrollo de pensamiento. Lo siguiente no es tanto un bosquejo que comienza con una tesis y termina con una conclusión, sino una lista de temas que el autor analizó.

- I. EL AUTOR Y SU AUDIENCIA (1.1)
- II. AMONESTACIONES Y EXHORTACIONES (1.2–18)
 - A. Creyentes, sus pruebas y dudas (1.2–8)
 - B. Los humildes y los ricos ante Dios (1.9–11)
 - C. Dios, la fuente de toda bondad (1.12–18)
- III. IMPLICACIONES DE UNA LEY DE LIBERTAD (1.19–27)
- IV. DIOS NO MUESTRA FAVORITISMO (2.1–13)
 - A. Preferir a los ricos es deshonorar a Dios (2.1–7)
 - B. La ley real de Dios es que amemos al prójimo (2.8–13)
- V. LA FE SIN OBRAS ES INCOHERENTE (2.14–26)
 - A. Fe, no sustentada por obras (2.14–17)
 - B. Ilustración de la fe: Abraham y Rahab (2.18–26)
- VI. LAS PALABRAS SON UN ÍNDICE DE NUESTRO CARÁCTER (3.1–12)
 - A. La perfección consiste en controlar la lengua (3.1–5)
 - B. Maldición y bendición que provienen de la misma boca (3.6–12)
- VII. SABIDURÍA DE LO ALTO (3.13–18)
- VIII. LA CURA PARA LA CONFUSION (4.1–12)
 - A. El deseo egoísta termina en conflicto (4.1–6)
 - B. «Acercaos a Dios, y él se acercará a vosotros» (4.7–12)
- IX. LOS PELIGROS DE LA RIQUEZA (4.13–5.6)
- X. EXHORTACIONES FINALES (5.7–20)
 - A. Tenga paciencia hasta la venida del Señor (5.7–11)
 - B. Hable con sinceridad; los juramentos son innecesarios (5.12)
 - C. La oración sustenta la determinación cristiana (5.13–18)
 - D. Salve un alma de la muerte (5.19, 20)

Pruebas, tentación, y la verdadera religión

Las primeras dos décadas después de la muerte y resurrección de Jesús fueron un período de rápidos cambios para la comunidad cristiana en Jerusalén. El martirio de Esteban (Hch 7.58–60) probablemente tuvo lugar dentro de uno o dos años de la predicación de Pedro el día de Pentecostés (Hch 2.14–41). Muchos judíos tenían motivos para querer que Jerusalén se deshiciera de los cristianos. Algunos de los judíos del «establecimiento» consideraban que la iglesia constituía una fuerza disruptiva en la ciudad que podría terminar en disciplina de mano de los romanos (vea Jn 11.48). Otros judíos con más celo religioso que mala voluntad política juzgaban que la enseñanza cristiana era incompatible con la comprensión tradicional de la ley de Moisés. El cristianismo y el judaísmo, en sus opiniones, eran demasiado diametralmente opuestos para coexistir. Entre los que llegaron a la última conclusión se encontraba un joven fanático cuyas raíces familiares se encontraban en Tarso en Cilicia, una provincia romana en el extremo noreste del mar Mediterráneo. Su nombre era Saulo, y sus orígenes genealógicos se remontan a la tribu de Benjamín.

Es significativo que Saulo aparezca por primera vez en el texto bíblico como una acotación de la lapidación de Esteban en Hechos 7.58. Fue uno de los devotos que inició una «gran persecución» contra la iglesia en Jerusalén (Hch 8.1). Por el momento, se pasó por alto la hostilidad entre las sectas judías y estuvieron de acuerdo en que el cristianismo tenía que ser erradicado. El mismo Saulo era fariseo, sin embargo, no tuvo ningún problema en obtener el respaldo de sacerdotes bien ubicados que pertenecían a la secta de los saduceos. Durante algunos meses, Saulo devastó la iglesia en Jerusalén y luego se expandió a las comunidades circundantes en Judea. Él y sus

compatriotas sacaron de sus hogares a hombres y mujeres que habían confesado que Jesús era el Cristo, los arrojaron a la cárcel y los sometieron a tortura y muerte (Hch 8.3; 22.4, 5; 26.10).

Los cristianos se esparcieron, corriendo por sus vidas (Hch 8.1). Buscaron a parientes que habían sido expulsados de Judea por necesidades económicas en años anteriores. Muchos viajaron hacia el norte a Samaria y Galilea, sin embargo, algunos fueron aún más lejos. Viajaron al noreste hacia Damasco (Hch 9.1, 2) y más lejos hacia Antioquía (Hch 11.19), las cuales eran grandes ciudades en la provincia romana de Siria. Saulo se propuso traer a creyentes en Cristo de la lejana Damasco, sin embargo, la causa estaba demasiado extendida. La nueva religión no podía ser detenida. Los fanáticos de Judea tenían que haber quedado devastados cuando se enteraron de que el mismo Saulo había acogido a Aquel a quien había perseguido. En grandes ciudades como Antioquía en Siria, tanto gentiles como judíos comenzaron a confesar que Jesús de Nazaret era el Cristo de Dios. Difícilmente se puede dudar de que en las ciudades más pequeñas de la provincia romana de Siria, dondequiera que hubiera una comunidad judía, el cristianismo se infiltró en ella. Si bien el crecimiento tuvo que haber sido desigual, el número de creyentes aumentó en Samaria y Fenicia (Hch 15.3) y en la gran Siria (Hch 15.41). En Hechos, Lucas dio testimonio repetidamente del crecimiento.

En el momento del «concilio de Jerusalén» (Hch 15.4–29), alrededor del 49 d.C., el cristianismo estaba en camino de convertirse en un movimiento mundial en el que judíos y gentiles se unían en una confesión de fe común. En los alrededores de la misma Jerusalén, un centurión gentil llamado «Cornelio» había confesado a Cristo, había recibi-

do el Espíritu Santo y había sido bautizado, todo sin acoger los distintivos étnicos del judaísmo (Hch 10.47, 48). Pedro había sido el primero en la iglesia de Jerusalén en bautizar a un gentil, sin embargo, entre los judíos cristianos la controversia continuaría propagándose (Hch 21.20–22). Al norte de Jerusalén, en Antioquía y presumiblemente en otros lugares de Siria, la expansión del cristianismo judío y gentil fue dramática.

Pedro habló en el concilio de Jerusalén (Hch 15.7–11), sin embargo, está claro que el liderazgo de la iglesia estaba pasando a manos del hermano del Señor. Pedro pasó a dejar su huella en la iglesia en todo el mundo; sin embargo, en Jerusalén, Jacobo les proveyó hábilmente a los creyentes locales con estabilidad y guía (Hch 15.13–29). Hechos no menciona más a Pedro en la ciudad después del capítulo 15. A medida que la década de los 40 se acercaba a los 50, Jacobo se hizo cada vez más consciente de las comunidades cristianas que estaban esparcidas más allá de la misma Jerusalén. Algunos estaban en Samaria y Galilea, otros más allá del Jordán. Un número creciente de creyentes vivía al oeste de Jerusalén, a lo largo de la costa mediterránea. Aún otros creyentes, al norte en sinagogas sirias, buscaron orientación en Jacobo y la iglesia de Jerusalén.

En Jerusalén y en muchos lugares cercanos a la ciudad, todavía eran pocos, si es que había alguno, los gentiles que habían acogido a Cristo. Durante un período de más de una década, los creyentes judíos aumentaron y, con más persistencia, acudieron a Jacobo y a la iglesia de Jerusalén en busca de guía. Los emisarios de los judíos que se oponían a la nueva fe también aparecieron en las sinagogas esparcidas por la región. La resistencia a la confesión de Cristo se solidificó.¹ Los motivos eran diversos, sin embargo, los judíos cuya riqueza había dado lugar a altos cargos llevaron a la determinación de proteger su estatus. Los judíos ricos comenzaron a repudiar a los cristianos con el mismo tipo de celo que había provocado la persecución en Jerusalén. Expulsaron a los creyentes de las comunidades judías y llegaron a recurrir a los magistrados gentiles en busca de apoyo. A medida que avanzaba la década de los 40, los judíos bien situados que estaban esparcidos por la gran Siria

¹ Durante los últimos siglos, los gentiles, con sus numerosos dioses e inclinaciones filosóficas, habían ignorado en gran medida las controversias en las comunidades judías. La resistencia a las enseñanzas cristianas era un asunto interno del judaísmo.

se aliaron con los entusiastas de Jerusalén para reprimir el cristianismo.

Los cristianos continuaron reuniéndose con las sinagogas donde los no creyentes se lo permitían, sin embargo, se encontraban cada vez más al borde del judaísmo. Comenzaron a reunirse el primer día de la semana para conmemorar la resurrección de Jesús. Le llamaron al día en que se reunían, el día después del día de reposo, el «Día del Señor». Designaron a sus propios ancianos y desarrollaron su propio vocabulario, sin embargo, tuvieron que pagar un precio. Entre otras cosas, encontraron que las presiones económicas que les imponían sus compatriotas eran agobiantes.

Los informes sobre los grupos de judíos cristianos y sus luchas tanto con problemas internos como externos comenzaron a filtrarse regularmente en Jerusalén. Jacobo se preocupó cada vez más. Sin duda, envió mensajeros con instrucciones, pero poco después del concilio de Jerusalén, Jacobo se dispuso a escribir una carta a sus iguales creyentes judíos. Así como la carta a las iglesias gentiles fue ampliamente distribuida después de que Pablo y Bernabé trajeron un informe, Jacobo quería que esta carta fuera ampliamente distribuida. Probablemente fue escrita con pleno conocimiento y colaboración de otros en posiciones de liderazgo dentro de la iglesia de Jerusalén. El propósito de la carta era brindar apoyo, aliento y orientación a las iglesias judías más allá de los confines de Jerusalén.

EL AUTOR Y SU AUDIENCIA (1.1)

¹Santiago, siervo de Dios y del Señor Jesucristo, a las doce tribus que están en la dispersión: Salud.

Versículo 1. Santiago no se designó a sí mismo como un «apóstol». Aunque no era uno de los Doce, Pablo le asignó el término (Ga 1.19). Santiago, por lo tanto, podría haberse aplicado el término a sí mismo como lo hizo Pablo, sin embargo, no lo hizo. Era hijo de José y María, hermano de Jesús. Judas, otro hermano del Señor que contribuyó con un libro al Nuevo Testamento, se identificó a sí mismo como «hermano de Jacobo [Santiago]» (Jud 1), no como «hermano de Jesús». En ambos casos, hubiéramos esperado que el parentesco con Jesús les hubiera agregado una autoridad considerable a sus cartas. Es más probable que los documentos que escribieron hubieran sido recibidos y obede-

cidos si sus lectores entendían que participaban en la familia terrenal del Señor. El hecho de que la designación «Santiago» en el saludo fuera suficiente sugiere que su nombre era ampliamente reconocido. Sin más identificación, sin apelar a los lazos familiares, Santiago, como autor, asumió un tono autoritario. La existencia de la carta de Santiago testifica que el hermano del Señor fue ampliamente reconocido por los creyentes judíos a finales de los 40 y principios de los 50.

Santiago no reclamó otro estatus que el de **siervo de Dios y del Señor Jesucristo**. La palabra griega es *δοῦλος* (*doulos*), un esclavo que pertenece «tanto en cuerpo como en alma» a un dueño. Posiblemente, el autor quería establecer reclamos de parentesco terrenal con Jesús en contraste con el hecho de ser absoluta propiedad de Él; sin embargo, el autor tenía un objetivo adicional. Santiago quería decir algo al principio de la carta sobre la unidad de Jesucristo el Hijo con Dios el Padre. Ni Santiago ni ningún otro líder cristiano primitivo creían que la confesión de que Jesús es divino involucraba algún compromiso de la unidad de Dios. A medida que los primeros cristianos se volvieron más conscientes de la obra del Espíritu, confesarían su fe en un Dios trino. Ser un siervo de Jesús es ser un siervo de Dios. Santiago se aferró a la condición de esclavo, pese a que ser esclavo era degradante; los esclavos estaban en el último peldaño de la escala social. Sin embargo, era noble que Jacobo se jactara de estar esclavizado por Jesús de Nazaret. Era un creyente que había elegido libremente la obediencia a Dios. Si bien un esclavo no tenía ninguna posición en la sociedad grecorromana, Santiago afirmó gustosamente ser un siervo de Dios. Como buen judío, creía que la servidumbre a Dios era muy estimada.

Santiago dirigió su carta **a las doce tribus que están en la dispersión**. La frase podría entenderse de al menos tres formas. 1) Podría incluir a todos los judíos, cristianos o no. 2) Podría referirse a judíos que se habían hecho cristianos. 3) Podría referirse al Israel espiritual, es decir, la iglesia, sin referencia a los antecedentes judíos o gentiles de los lectores. Los tres puntos de vista requieren que la frase «doce tribus» sea interpretada en sentido figurado. La orientación antiguotestamentaria de la carta sugiere que los lectores eran judíos que se habían hecho cristianos. Para el período del Nuevo Testamento, las «doce tribus» ya no eran identificables. Las únicas tribus mencionadas en el Nuevo Testamento son Judá, Benjamín, Leví

y Aser.² La iglesia pronto entendió que aquellos en Cristo, fueran judíos o gentiles, constituían el nuevo Israel (Ro 2.29; Ga 6.16).

Santiago usó «doce tribus» en un sentido ideal, incluso nostálgico. Al principio, Israel había sido doce tribus. Era parte de la memoria colectiva del pueblo (Mt 19.28; Hch 26.7; Ap 21.12). Los gentiles cristianos bien podrían haberse entendido a sí mismos como el nuevo Israel, sin embargo, es más probable que Santiago se hubiera dirigido a sus iguales cristianos judíos como las «doce tribus» que a los gentiles convertidos usando terminología especialmente significativa para judíos. Según las promesas de los Profetas (por ejemplo, Ez 37.15–28), los judíos del período del Nuevo Testamento esperaban que el Mesías trajera a las doce tribus de regreso a Canaán, donde serían gobernadas por la casa de David. Santiago reconocía esta esperanza mesiánica; sin embargo, como cristiano, insistió en que se modificara.

Santiago probablemente se dirigió a judíos que se habían hecho cristianos. Esa conclusión es apoyada a medida que se avanza en la carta. Aún así, se dirigió a sus lectores principalmente como cristianos y como judíos en segundo lugar. La frase «en la dispersión» (*diaspora*) sugiere que su carta fue dirigida a judíos cristianos que vivían en Palestina y a los que vivían más allá de esa tierra.

Se espera que las palabras «en la dispersión» designen a judíos que vivían fuera de Canaán; al menos esa es la forma en que se usa en Juan 7.35. Sin embargo, la situación social en la que la población rural pobre estaba sufriendo a manos de terratenientes ricos (Stg 2.5–7; 5.1–6) parece describir Judea y la región circundante en el período previo a la Guerra Judía (66–70 d.C.). El lenguaje de la carta sugiere que el autor, y posiblemente los primeros lectores, se sentían completamente a gusto en el mundo del pensamiento helenístico. Sin embargo, los judíos de la *diaspora*, incluso los que vivían en Canaán, tenían la misma probabilidad de estar a gusto en su mundo como cualquier otro. En 1ª Pedro 1.1, Pedro usó *diaspora* figurativamente de cristianos esparcidos por el mundo, sin embargo, no a gusto en el mismo. Santiago parece haber usado la palabra en el sentido técnico de judíos que vivían

² Veá Lc 2.36; Hch 4.36; Ro 11.1; Fil 3.5. Al Señor se le menciona en Hebreos 7.14 y Apocalipsis 5.5 como perteneciente a la tribu de Judá. Otras dos tribus, Neftalí y Zabulón, son mencionadas en Mateo 4.13, 15, sin embargo, la referencia es simplemente a la región de sus territorios del Antiguo Testamento.

dentro de las fronteras de Canaán y más allá. Los primeros lectores de Santiago probablemente fueron judíos conversos a Cristo que vivían en Judea y las regiones de Sirofenicia adyacentes a Judea.

Irónicamente, mientras que la carta de Santiago tiene menos cualidades de las que se esperaría encontrar en una carta del Nuevo Testamento, la palabra **salud** (*chairein*) del autor es característica de las cartas helenísticas. Las cartas de Pablo o Pedro comienzan regularmente en un estilo judío con el deseo de «gracia» y «paz» para los lectores. En el Nuevo Testamento, el saludo helenístico habitual (*chairein*) al principio de una carta aparece solo aquí y dos veces en Hechos. Primero, el mismo Santiago usó la palabra cuando dirigió una carta de la iglesia de Jerusalén a los creyentes gentiles (Hch 15.23). En segundo lugar, el tribuno Claudio Lisias saludó al gobernador romano Félix a la manera griega común (Hch 23.26).

AMONESTACIONES Y EXHORTACIONES (1.2–18)

Sin agradecimientos preliminares, sin palabras de elogio o afecto, Santiago se lanzó de lleno de manera inmediata a la sustancia de sus exhortaciones. El autor se volvió de inmediato a los imperativos. La continuidad del pensamiento en estos primeros versículos es, en el mejor de los casos, difícil de seguir. Como en el libro de Proverbios, los temas vienen y van sin dependencia aparente.

Creyentes, sus pruebas y dudas (1.2–8)

²Hermanos míos, tened por sumo gozo cuando os halléis en diversas pruebas, ³sabiendo que la prueba de vuestra fe produce paciencia. ⁴Mas tenga la paciencia su obra completa, para que seáis perfectos y cabales, sin que os falte cosa alguna.

⁵Y si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada. ⁶Pero pida con fe, no dudando nada; porque el que duda es semejante a la onda del mar, que es arrastrada por el viento y echada de una parte a otra. ⁷No piense, pues, quien tal haga, que recibirá cosa alguna del Señor. ⁸El hombre de doble ánimo es inconstante en todos sus caminos.

Versículo 2. Santiago usaría «hermanos», o **Hermanos míos**, quince veces en el documento. En tres de estos casos, lo ampliaría a «amados hermanos míos» (1.16, 19; 2.5). Sin embargo, la

naturaleza diversa de los imperativos sugiere que las entrañables palabras «Hermanos míos» fueron impulsadas más por consideraciones formalistas que por el afecto o incluso el conocimiento personal entre el autor y los lectores. Santiago sabía que los creyentes judíos se habían enfrentado a la oposición de sus iguales judíos, sin embargo, en su mayor parte escribió generalidades. Algunos de sus lectores, sin duda, habían experimentado pruebas más severas que otros. Los imperativos en la carta eran lo suficientemente generales como para adaptarse a una amplia variedad de situaciones.

En condiciones normales, las **pruebas** no son gozosas, sin embargo, podríamos ver las cosas buenas que Dios produce por medio de ellas. Tal es el poder y el cuidado providencial del Creador que puede extraer bien del mal. Tener tal confianza en Dios no es lo mismo que atribuirle a Dios los males o las pruebas que enfrentamos. Santiago no ofreció ninguna sugerencia de que Dios había enviado el mal a sus lectores para que viniera el bien, aunque no se debe descartar la posibilidad de que Dios castiga a los creyentes para el bien último de ellos (He 12.6). Santiago pronto abordó la esencialidad de poner la fe en Dios y confiar en Su cuidado providencial, sin embargo, la confrontación con diversas pruebas es el tema que mantiene unida la primera parte del documento. De manera similar, Pedro comenzó con las pruebas de sus lectores en 1ª Pedro 1.6. Tanto en Santiago como en 1ª Pedro, los cristianos están llamados a regocijarse frente a las pruebas.

La palabra que se traduce como «pruebas» (*πειρασμοί*, *peirasmoi*) generalmente se refiere a cualquier cosa que una persona enfrenta y que la alienta a hacer cosas impías, sin embargo, las cosas que enfrenta podrían provenir de direcciones considerablemente diferentes. Cuando el estímulo para hacer el mal viene de adentro, la palabra que se usa es «tentación». El deseo de riquezas puede ser una prueba en forma de tentación (1ª Ti 6.9). Las tentaciones vienen cuando nos dejamos llevar por nuestros propios deseos (Stg 1.14).

Alternativamente, cuando la presión para el mal proviene de fuerzas externas, la palabra utilizada es «pruebas». Puede que las pruebas tomen la forma de pruebas de fuego impuestas desde afuera (1ª P 4.12). Las pruebas desde el exterior podrían ser provocadas por persecuciones de incrédulos que son hostiles a la fe cristiana (Stg 2.6, 7). Los creyentes podrían sufrir pruebas como resultado de eventos naturales, como pérdidas económicas,

accidentes o enfermedades (5.14). Paradójicamente, las pruebas podrían incluso ser el resultado de enfrentamientos y divisiones dentro de la misma iglesia (4.1). A lo largo de la carta, Santiago mencionó varias circunstancias que enfrentaban sus lectores que terminaban en pruebas. En todas ellas, Dios pudo obrar para bien. En lugar de permitir que las pruebas debilitaran la fe de ellos, Santiago instó a sus lectores a tener confianza en sí mismos y estar gozosos.

Dios está obrando produciendo victoria de las pruebas, cualquiera que sea su fuente. Es probable que las pruebas sean de **diversas** (ποικίλοι, *poikiloi*) formas. Fuera del Nuevo Testamento, esta palabra se refiere a veces a objetos de muchos colores o cosas variadas. Santiago reconoció que, en el espacio y el tiempo, los creyentes encontrarían pruebas tan diversas como diversas son las personas. En un contexto diferente, Pablo dio la siguiente seguridad:

No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar (1ª Co 10.13).

Es un gozo cuando el creyente puede entrar en una asociación con Dios y convertir un mal en una bendición. Dios obra Su misericordia y buena voluntad incluso mediante eventos que son malos en sí mismos. Puede que la muerte de un ser querido genere dudas sobre el cuidado providencial de Dios. La vida diaria está llena de incertidumbre y sufrimiento. Algunas pruebas podrían incluso ser consecuencia de haber confesado a Cristo y de participar en la comunidad de los salvos, sin embargo, el mal nunca tiene la última palabra. Cuando el creyente, en su bondad e inocencia, enfrenta pruebas, puede obtener la ayuda de Dios para hacer surgir la bondad. Santiago instó **tened por sumo gozo**.

Versículo 3. Las «pruebas» (*peirasmoi*) de 1.2 son iguales a la **prueba** (δοκίμιον, *dokimion*) de 1.3. El lector puede ver un indicio del método de Santiago en los dos primeros versículos. Pasó de la palabra «salud» (*chairein*) en el versículo de apertura a una palabra relacionada, «gozo» (χαράν, *charan*), en el segundo versículo. Lo que puede pasarse por alto fácilmente en los dos primeros versículos comienza a emerger como un *modus operandi* en los versículos 2 y 3. El autor retomó una palabra en un pensamiento y la utilizó como punto de partida para el siguiente. Las «pruebas» se convierten en

«gozo» cuando Dios las usa para perfeccionar la fe del creyente. Dios puede tomar las cosas malas y usarlas como un medio para promover la bondad entre las personas. Pedro expresó una idea similar al principio de su primera carta (1ª P 1.6, 7).

Santiago afirmó que mediante la prueba de la **fe** de ellos, Dios produjo **paciencia** entre ellos. La palabra «paciencia» (ὕπομονή, *hupomonē*) se superpone en su significado con «fortaleza» y «poder de perseverancia». La Reina-Valera traduce la palabra como «paciencia», sin embargo, no es la palabra para la paciencia que los cristianos han de ejercer para con otras personas. El poder de permanencia le permite al creyente manejar las dificultades. No se trata tanto de la gestión activa de la prueba de la fe como sí de responder a las pruebas con una determinación tenaz de creer en la bondad del Hijo y del Padre y de llevar la vida como ellos lo han indicado.

Versículo 4. La palabra de inicio tomada del versículo anterior es **paciencia**. El fin al que tiende la «paciencia» es un amor por Dios y por Su Hijo que es implantado en el corazón de los creyentes (1.21). La **obra completa** producida por la «paciencia» consiste en una vida cristiana gozosa, **sin que os falte cosa alguna** (ἐν μηδενὶ λειπόμενοι, *en mēdeni leipomenoi*). Perfección y plenitud quieren decir fe inquebrantable, amor sincero y rectitud moral. Por lo tanto, las pruebas se convierten en el camino hacia un carácter que piensa y se comporta de manera que encuentra perfecta armonía con Dios. Los creyentes han de considerar su carácter cristiano menos que perfecto, a menos que hayan soportado cargas con Cristo en vencer al mundo.

Versículo 5. Usando la palabra «falte» en el versículo 4 como una transición, Santiago pasó al siguiente tema: **Y si alguno de vosotros tiene falta de [...]**. Si alguien carece de **sabiduría**, aconsejó Santiago, la forma de hallarla es, según dijo: **pídala a Dios**. En los apócrifos, el hijo de Sirac aconsejó a sus lectores que encontraran sabiduría en la obediencia a la Ley: «Si buscas la sabiduría, cumple los mandamientos y el Señor te la dará en abundancia».³ Sin embargo, Santiago le instó al creyente seguir un curso más dependiente, más humilde. El que sufre ha de pedir. Él o ella ha de orar. Santiago volvería su mente a la oración en otras ocasiones en esta breve carta. En 4.3, les recordó a sus lectores que la codicia y el interés personal pueden ser un obstáculo para que Dios

³ Eclesiástico 1.26 (Dios Habla Hoy).

escuche sus peticiones. En 5.14, 15, hizo un llamado a la oración como la respuesta adecuada a la enfermedad física o espiritual.

Las necesidades humanas son diversas, sin embargo, ninguna es más esencial que la sabiduría. Santiago y Proverbios describen el camino a la sabiduría de la misma manera (vea Pr 2; 3.13, 14; 9.1–6). «Porque Jehová da la sabiduría, Y de su boca viene el conocimiento y la inteligencia» (Pr 2.6). La sabiduría, como todas las dádivas de Dios, se da generosamente a quienes la piden (Mt 7.7, 8). Ningún otro motivo mueve a Dios; dar es de Su esencia. Salmos 145.15, 16 dice:

Los ojos de todos esperan en ti,
Y tú les das su comida a su tiempo.
Abres tu mano,
Y colmas de bendición a todo ser viviente.

Santiago les aseguró a sus lectores que, en respuesta a quienes piden, Dios **da a todos abundantemente**.

Dios no menciona los fracasos pasados en la vida de Sus hijos cuando lo invocan de buen corazón. Da **sin reproche**. La REB consigna que «Dios es un dador generoso que no guarda rencor ni reprocha a nadie». Si Su pueblo pide sabiduría, Dios se la da gratuitamente, sin recordarles las insensateces del pasado. No es un Padre que le dará a Su hijo una serpiente cuando le pida un pescado (Mt 7.10). La sabiduría consiste en la capacidad de entrelazar la experiencia obtenida del mundo con la enseñanza cristiana, lo que da como resultado una vida bien ordenada. Fiel a los caminos de la sabiduría, Santiago confiaba en que una vida bien ordenada es el primer paso hacia la autosatisfacción y el gozo.

Versículo 6. De la generosidad de Dios como dador, Santiago dirigió la atención a la manera en que se han de presentar las peticiones. **Pero pida con fe, no dudando nada**, son las palabras clave. Dios escucha a los que «piden con fe», que confían en su disposición y capacidad para conceder peticiones. Santiago no sugirió que, cuando las oraciones quedan sin respuesta, necesariamente exista alguna deficiencia en la fe del que pide. La fe del que pide no es la única variable. Dios puede optar por no conceder peticiones por razones que solo Él conoce. Puede, por ejemplo, prever consecuencias que no anticipa el peticionario. A veces, Dios puede conceder bendiciones, y lo hace diciendo «No». Fue un sentido de confianza en Dios lo que Santiago elogió. Cuando se ora, se confía en que Dios escucha, que puede conceder

peticiones y que desea bendecir a Su pueblo. «La palabra [duda] sugiere, entonces, no tanto duda intelectual como sí un conflicto básico de lealtades, como por ejemplo entre Dios y las “riquezas” (Mt 6.24) o Dios y “el mundo” (Stg 4.4)».⁴

Al igual que los profetas de la antigüedad, a Santiago le complacía una figura retórica sorprendente. El que ora y **duda es semejante a la onda del mar, que es arrastrada por el viento**. Orar con una mentalidad «por si acaso» constituye una afrenta a Dios. La expresión «Todo lo que podemos hacer ahora es orar» parece considerar la oración como un último recurso. El hermano del Señor deseaba que quienes confían en Él hicieran de la oración una primera opción, no un último recurso. «La onda del mar» es una expresión de alcance casi universal. Describe el comportamiento indisciplinado y fortuito que no puede producir ningún resultado que valga la pena.⁵

Versículos 7, 8. Por el momento, Santiago abandonó el uso de eslóganes. Hasta este punto, había usado ese dispositivo para mover el pensamiento de una escena a la siguiente. Aquí ahondó en las consecuencias de pedirle a Dios bendiciones mientras se duda de que Él escuche o de que pueda actuar. Un hombre **de doble ánimo** ofende a Dios. El doble ánimo prevalece cuando un creyente de nombre mantiene abierta la opción de la incredulidad. Es ofensivo en cualquier circunstancia, sin embargo, lo es particularmente cuando el cristiano ora.

La puntuación de los versículos 7 y 8 en las diversas traducciones refleja un grado de ambigüedad en el griego. La NRSV lo consigna de la siguiente manera, «Porque el que duda, siendo de doble ánimo e inestable en todo sentido, no debe esperar recibir nada del Señor». La tercera edición del texto griego publicado por las Sociedades Bíblicas Unidas y la NASB son similares. Por otro lado, la NIV sigue la puntuación y la traducción de la KJV: «Que no se le permita a ese hombre [es

⁴ Douglas J. Moo, *The Letter of James (La carta de Santiago)*, The Tyndale New Testament Commentaries (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1985), 64. Para conocer la necesidad de que la oración esté acompañada de fe, vea Mt 21.22; Mr 11.24; Jn 14.13; 1^o Jn 5.14.

⁵ Cuando James B. Adamson sostuvo que Santiago se refería a las olas y los vientos en el mar de Galilea, se estaba esforzando demasiado para llevar las experiencias de la niñez de Santiago al reflejo de un creyente maduro. (James B. Adamson *The Epistle of James (La epístola de Santiago)*, The New International Commentary on the New Testament [Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1976], 58.)

decir, el que duda] pensar que recibirá algo del Señor». Continúa: «Un hombre de doble ánimo es inestable en todos sus caminos». La diferencia de significado es pequeña, sin embargo, la KJV y la NIV suministran el verbo «es» para hacer una segunda oración. La traducción de la Reina-Valera es más audaz y clara. Santiago parece haber colocado al «hombre de doble ánimo» en aposición con el que duda: **quien tal haga** [es decir, el que duda] [...], siendo **de doble ánimo es inconstante en todos sus caminos**.

En griego, la palabra δίψυχος (*dipsuchos*, «de doble ánimo») aparece primero aquí y en 4.8. En el último versículo, se refiere a más que a la forma en que se ora. El doble ánimo obstaculiza las oraciones, sin embargo, una mente dividida tiene implicaciones para todo tipo de elecciones morales. Santiago parece haber adaptado el «doble ánimo» del hombre «con doblez de corazón» de Salmos 12.2. El texto hebreo dice, בְּלִבְ וְלִבְ וְדַבְּרֵי (b^eleb waleb w^edabberu). Traducido literalmente dice: «Hablan con corazón y corazón». El sentido es que hablan de dos formas distintas, dependiendo de lo que demande la ocasión. La LXX traduce la frase hebrea a estas palabras griegas: χείλη δόλια ἐν καρδίᾳ καὶ ἐν καρδίᾳ ἐλάλησαν (*cheilē dolia en kardia kai en kardia elalēsan*). Quiere decir «labios de engaño hablan con corazón y corazón». El salmista se refería a personas engañosas. Si bien la redacción de Santiago es diferente, parece haber tomado prestada la idea de doble ánimo del salmo.

La palabra *dipsuchos* y sus afines también aparecen en documentos cristianos de finales del siglo primero y principios del segundo, incluidos 1^a y 2^a Clemente, Epístola de Bernabé, Pastor de Hermas y Didache.⁶ Si los autores de estos primeros documentos conocían a Santiago, explicaría más fácilmente su uso de estas palabras. Documentos como estos, ampliamente utilizados en la iglesia occidental en una fecha temprana, añaden apoyo a la sugerencia de que la carta de Santiago se originó en una fecha temprana.

Richard J. Bauckham creía que los «de doble ánimo» se oponen deliberadamente a lo «perfecto» en Santiago. Él comentó:

El tema principal de Santiago es la «perfección» o «plenitud» (1.4). La plenitud requiere una devoción incondicional y decidida a Dios, y su opuesto es esa falta de entusiasmo en la devoción a Dios y esa lealtad dividida, vacilante

⁶ 1^a Clemente 11.2; 2^a Clemente 11.2; Bernabé 19.5; Mandato del Pastor de Hermas 12.4.2; Didache 4.4.

entre Dios y el mundo, lo que Santiago llama doble ánimo (1.8; 4.8).⁷

En el contexto actual, Santiago asoció el doble ánimo con no orar como se debe. La oración, a su vez, tiene que ver con la confianza básica que se tiene en el gobierno soberano de Dios en los asuntos de la tierra. «El hombre de doble ánimo es inconstante en todos sus caminos» (Reina-Valera). Dicho de manera negativa, la oración no debería ser un elemento de contención, en caso de que todo lo demás falle. Más bien, debería surgir de una relación con Dios que testimonia de Su presencia y Su poder. Se ora sabiendo que Dios escucha, sin embargo, aceptándose Su elección si no responde o si elige responder de una manera inesperada. La fe y la estabilidad dan testimonio de una asociación inquebrantable con Dios.

En contraste, el hombre de doble ánimo invoca a Dios como una formalidad. Ora, pero no espera mucho. Vacila entre la confianza en Dios, la confianza en su propia suficiencia y el abandono de sus asuntos al destino. En 4.4, se modifica el concepto del hombre de doble ánimo. Es alguien que vacila entre su compromiso con Cristo y su deseo por el mundo. Su lealtad se divide entre la amistad con el mundo y la amistad con Dios. El hombre de doble ánimo en 4.4 se aferra al mundo. El doble ánimo es el enemigo constante del creyente.

A su manera, un agnóstico es un hombre de doble ánimo. Cuáles sean las bendiciones que ofrece la fe son desperdiciadas en él. Tratar de cruzar una valla entre la creencia y la incredulidad puede hacer poco más que justificar las elecciones propias de vivir de acuerdo con la carne. Aquellos que están atrapados en un pantano moral donde la creencia y la incredulidad luchan por el control son de doble ánimo. Incluso los no creyentes esperan confianza y seguridad en las convicciones de los cristianos. En 1948, unos monjes dominicos invitaron al ateo francés Albert Camus para que les hablara sobre el tema «Lo que los incrédulos esperan de los cristianos». En el transcurso de su conferencia, Camus habló de la expectativa de que los cristianos hablen claramente en condena del nazismo y el comunismo. Sus palabras aplicarían a muchas otras ideologías. Él aseveró:

Lo que el mundo espera de los cristianos es que los cristianos hablen en voz alta y clara,

⁷ Richard J. Bauckham, *James: Wisdom of James, Disciple of Jesus the Sage (Santiago: sabiduría de Santiago, discípulo de Jesús el sabio)* (London: Routledge, 1999), 165.

y que expresen su condena de tal manera que nunca una duda, ni la más mínima duda, pueda surgir en el corazón del hombre más simple.⁸

Nadie, y menos Dios, admira al hombre o la mujer que se equivoca en fe y la oración. Es mejor ser un incrédulo que tratar de satisfacer dos posturas. Camus era como muchas personas del mundo que esperan una voz clara y un estilo de vida decidido de quienes profesan a Cristo.

Los humildes y los ricos ante Dios (1.9–11)

La justicia para el pobre es un tema recurrente en el Antiguo y el Nuevo Testamento. La ley de Moisés vuelve al tema varias veces. «Abrirás tu mano a tu hermano», dice la Ley, «al pobre y al menesteroso en tu tierra» (Dt 15.11; vea Lv 23.22; Dt 24.10–15). Los actos de caridad individual son requeridos en el Antiguo y el Nuevo Testamento, sin embargo, los actos individuales hacen poco para cambiar la opresión sistémica. Los profetas, particularmente Amós y Miqueas en el siglo octavo a.C., se levantaron contra un sistema que permitía un ciclo de abuso. Los pobres estaban encerrados en un orden perpetuo que los mantenía ignorantes e indefensos. Miqueas acusó a los terratenientes ausentes en Jerusalén y Samaria, diciendo: «Codician las heredades, y las roban; y casas, y las toman; oprimen al hombre y a su casa, al hombre y a su heredad» (Miq 2.2).

Al igual que Amós y Miqueas, Santiago llevó el juicio de Dios a los que perpetúan la miseria, a los que mantienen desamparados a los pobres. Tres veces en este breve tratado, el autor enfatizó la opresión de sus lectores por parte de los ricos (1.9–11; 2.1–7; 4.13–5.6). El hermano del Señor no suplicó las migajas que caen de las mesas de los ricos. No era caridad lo que quería, sino justicia. Los ricos tenían que dejar de arrastrar creyentes pobres a los tribunales (2.6). Solo el pago de un salario justo al final del día evitaría el juicio del Señor del Sabáot (5.4).

Cualesquiera otras lecciones que la carta de Santiago tenga para los cristianos, incluye la exigencia de que estén del lado de los pobres, no simplemente que repartan una miseria un día y la retengan al siguiente. El tema de Santiago no es el vagabundo, ni el holgazán que busca una limosna. Más bien, la carta defiende a los trabajadores

⁸ Albert Camus, «The Unbeliever» («El incrédulo»), en *The World Treasury of Modern Religious Thought (El tesoro mundial del pensamiento religioso moderno)*, ed. Jaroslav Pelikan (Boston: Little, Brown and Company, 1990), 31.

pobres. Los cristianos pueden diferir acerca de la mejor manera en que pueden apoyar a los pobres para que tengan algún acceso razonable a los bienes y servicios producidos por una sociedad, sin embargo, el principio de que tienen que tener ese acceso no es debatible.

Personas cristianas de buen corazón con demasiada frecuencia no logran ver la diferencia entre los actos individuales de caridad y echar suertes con aquellos que presionan por un cambio sistémico necesario. Durante el caos económico de la década de 1930, algunos intelectuales coquetearon con el marxismo y otros enfoques teóricos que podrían brindar a los trabajadores pobres una mayor proporción de recompensas materiales. Si bien la historia ha demostrado que el modelo marxista es inviable, la búsqueda cristiana de la justicia económica para los pobres tiene que continuar. Esta búsqueda es tan antigua como Amós y Miqueas. Reinhold Niebuhr tuvo razón al reprender a los cristianos por no comprender de qué trata la justicia social.

Los maestros de moral que no logran ver la diferencia entre el problema de la caridad dentro de los límites de un sistema social aceptado y el problema de la justicia entre grupos económicos, que tienen un poder desigual dentro de la sociedad industrial moderna, simplemente no han enfrentado las diferencias más obvias entre la moral de grupos y la de individuos.⁹

Para Santiago, los ricos con arraigo estaban privando a los humildes de las necesidades de la vida. En sus palabras hay un llamado inherente a los cristianos a estar del lado de los pobres.

⁹El hermano que es de humilde condición, gloriése en su exaltación; ¹⁰pero el que es rico, en su humillación; porque él pasará como la flor de la hierba. ¹¹Porque cuando sale el sol con calor abrasador, la hierba se seca, su flor se cae, y perece su hermosa apariencia; así también se marchitará el rico en todas sus empresas.

Versículos 9, 10. Sea que había o no hombres y mujeres ricos entre los lectores de la carta de Santiago, los pobres abundaban. Santiago escribió: **El hermano que es de humilde condición, gloriése en su exaltación.** Podríamos haber esperado que

⁹ Reinhold Niebuhr, *Moral Man and Immoral Society: A Study in Ethics and Politics (El hombre moral y la sociedad inmoral: un estudio en ética y política)* (New York: Charles Scribner's Sons, 1960), xxii.

la palabra *πτωχός* (*ptōchos*), el adjetivo común que quiere decir «pobre», apareciera aquí. En cambio, Santiago eligió una palabra que quería decir «humilde» o «modesto». El significado principal de *ταπεινός* (*tapeinos*) es designar a alguien cuyo estatus social y medios materiales lo marcan como un hombre de «circunstancias humildes». Santiago eligió esta palabra con cuidado. Ser humilde es ser manso o modesto. En Santiago, los humildes y modestos son los pobres.

En el mundo antiguo, ser pobre quería decir vivir con el requisito de doblegarse y rebajarse ante los ricos. Quería decir humillación. A los ojos del mundo, el pobre era tratado como si fuera inferior. Sus pensamientos, deseos y necesidades no valían nada. La «gloria» del hombre humilde era que Cristo le había dado una posición «exaltada». Fue exaltado porque Cristo lo había elevado al plano común de la humanidad. Dios ama a todo hombre; Cristo murió también por los pobres, especialmente por los pobres. Los pobres son los mansos. Por estas razones, Santiago escribió: «El hermano que es de humilde condición, gloríese en su exaltación».

Al conocer a Cristo, el pobre estaba seguro de que el Señor lo contaba entre los del mundo a quienes Dios se había revelado, no entre los sabios y orgullosos de quienes Dios había ocultado Su mensaje (Mt 11.25; Lc 10.21). Por misericordia y gracia, Dios le había elegido, por pobre que fuera. En eso estaba su jactancia, su «gloria». Con el mismo espíritu, Pablo escribió: «Si es necesario gloriarse, me gloriaré en lo que es de mi debilidad» (2ª Co 11.30). Más adelante, Santiago se dirigió a la jactancia del pobre con una pregunta retórica: «¿No ha elegido Dios a los pobres de este mundo, para que sean ricos en fe y herederos del reino...?» (2.5). En esto radica la «exaltación» del pobre.

¿Requiere o sugiere la gramática en 1.10 que agreguemos la palabra «hermano» antes de **rico**? Los traductores de la REB pusieron su propio sesgo en el versículo cuando eligieron traducir la palabra única *πλούσιος* (*plousios*, «rico») con la frase «miembro rico». ¿Presuponen las palabras de Santiago que un hombre rico entre sus destinatarios podría ser un hermano, es decir, un cristiano? Dicho de otra manera, ¿omitió Santiago intencionalmente la palabra «hermano» antes de «rico» porque no había hermanos ricos, o esperaba que sus lectores la suministraran?

Santiago había usado la palabra «hermano» cuando el tema era el hombre de circunstancias

humildes en el versículo anterior. El significado del pasaje gira en torno a la respuesta a esta pregunta: ¿Había ricos y pobres en las iglesias a las que se dirigió Santiago? Si algunos de los cristianos a los que se dirigió Santiago eran ricos, les estaba diciendo que se jactaran de saber que ellos, como los pobres, estaban con todos los hombres como iguales ante Dios. Por lo tanto, habían de **gloriarse** de haber sido rebajados a un nivel común. Parece una mala razón para gloriarse.

En vista de lo que escribiría más adelante (2.6, 7), es difícil llegar a la conclusión de que Santiago esperaba que pocos de los hermanos que conocía fueran ricos, si es que había alguno. La traducción de la REB va demasiado lejos cuando proporciona «miembro». No había miembros ricos entre los lectores de Santiago. Lo que el autor dijo de los ricos en 1.11 fue una declaración genérica que contenía una acusación implícita de los ricos por la importancia personal que se habían adherido a sí mismos. Santiago quería que sus lectores entendieran que había una considerable ironía en la jactancia del hombre rico.

La jactancia del rico no era en modo alguno análoga a la del pobre. A lo largo de la historia, Dios ha demostrado Su soberanía sobre los asuntos humanos exaltando a los humildes y derribando a los poderosos. De manera irónica, la única jactancia del hombre rico, insistió Santiago, sería que Dios lo humilla quitándole riqueza y poder, la fuente de su orgullo. Con sus profundas raíces en los profetas y la literatura sapiencial de Israel, no sorprende que Santiago se aferrara a un tema que se encuentra repetidamente en las Escrituras, a saber, que Dios exalta a los humildes y humilla a los poderosos (vea Sal 49.16, 17; Lc 1.52, 53).

Versículo 11. Si los ricos de Santiago 1.10, 11 eran cristianos, es decir, si se debe proporcionar «hermano» o «miembro», aparentemente Santiago se propuso ofenderlos. Sus palabras fueron severas: **Porque cuando sale el sol con calor abrasador, la hierba se seca, su flor se cae, y perece su hermosa apariencia; así también se marchitará el rico en todas sus empresas.** Santiago buscó sus ideas y algunas de sus palabras precisas en el profeta Isaías (Is 40.6–8). Se debe hacer notar que el pasaje de Isaías se cita con mayor precisión en 1ª Pedro 1.24. Quizás el pasaje de Isaías estaba siendo citado en comunidades a las que se dirigieron tanto Santiago como Pedro, sin embargo, es notable que ambos produzcan el pasaje aproximadamente en el mismo punto de sus epístolas. La cita más precisa

en Pedro sugiere que el apóstol tenía la carta de Santiago ante él, incluso si Santiago no reprodujo el pasaje de Isaías en su totalidad e incluso si lo aplicó de manera diferente.

Si bien el sentimiento del pasaje puede aplicarse a cualquiera, Santiago (más que Isaías o Pedro) centró su aplicación en los ricos. Además, Santiago dejó claro que el juicio en el que caerían sus ricos contemporáneos había sido el plan de Dios desde el principio. Citó a Isaías, sin embargo, la enseñanza de Jesús no estaba lejos en el trasfondo. El Señor había dicho: «El que se ensalza a sí mismo será humillado; y el que se humilla será enaltecido» (Mt 23.12). Santiago y Pedro se moverían en la misma dirección. «Humillaos delante del Señor, y él os exaltará», diría Santiago (4.10). Pedro agregó: «Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que él os exalte cuando fuere tiempo» (1ª P 5.6).

Cuando Santiago observó que «cuando sale el sol con calor abrasador, la hierba se seca», estaba haciendo una declaración sobre la injusticia que enfrentaban los cristianos pobres entre sus lectores. Los primeros lectores de Santiago probablemente vivían en la provincia más grande de la Siria romana. Ellos entendían la analogía que trazó Santiago. Los feroces vientos del este del desierto son versiones más fuertes de los vientos de Santa Ana del sur de California o de un nordeste a lo largo de la costa de Nueva Inglaterra. Las hermosas vidas de los ricos se marchitarían bajo el ataque de la justicia de Dios. Los pobres serían exaltados. La observación de Patrick J. Hartin va al grano: «Santiago establece su premisa básica con respecto a la pobreza y la riqueza, a saber, que un cambio de suerte de aquellos que acogen el mensaje de Jesús ocurre dentro de la comunidad [cristiana]».¹⁰

Dios, la fuente de toda bondad (1.12–18)

Santiago acomodó fácilmente la majestad soberana de Dios por un lado, y la responsabilidad humana por el otro. Dios es el Señor soberano y el dador de todo bien, sin embargo, no se involucra en los pecados de las personas. Dios no apoya el mal. Sin ser respaldada por Dios, la transgresión se abre camino en la vida humana. Más adelante, Santiago escribiría que hay que resistir al diablo (4.7), sin embargo, por ahora insistió en que la responsabilidad del pecado recae en el individuo

¹⁰ Patrick J. Hartin, *James (Santiago)*, Sacra Pagina Series, vol. 14 (Collegetown, Minn.: Liturgical Press, 2003), 83.

que peca.

Santiago no ofreció ninguna evidencia de tensión entre uno que se deja llevar por sus propios deseos y un Padre soberano de las luces con quien no hay sombra variante de cambio. Dios no es el autor del pecado, sin embargo, tampoco protege a Sus hijos de las consecuencias de dejarse llevar por sus propias concupiscencias. Para Santiago, el pecado tiene una especie de existencia independiente, una mente propia. Su fuente radica en los deseos de los seres que toman decisiones morales. Los deseos dan a luz al pecado y al final marcan el comienzo de la muerte. Sin embargo, Dios obra para producir la concepción y el nacimiento que den como resultado la reconciliación entre Él y los que pecan. Mediante el ejercicio de Su voluntad, Dios da a luz un pueblo mediante la palabra de verdad.

¹²Bienaventurado el varón que soporta la tentación; porque cuando haya resistido la prueba, recibirá la corona de vida, que Dios ha prometido a los que le aman. ¹³Cuando alguno es tentado, no diga que es tentado de parte de Dios; porque Dios no puede ser tentado por el mal, ni él tienta a nadie; ¹⁴sino que cada uno es tentado, cuando de su propia concupiscencia es atraído y seducido. ¹⁵Entonces la concupiscencia, después que ha concebido, da a luz el pecado; y el pecado, siendo consumado, da a luz la muerte.

¹⁶Amados hermanos míos, no erréis. ¹⁷Toda buena dádiva y todo don perfecto desciende de lo alto, del Padre de las luces, en el cual no hay mudanza, ni sombra de variación. ¹⁸El, de su voluntad, nos hizo nacer por la palabra de verdad, para que seamos primicias de sus criaturas.

Versículo 12. Santiago no había dicho lo suficiente acerca de las pruebas que los cristianos tienen que soportar para perseverar en Cristo. Volvió a un tema que presentó en 1.2–4. Anteriormente, les había advertido a sus lectores que tuvieran por sumo gozo el soportar las pruebas. Ahora pronunció una bendición: **Bienaventurado el varón que soporta la tentación.** En el proceso de perseverar, insistió Santiago, el cristiano que es firme recibe bendiciones. En el proceso de explorar la perseverancia y las dificultades, Santiago recurrió a tres palabras, cada una de las cuales tiene su propio matiz.

Primero, cuando Santiago empleó el sustantivo *πειρασμός* (*peirasmos*, «tentación») o el verbo

πειράζω (*peirazō*, «tentar»), tenía pruebas o tentaciones en mente (vea comentarios sobre 1.2). En los siguientes versículos, usó formas de estas palabras repetidamente. En segundo lugar, cuando Santiago quiso llamar la atención sobre alguien que había pasado por dificultades con una fe más fuerte, usó el adjetivo δόκιμος (*dokimos*, «probado» o **resistido**). El sustantivo relacionado *dokimion* («una prueba») aparece en 1.3. Cuando un cristiano había pasado por la prueba, había «resistido». El creyente que resistía las pruebas y se mantenía firme era «bendecido». Debido a que esa persona era bendecida, **recibirá la corona de vida**. Tercero, Santiago también usó la palabra θλίψις (*thlipsis*, «tribulaciones») en 1.27. Con ella, se refirió a las penurias y angustias.

La vida eterna es la «corona» que el creyente fiel recibirá después de perseverar (vea Ap 2.10). Muy a menudo en el Nuevo Testamento, «corona» es una traducción de στέφανος (*stephanos*). Los concursos atléticos antiguos no otorgaban medallas de oro, plata o bronce. Se era un ganador o un perdedor. Los vencedores recibían una corona de hojas, un *stephanos*, cuando ganaban en los juegos. Recibir la corona constituía un gran honor, sin embargo, la corona en sí se marchitaba rápidamente. Usando la misma figura retórica, Pedro instó a sus lectores a vivir para recibir «la corona incorruptible de gloria» (1ª P 5.4). Una «corona» recibida en los juegos normalmente se desvanecía. Pablo usó la palabra de la misma manera que lo hizo Pedro. Aseguró a sus lectores que sus luchas eran por «una corona incorruptible» (1ª Co 9.25), por una victoria que equivalía a la vida eterna.

En ocasiones, debido a que la corona de un rey rodeaba la cabeza como una guirnalda, *stephanos* tomó el significado de la corona de un gobernante. Sin embargo, el griego tenía otra palabra, διάδημα (*diadēma*), que era más apropiada para las coronas que usaban los gobernantes. En la visión de Juan en Apocalipsis, se usa para las coronas que usa el diablo (Ap 12.3, 9), así como para las que usa Cristo (Ap 19.12). Cuando *stephanos* se refiere metafóricamente a la corona de un gobernante, el contexto normalmente lo hará obvio. Sin una guía clara de lo contrario, en el Nuevo Testamento, *stephanos* es la corona de un vencedor. Nada en Santiago sugiere que usó la palabra en un sentido metafórico para referirse a la corona de un gobernante. Para Santiago y otros autores del Nuevo Testamento, un *stephanos* era la corona de un vencedor. La distinción es importante. La palabra *stephanos*

implicaba victoria, triunfo y honor; no llevaba ninguna sugerencia de esplendor real.

Es lamentable que las traducciones usualmente consignan *stephanos* con la palabra «corona». Una «corona» trae a la mente una gama de ideas considerablemente diferente a la corona de un vencedor, ideas como riqueza, poder y grandeza. Guiada por las traducciones, la poesía y el canto cristianos han seguido su ejemplo. Los coros populares miran al cielo como un lugar donde los creyentes usarán túnicas, vivirán en mansiones y tendrán diademas en la cabeza. De tal manera, la esperanza cristiana se convierte en mansiones, señorío y poder que la palabra griega no sugiere. El fin de la vida cristiana es la victoria. No es poder, mansiones o señorío. El mensaje cristiano es contracultural. Su esperanza no es mundana, sin embargo, los cristianos a menudo la enmarcan en términos materiales.

Versículo 13. Dios no se deleita en el pecado de nadie. Que nadie **diga que es tentado de parte de Dios**. En vista de que **Dios no [...] tienta a nadie**, ¿cómo hemos de entender las siguientes declaraciones del Antiguo Testamento?

Allí les dio estatutos y ordenanzas, y allí los *probó* (Ex 15.25b; énfasis añadido).

Y te acordarás de todo el camino por donde te ha traído Jehová tu Dios estos cuarenta años en el desierto, para afligirte, para *probar*te, para saber lo que había en tu corazón, si habías de guardar o no sus mandamientos (Dt 8.2; énfasis añadido).

... tampoco yo volveré más a arrojar de delante de ellos a ninguna de las naciones que dejó Josué cuando murió; para *probar* con ellas a Israel, si procurarían o no seguir el camino de Jehová, andando en él, como lo siguieron sus padres (Jue 2.21, 22; énfasis añadido).

¿Cómo hemos de entender la oración del Señor, «Y no nos metas en tentación, mas líbranos del mal» (Mt 6.13)? Si Dios nunca tienta, **porque Dios no puede ser tentado por el mal**, ¿por qué el Señor les enseña a Sus discípulos a suplicar a Dios que los libre del mal?

En ningún caso Dios induce el pecado en Su pueblo para que Él los juzgue como culpables. El hecho de que los cristianos se enfrenten a la tentación tiene que explicarse sobre alguna otra base que, en este momento, no era una preocupación para el autor. Sostener que Dios es la fuente de la tentación es sostener que Dios se deleita en el mal. En aquellas ocasiones en que Dios permite que Su

pueblo sea tentado, no es porque desee descubrir y exponer sus debilidades. Dios da «sin reproche» (1.5). Tan lejos está Dios de inducir a las personas a pecar que Santiago le declaró ser ἀπειράστος (*apeirastos*, «inmune a la tentación»).

Puede que los propósitos providenciales de Dios no sean siempre obvios a nivel humano, sin embargo, Su deseo es que la bondad, no el mal, emane de Su pueblo. Aquí el autor se apoyó en un dispositivo literario llamado «diatriba», es decir, estableció un oponente imaginario y le entabló conversación. Santiago sostenía que el que excusa sus propias fechorías culpando a Dios por inducirlo al pecado se equivoca. El deseo de la propia carne del pecador es la fuente de la que surge su rebelión contra Dios. Cuando los creyentes oran pidiendo ser librados de la tentación, están pidiendo a Dios que los mantenga alejados de la compañía y las circunstancias en las que podrían estar inclinados a sucumbir al mal. Podría aceptarse sin más comentarios que Dios no colocará a Su pueblo en escenarios porque desee verlos fallar.

Versículo 14. El primer paso para apartarse del pecado es darse cuenta y confesar la participación que tenemos en el mismo. El que peca es **seducido** [...] **de su propia concupiscencia**, afirmó Santiago. La transgresión no es de Dios ni del diablo. Dentro de una persona la concupiscencia da origen al pecado. Jesús dijo: «Porque del corazón salen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los hurtos, los falsos testimonios, las blasfemias. Estas cosas son las que contaminan al hombre» (Mt 15.19, 20a). Las personas no pecan porque Dios los pre ordenó para que se rebelaran contra Él. Su señorío soberano no lo convierte en el autor del pecado. Si ese fuera el caso, la responsabilidad por el pecado estaría en Él.

Santiago no tomó a la ligera el poder del deseo humano cuando conduce a la tentación. Usó metáforas que llamaban la atención sobre las formas engañosas del pecado. El pecador es **atraído** y «seducido por su propia lujuria». Como un pez es atraído, capturado y arrastrado fuera del agua, o como a un animal se le coloca un cebo para que caiga en una trampa, el pecado apela a los deseos básicos. Al final destruye. Cualquier otra cosa que pueda resultar del pecado, la transgresión es su propio castigo. El salmista lo dijo bien:

Si no se arrepiente, [...] He aquí, el impío concibió maldad, Se preñó de iniquidad, Y dio a luz engaño.

Pozo ha cavado, y lo ha ahondado;
Y en el hoyo que hizo caerá.
Su iniquidad volverá sobre su cabeza,
Y su agravio caerá sobre su propia coronilla
(Sal 7.12, 14–16).

Lo que le corresponde a la sabiduría cristiana es reconocer el poder de los deseos de la carne y, con la ayuda de Dios, resistir el poder de atracción del pecado.

Versículo 15. Nacer de nuevo es una expresión vívida usada por Jesús (Jn 3.3), Pedro (1ª P 1.3) y Pablo (Tit 3.5). Quiere decir la renovación de vida que acompaña la fe en Cristo. Sin embargo, solo Santiago usó el lenguaje del nacimiento en un sentido negativo. **Entonces la concupiscencia, después que ha concebido, da a luz el pecado.** El deseo, cuando se incorpora al corazón y es excusado a la ligera, da origen a un camino que conduce a la vergüenza y la autodestrucción. En 1.18, Santiago volvería al lenguaje del nacimiento, sin embargo, luego lo usaría en el sentido más común de renacimiento para convertirse en una nueva creación en Cristo. Allí, es la palabra de verdad la que da a luz una nueva creación. Si bien el nuevo nacimiento en 1.18 no parece tener el significado místico que tiene en Juan 3.1–8, Santiago entendía el nacer de nuevo como la entrada al perdón de los pecados y la vida con Cristo. Antes de considerar los resultados positivos de nacer de nuevo, Santiago deseaba que sus lectores consideraran el efecto negativo del pecado. La progresión es la siguiente: deseo, acoger el deseo, el pecado y luego la muerte. Santiago ya había ofrecido una mejor progresión: pruebas, resistencia y, en última instancia, vida (1.12).

Santiago estaba de acuerdo con sus contemporáneos en el judaísmo cuando juzgó que el «deseo» era el fundamento de la mayoría de los pecados. Filón, cuya vida en Alejandría, Egipto, se superpuso al ministerio de Jesús, escribió: «[...] porque todas las pasiones del alma son formidables, excitándola y agitándola contra la naturaleza, y no le permiten permanecer en un estado saludable, sin embargo, de todas esas pasiones, la peor es el deseo».¹¹ El relato de Génesis sobre la tentación y el pecado es similar. En el huerto, el tentador apeló al deseo: «... sino que sabe Dios que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal» (Gn 3.5).

Versículo 16. Santiago resumió con una pro-

¹¹ Filón *Decálogo* 28 [142].

hibición: **no erréis**. El negativo μή (*mē*, «no») con el imperativo presente *πλανᾷσθε* (*planasthe*, «ser extraviado») sugiere que los lectores, de hecho, estaban siendo engañados por sus deseos que habían dado como resultado los pecados del versículo 15. La prohibición mira hacia atrás; el pecado por su naturaleza engaña, sin embargo, el engaño del pecado encuentra acceso al corazón cristiano mediante los deseos de la carne. Quizás los primeros lectores de Santiago habían sido engañados por no reconocer que Dios era la fuente de toda bendición, de toda buena dádiva. Quizás subestimaban el poder del pecado dentro de ellos. Santiago no se deleitó en pronunciar una palabra de reproche. Suavizó la acusación apelando a ellos como **Amados hermanos míos**. Es una de las tres veces en la breve carta cuando Santiago usó la frase (vea 1.19; 2.5).

Versículo 17. Los traductores difieren en su intento por extraer del griego el sentido del presente versículo. ¿Es el significado que «todo acto generoso de dar, con todo don perfecto, viene de arriba, descendiendo [...]» (NRSV), o es que «toda buena dádiva y todo don perfecto de arriba viene descendiendo [...]» (según la edición de Nestlé del texto griego)? La diferencia no es grande,¹² sin embargo, la NRSV sugiere que Dios es la fuente de todo bien. El texto de Nestlé podría asumir que algunas cosas «de lo alto» no son buenas dádivas. Dios es la fuente de todas las buenas. Todo lo que Santiago ha dicho sobre Dios y los dones que da indican que la NRSV está en lo correcto. La Reina-Valera traduce esta frase de manera similar.

La frase **Padre de las luces** aparece solo aquí en las Escrituras. Su significado no es del todo evidente. ¿Son las «luces» cuerpos celestes, es decir, el sol, la luna y las estrellas? Si ese es el significado que pretendía Santiago, afirmó el señorío de Dios manifestado por medio de Su creación. Sin embargo, en las Escrituras, la luz a veces tiene otros significados. Comúnmente se usa de manera metafórica para la verdad o el conocimiento. Puede que la idea detrás de la frase «Padre de las luces» sea que Dios es la fuente de toda iluminación espiritual. Jesús habló de Sí mismo como «la luz del mundo» debido a la relación única entre Él y el Padre (Jn 8.12). Con toda probabilidad, «Padre de las luces» quiere decir que Dios es Aquel que ha

hecho posible que las personas conozcan la verdad.

Dios no cambia; **en el cual no hay mudanza, ni sombra de variación**. No quiere decir que Dios se comporte exactamente igual en cada período de tiempo. En un punto, Dios creó al hombre directamente del polvo. Después de eso, nuevas personas llegaron al mundo mediante el proceso del nacimiento. En un punto, le habló en voz alta a Moisés en el Sinaí. Mucho después, Dios obró milagros por medio de las manos de Jesús y los apóstoles, sin embargo, no quiere decir que les da a individuos específicos el don de sanar en cada generación. Lo que dijo Santiago es que el mundo natural y los seres humanos a menudo son inconstantes e impredecibles. En contraste, la bondad moral de Dios, su constancia, trasciende las generaciones.

Versículo 18. Santiago dijo que Dios **nos hizo nacer por la palabra de verdad**. ¿Qué quiso decir con «hizo nacer»? ¿Estaba llamando la atención al nacimiento de la humanidad? ¿Constituye la creación el tema? Eso podría seguir de «Padre de las luces», si esa frase quiere decir que Dios es el Creador de las luces celestiales. Dadas sus raíces en el judaísmo, Santiago podría haberse referido al nacimiento del pueblo de Dios, Israel. Moisés le recordó a Israel «De la Roca que te creó» y «de Dios tu creador» (Dt 32.18).

Ninguna de las anteriores posibilidades debe descartarse a la ligera, sin embargo, la frase «por la palabra de verdad» lleva el concepto en una dirección diferente. Santiago se encontró en compañía de otros autores del Nuevo Testamento que pensaban de hacerse cristianos en términos de un nuevo nacimiento (Jn 3.1–8; Tit 3.5; 1ª P 1.3, 23). Confesar a Cristo y hacer propia la vida que Él recomendó requiere que una persona obedezca el evangelio (vea Ro 6.17, 18; 2ª Ts 1.8). La obediencia no es un asunto separado de la fe; es la extensión natural de la fe. Cuando la persona obedece, es salva del pecado; en cierto sentido, nace de nuevo. «La palabra de verdad» es el medio por el cual la persona llega a poner fe en Cristo y actuar con fe obedeciendo. A pesar de toda la importancia que Santiago y otros autores del Nuevo Testamento le dieron a la obediencia, el nuevo nacimiento no es producto de la planificación humana. Las personas en sus pecados no se acercaron a Dios en busca de redención, buscando nacer de nuevo. Más bien, Dios actuó **de su [propia] voluntad**; tomó la iniciativa. J. W. Roberts agregó: la frase «*de su propia voluntad*» enfatiza la idea de que nuestra

¹² Algunas ediciones del texto griego insertan una coma después del verbo ser εστιν (*estin*, «es»), mientras que otras no.

salvación es el resultado de la elección deliberada y el propósito de Dios, es decir, que constituye un don de gracia de su parte».¹³

De aquellos que han sido engendrados en Cristo, renacidos en Él, Santiago dijo que se habían convertido en una especie de **primicias de sus criaturas**. Las «primicias» en la economía agraria de Israel fueron tanto el comienzo de la cosecha como la promesa de que vendría más cosecha. Dados los cultos de fertilidad alrededor de Israel, en el Antiguo Testamento era importante que el pueblo de Dios se diera cuenta de que Él era la fuente de bendiciones cuando llegaba la cosecha (vea Os 2.8). Moisés les dio a los israelitas las siguientes instrucciones para que las siguieran después de entrar en la tierra de Canaán:

... entonces tomarás de las primicias de todos los frutos que sacares de la tierra que Jehová tu Dios te da, y las pondrás en una canasta, e irás al lugar que Jehová tu Dios escogiere para hacer habitar allí su nombre (Dt 26.2).

Los lectores de Santiago eran santos para Él, como las «primicias» de Israel lo eran para ellos. Ellos mismos fueron salvos del pecado. Habían renacido, y exhibían el prospecto de que vendría una abundancia adicional. Gracias a Cristo, multitudes gozaría de las bendiciones que reciben los que perseveran.

IMPLICACIONES DE UNA LEY DE LIBERTAD (1.19–27)

Santiago usaría la frase «ley de la libertad» en 1.25 y más adelante en su carta (2.12). En este punto, estaba listo para profundizar en las implicaciones éticas de tal ley. Anteriormente había abordado las pruebas de sus lectores y la consiguiente necesidad de perseverancia. La duda es veneno en el pozo de la fe. El doble ánimo es la antítesis de la perseverancia. Dejar que los deseos nos controlen es ceder al placer del momento y abandonar la corona de vida que Dios promete. La ética ha sido parte de la doctrina desde el principio, sin embargo, el autor ahora centró su atención en la forma de vida que Dios exige de aquellos a quienes ha hecho nacer por la palabra de verdad (1.18). Presentó los temas brevemente y se reservó el derecho de abordarlos con más detalle a medida que se desarrollaba la carta. Los hechos y las vidas transformadas tienen

¹³ J. W. Roberts, *The Letter of James (La carta de Santiago)*, *The Living Word Commentary* (Austin, Tex.: Sweet Publishing Co., 1977), 53.

que ser el resultado final de abrazar a Cristo. Las palabras por sí solas no son suficientes.

¹⁹Por esto, mis amados hermanos, todo hombre sea pronto para oír, tardo para hablar, tardo para airarse; ²⁰porque la ira del hombre no obra la justicia de Dios. ²¹Por lo cual, desechando toda inmundicia y abundancia de malicia, recibid con mansedumbre la palabra implantada, la cual puede salvar vuestras almas.

²²Pero sed hacedores de la palabra, y no tan solamente oidores, engañándoos a vosotros mismos. ²³Porque si alguno es oidor de la palabra pero no hacedor de ella, éste es semejante al hombre que considera en un espejo su rostro natural. ²⁴Porque él se considera a sí mismo, y se va, y luego olvida cómo era. ²⁵Mas el que mira atentamente en la perfecta ley, la de la libertad, y persevera en ella, no siendo oidor olvidadizo, sino hacedor de la obra, éste será bienaventurado en lo que hace.

²⁶Si alguno se cree religioso entre vosotros, y no refrena su lengua, sino que engaña su corazón, la religión del tal es vana. ²⁷La religión pura y sin mácula delante de Dios el Padre es esta: Visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones, y guardarse sin mancha del mundo.

Versículos 19, 20. La forma del verbo griego inicial permite un imperativo, «Sepan esto, mis amados hermanos» (RSV), o un indicativo como lo ha entendido la Reina-Valera: **Por esto** [de hecho], **mis amados hermanos**. En cualquier caso, Santiago esperaba que sus lectores supieran que Dios los había traído a un nuevo nacimiento por medio de la palabra de verdad.

Habiendo expresado confianza en ellos, Santiago cambió abruptamente el tema al habla y la ira de una persona. Dejó de usar eslóganes, el dispositivo que se encuentra en la primera parte del capítulo. Muchos proverbios, tanto en la Biblia como fuera de ella, ofrecen advertencias sobre el uso y el mal uso de la lengua (vea, por ejemplo, Pr 10.19; 12.18). En los apócrifos, el hijo de Siriaco ofreció este consejo: «Date prisa para escuchar, pero ten calma para responder».¹⁴

Santiago volvería a hablar sobre la forma en que la lengua podría ser una bendición o una maldición para el pueblo de Dios, sin embargo, por ahora instó: **todo hombre sea pronto para oír**,

¹⁴ Eclesiástico 5.11 (DHH).

tardo para hablar, tardo para airarse. El orden de oír, hablar y airarse no es el que se esperaría. En concepto, la mayoría de las personas imaginan que la ira es lo primero. Se ve o se escucha algo que enciende la ira. Al enojarse, se tiende a recurrir a palabras mal elegidas. La advertencia de Santiago podría haber estado más cerca del curso normal de los acontecimientos si les hubiera advertido a sus lectores que fueran prontos para oír, que fueran tardos para enfadarse y que fueran tardos para hablar.

Quizás Santiago dio a entender que oír descuidadamente puede producir palabras ásperas y apresuradas, que a su vez pueden generar más ira. Santiago dio a entender que las palabras pueden ser tanto la fuente de ira como sus resultados. A veces, cuanto más habla una persona, más se enoja. Se construyen relaciones sólidas cuando se escucha con prontitud y luego se es tardo y deliberado en la respuesta. La ira podría controlarse cuando una persona piensa en las palabras y sus consecuencias. La medición cuidadosa de las palabras constituye una estrategia para controlar la ira.

La frase **la ira del hombre** es de significado incierto. Puede que se refiera a la ira dirigida contra el prójimo (un genitivo objetivo) o puede querer decir la ira que se genera en el sujeto que está enojado (un genitivo subjetivo). En este caso, el resultado de cualquier tipo de enojo es similar en sus consecuencias, sin embargo, el versículo anterior sugiere que el enojo dirigido contra otro era la preocupación de Santiago. Tal ira es una ofensa contra Dios. Santiago dio a entender que la relación que se tiene con el prójimo y su relación con Dios están entrelazadas. La sabiduría de Proverbios afirma: «Mejor es el que tarda en airarse que el fuerte; Y el que se enseñoa de su espíritu, que el que toma una ciudad» (Pr 16.32).

La siguiente frase despierta aún más interés. En un contexto paulino, durante cientos de años, **la justicia de Dios** ha generado mucho debate. Éste gira en torno a la relación entre la palabra «justicia» y el genitivo «de Dios». Si es un genitivo objetivo, se refiere a una justicia que Dios imparte al pecador por medio de la sangre de Cristo; si es un genitivo subjetivo, se refiere a la justicia como una cualidad propia de Dios. Otra posibilidad es que sea un genitivo cualitativo, es decir, una justicia del tipo que se ve en Dios. En Santiago, la frase aparece solo aquí. Santiago parece no haberse preocupado por las sutilezas del lenguaje paulino. Usó la palabra «justicia» como lo hizo Mateo; es

el comportamiento que caracteriza a Dios y al pueblo de Dios. Según Douglas J. Moo, «la justicia de Dios» en este pasaje equivale a «la actividad justa que cuenta con la aprobación de Dios».¹⁵ Es un genitivo descriptivo, que indica una clase de justicia piadosa. El siguiente versículo sugiere que Moo está en lo correcto.

Versículo 21. Santiago afirmó que una condición previa para recibir **la palabra implantada** es la **mansedumbre**, acompañada del acto de [**des- echar**] **toda inmundicia**. La traducción *ῥυπαρία* (*rhyuparia*) con la palabra «inmundicia» es justa. El significado literal de la palabra es «suciedad» o «inmundicia». Usada metafóricamente, tiene connotaciones éticas. La amonestación de Santiago en los dos versículos anteriores había apuntado en la dirección del habla. Ahora instó a sus lectores a evitar el lenguaje inmundo con la palabra *rhyuparia* («inmundicia»). El léxico de Walter Bauer dice que la palabra quiere decir figurativamente «un estado de contaminación o corrupción moral, impureza moral, vulgaridad».¹⁶ La palabra se usa solo aquí en el Nuevo Testamento.

Vulgaridad es una palabra difícil de definir, sin embargo, no implica que la palabra carezca de significado. Cuando se trata de palabras, no de imágenes, la vulgaridad se hace evidente al oír las. Cuando los comediantes carecen de imaginación, cuando los ignorantes no pueden expresarse, cuando a los sofisticados se les dificulta encontrar algo escandaloso que decir, la vulgaridad es el recurso común.

Santiago sabía que cuando el hablar es inmundo, el comportamiento le sigue los pasos. Caracterizó el comportamiento que los creyentes habían de evitar con *περισσεῖαν κακίας* (*perisseian kakias*, «maldad abundante»). Santiago, por supuesto, quería que sus lectores evitaran *toda* malicia, no solo malicia cuando es llevada a un grado excesivo. La forma como lo consigna la NASB, «y todo lo que queda de malicia», capta bien la idea.

Al declarar que la palabra de Dios es «implantada» en los creyentes, Santiago se centró en su poder para expulsar «la inmundicia y abundancia de malicia». Por medio de «la palabra implantada», el cristiano se deshace de tal comportamiento.

¹⁵ Moo, 79.

¹⁶ Walter Bauer, *A Greek-English Lexicon of the New Testament and Other Early Christian Literature* (Léxico griego-inglés del Nuevo Testamento y demás literatura cristiana primitiva), 3ª ed., rev. y ed. Frederick W. Danker (Chicago: University of Chicago Press, 2000), 908.

Es curioso que Santiago amoneste a sus lectores a [recibir] la palabra ya «implantada» en ellos. Apenas parece necesario «recibir» lo que ya se tiene. El autor aparentemente eligió la palabra «implantada» debido a su asociación con «nos hizo nacer por la palabra de verdad» (1.18). La palabra implantada y germinada ha resultado en un nuevo nacimiento. El nuevo nacimiento, sin embargo, no es un evento único. Habiendo la palabra dado a luz una nueva creación, Santiago quería que continuara su obra reformadora y de moldeamiento en el cristiano. Para que eso suceda, el cristiano necesitaba hacerla suya. «Recibir la palabra implantada» es regocijarse en su llamado y permitirle moldearnos a la imagen del Señor. La palabra tiene un llamado inmediato a la obediencia, sin embargo, también tiene un llamado continuo.

La palabra de Dios en Santiago consiste en un poder habilitador. En ese sentido, es equivalente al Espíritu que habita en el cristiano en otras partes del Nuevo Testamento. Pablo una vez preguntó a los gálatas: «¿Recibieron el Espíritu por las obras de la ley, o por el oír con fe?» (Ga 3.2). La sustitución de «la palabra implantada» por «Espíritu» en ese pasaje cambiaría muy poco el significado. «Espíritu» y «palabra» están estrechamente alineados. Como señaló Pablo, «la espada del Espíritu» es «la palabra de Dios» (Ef 6.17). Desarrollando aún más la analogía, el autor de Hebreos escribió: «Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos» (He 4.12).

Santiago ofreció un llamado al arrepentimiento expresado con la metáfora de quitarse las vestimentas. Es una figura retórica común en el Nuevo Testamento. El pecador se quita su antigua forma de vida y se pone una nueva. Él o ella se quita o se pone. Santiago instó a los cristianos a darle la espalda al comportamiento que anteriormente los había caracterizado y que seguía caracterizando a muchos que vivían en pecado. El participio usado en «desechando» tiene la fuerza de un imperativo. Es una metáfora común en el lenguaje del Nuevo Testamento para la cesación del pecado (Ro 13.12; Ef 4.22, 25; He 12.1; 1ª P 2.1).

La frase adverbial «con mansedumbre» podría ir con «desechando» o con «recibid [...] la palabra», dependiendo de dónde se coloque la coma. Por supuesto, podría modificar ambas expresiones. Santiago quería que sus lectores no solo desecharan la inmundicia, sino que también recibieran la palabra «con mansedumbre» para que fueran eficaces a la hora de llevar una vida piadosa.

Darian Lockett hizo notar: «Dejar a un lado la inmundicia es un desafío para arrepentirse de la contaminación resultante de adoptar los valores y el comportamiento ajenos a un “mundo” diferente, uno contrario a la justicia de Dios». ¹⁷

La frase **la cual puede salvar vuestras almas** es lenguaje cristiano típico. La palabra «alma» no designa algún aspecto de la vida que esté más en sintonía con Dios que los deseos más degenerados. Las «almas» son los hombres y mujeres mismos. La salvación de «almas» es una preocupación cristiana (Jn 3.16). Santiago no es una carta judía escasamente disfrazada (vea comentarios sobre 2.15). Cuando la palabra ha sido recibida «con mansedumbre», es «injertada» (KJV) en el alma. Ha sido entrelazada en nuestro ser y por eso es capaz de producir frutos piadosos. Los autores del Nuevo Testamento a menudo insisten en que la relación de la persona con Dios depende de la forma en que se conduce cara a cara con su prójimo. Dios no puede ser comprado con ceremonia. Si bien la ceremonia era importante en la adoración del Antiguo Testamento, allí tampoco sustituía una vida de rectitud. La palabra de Dios nunca es una fuerza externa que se le impone al cristiano. Más bien, el cristiano maduro y perfeccionado se empapa de la justicia de Dios con el resultado de que se vuelve una con él mismo. ¹⁸

Versículo 22. Santiago extendió el concepto de «la palabra implantada» de modo que se ha convertido en el fundamento de la fe cristiana, tanto en términos de su confesión como de su puesta en práctica. **Pero sed hacedores de la palabra**, escribió. «La palabra» no ha sido absorbida adecuadamente hasta que se ha convertido en parte de nuestro comportamiento. El presente imperativo sugiere que los cristianos siempre necesitan participar en el proceso de convertirse en «hacedores de la palabra». Santiago, Pablo y Jesús insistieron en que la respuesta adecuada a la revelación de Dios y Su gracia requiere más que un vínculo emocional.

¹⁷ Darian Lockett, *Purity and Worldview in the Epistle of James (Pureza y cosmovisión en la epístola de Santiago)*, Library of New Testament Studies, 366 (New York: T&T Clark, 2008), 139.

¹⁸ Lockett citó el apoyo a la idea de que «la palabra implantada» se refiere no a recibir la verdad en la conversión, sino a aprender y comprender la palabra como un proceso continuo (Ibíd., 111). Si es correcto, podría explicar la ausencia de cualquier referencia al Espíritu Santo en Santiago. La palabra y el Espíritu están meticulosamente asociados en el Nuevo Testamento. Santiago podría haber preferido expresar el poder habilitador del Espíritu en términos de la palabra.

Jesús dijo: «Cualquiera, pues, que me oye estas palabras, y las hace, le compararé a un hombre prudente [...]» (Mt 7.24). Pablo agregó: «Porque no son los odores de la ley los justos ante Dios, sino los hacedores de la ley serán justificados» (Ro 2.13). No solo el Libro de Santiago, sino la totalidad del mensaje del evangelio también declara que aquellos que son **solamente odores**, son creyentes que se engañan a sí **mismos**. Pablo especificó que «la palabra» que habían de poner en práctica los cristianos era «la ley», sin embargo, la línea entre el cumplimiento de la ley y el cumplimiento de las palabras del nuevo pacto estaba volviéndose menos rígida en las comunidades cristianas cuando escribió Santiago. No hizo ninguna distinción conceptual entre ser hacedores de la fe (2.17, 18) y ser hacedores de la palabra.

El oír la palabra supone una comunidad de cristianos que se reúnen. Oír y hacer la palabra supone un contexto social donde la palabra se lee o se proclama. La vida comunitaria de la iglesia es la presuposición no sólo de Santiago, sino también de otros contribuyentes al Nuevo Testamento. Cuando Jesús les dijo a Sus seguidores que fueran en privado a un hermano que había pecado, pero que lo «[dijeran] a la iglesia» cuando todo lo demás fallaba (Mt 18.17), se asume una asamblea de cristianos. Cuando Pablo escribió acerca de reunirse «como iglesia» (1ª Co 11.18) o «la iglesia» (1ª Co 14.19), sus lectores entendían que era un cuerpo reunido de creyentes.

Versículo 23. Santiago acusó al **oidor de la palabra** que se contentaba con admirarla, deleitándose en su belleza, pero que nunca insistía en que moldeara su carácter. Con **su rostro natural**, el autor aparentemente se refería al rostro con el que la persona nacía. No puede pensarse más en la forma en que la palabra exige un cambio en nuestras vidas que una persona que se mira **en un espejo** y sigue su camino. El tal es un oidor y no un hacedor de la palabra. Martín Dibelius escribió: «Si una persona no se comporta de acuerdo con la “palabra”, entonces lo que ha escuchado permanece con él tanto como la imagen del espejo permanece con una persona que se ha observado en un espejo; la olvida».¹⁹

Sea que la verdad se encuentre en «la ley de la libertad» (1.25; 2.12), «la ley real» (2.8) o la ley

de Moisés, la verdad actúa como un espejo para reflejar la bondad de Dios como también la rebelión humana. El que mira «la palabra», insistió Santiago, tiene que considerar cuidadosamente lo que ve. El que se examina cuidadosamente a la luz de la ley de la libertad debería cambiar su apariencia espiritual. Santiago no estaba solo entre los autores antiguos cuando usó un espejo para ilustrar la necesidad que tiene una persona de verse a sí misma con honestidad y modificar su comportamiento en consecuencia. Un espejo de metal antiguo no lograba producir la imagen clara de un espejo de vidrio moderno. Como resultado, Pablo comparó las incertidumbres de esta era con la venidera: «Ahora vemos por espejo, oscuramente; mas entonces veremos cara a cara» (1ª Co 13.12).

Versículo 24. Santiago continuó su idea del versículo anterior. Así como alguien miraría superficialmente un espejo, el autor declaró que algunos consideran la ley de la libertad sin mayor seriedad. No tienen ningún interés particular en lo que la Palabra les pide que sean y hagan. El que da la vuelta **se va, y luego olvida cómo era**. Aquellos que son odores solo consideran la lectura de la ley como una actividad académica en el mejor de los casos. La ley quiere decir tanto para ellos como una mirada en el espejo para alguien que tiene prisa. Olvidan rápidamente. No aprenden nada sobre sí mismos y, por lo tanto, no están en condiciones de poner su vida espiritual en conformidad con la voluntad de Dios para ellos.

En el ámbito científico, lo ideal es una consideración imparcial de la evidencia. Tal investigación considera la precisión del reflejo en un espejo en términos de medidas, o incluso estética, sin embargo, nunca insertando un juicio de valor. Una descripción científica de una imagen reflejada jamás hace que el observador se convierta en un hacedor de la ley. Una consideración imparcial de una imagen reflejada por la Palabra de Dios, si fuera posible, sería un insulto a Dios. Éste desea involucrar a Su pueblo en la Palabra, la cual ha de desafiar y sondear los corazones de los lectores (He 4.12).

Versículo 25. En contraste con el uso del espejo por parte del hombre natural, el que participa de «la justicia de Dios» (1.20) mira cuidadosamente la Palabra y, habiéndola considerado, se convierte en un **hacedor** que no olvida. La palabra griega que se traduce como **mira atentamente** es παρακύπτω (*parakuptō*). Se usa en Juan 20.5 donde se dice que el «discípulo a quien Jesús amaba», que llegó a la

¹⁹ Martin Dibelius, *James (Santiago)*, rev. Heinrich Greeven, trad. Michael A. Williams, Hermeneia (Philadelphia: Fortress Press, 1975), 115.

tumba vacía antes que Pedro, se bajó «a mirar» dentro de ella. Debido a que el cristiano continúa mirando la Palabra, no la olvida. La Palabra lo convence de su pecaminosidad. El «hacedor de la palabra» permite que la ley moldee su vida en una imagen que mira a Dios como modelo.

¿Deseaba Santiago que la frase **ley, la de la libertad** describiera la ley de Moisés? ¿Es una referencia a la Ley modificada y ampliada por Jesús? Se puede argumentar de manera convincente a favor de esto último (vea 2.8, 12; Ro 8.2; 1ª Co 9.21²⁰). Cualquiera que sea su punto de partida para una consideración de la «ley», Santiago modificó considerablemente la definición de «ley» cuando la calificó tanto aquí como en 2.12 como una «ley de libertad», es decir, una «ley que da libertad» (NIV). Pablo explicó por qué la ley de Cristo no ofrece restricciones molestas para los cristianos cuando escribió que «el cumplimiento de la ley es el amor» (Ro 13.10). Quien haya dicho: «Ama, luego haz lo que quieras», tenía razón. El comentario de F. F. Bruce sobre el pasaje de Romanos 13.10 es aún más apropiado cuando es aplicada a la «ley de libertad» de Santiago. Escribió: «Cuando la ley se resume en estos términos, el significado de “ley” se ha transformado: ya no se impone desde fuera, sino que se impulsa desde dentro, por la operación del Espíritu de Cristo».²¹ La ley del amor en los escritos de Pablo parece igualar la ley de libertad en Santiago. Cuando un cristiano acoge la ley de la libertad, no la usa como un estorbo fastidioso. Es una prenda protectora que se arroja sobre sí mismo.

«Hacedores de la palabra» (1.22) son aquellos que son obedientes a la ley. No solo es una «ley de libertad», escribió Santiago, sino que también es **la perfecta ley**. El adjetivo que se traduce como «perfecta» (*teleios*) aparece cinco veces en Santiago, sin embargo, su importancia va más allá de la frecuencia de su uso. La palabra en varios contextos quiere decir «perfecto» o «maduro». En 1.4, el autor escribió dos veces sobre lo «perfecto» (dos veces en la NASB; la Reina-Valera tiene «completa» y «perfectos»). Instó a sus lectores a dejar que la paciencia tuviera su «obra completa», para que fueran «perfectos», y luego agregó que Dios es el dador de «todo don perfecto» (1.17). En 3.2, Santiago señaló que el que controla su lengua es «varón perfecto». En otras palabras, es «un

hombre maduro».

Para Israel, la ley de Moisés era útil para hacerse acepto ante Dios, sin embargo, cuando Santiago llamó a los creyentes a vivir sumisos a la «ley de libertad», parece haber tenido algo más en mente. Aunque tenemos que tener cuidado de no leer Santiago únicamente por medio de los lentes paulinos, el principio subyacente expresado en Gálatas 5.1 es un buen comentario sobre la «ley de la libertad»: «firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres». La ley de Cristo es perfecta porque puede perfeccionar al que se acerca a Dios en obediencia. Su perfección consiste en su invitación no sólo a obedecer sino a hacer suyos sus preceptos. Aquellos que viven bajo la «ley de la libertad» no sienten restricciones fastidiosas. La ley es una guía perfecta para el cristiano cuando la absorbe e incorpora a su voluntad y corazón. Santiago llamó a los cristianos a alcanzar la plenitud y la perfección mediante la obediencia a una ley perfecta que les permite a los cristianos ser un pueblo libre. Se ha dicho que «los cristianos mantienen la esencia de la Ley en las actitudes, compromisos y comportamientos concretos de sus vidas. La Ley trabaja en conjunto con asombro ante Dios y la solidaridad con otros seres humanos».²²

Versículo 26. Santiago destacó un aspecto de la respuesta obediente del hacedor a la ley de la libertad. El hombre o la mujer que agrada a Dios, que es religioso como debe ser, se esfuerza por **[refrenar] su lengua**. El habla es un índice del carácter. Si se puede controlar la lengua, sugiere Santiago, puede controlar todo su cuerpo (3.2). El autor usó el mismo verbo «refrena» (*χαλιναγωγέω*, *chalinagōgeō*) en 1.26 que usó en 3.2. En ambos casos, Santiago aplicó la palabra al proceso activo de mantener la lengua bajo vigilancia. Siguió el verbo usando el sustantivo para «freno» (*χαλινός*, *chalinós*) en 3.3. Aquí, en 1.26, Santiago comenzó a desarrollar el tema de que la forma en que se habla es un ingrediente importante en la vida religiosa.

El adjetivo *θηρσικός* (*thrēskos*, **religioso**) aparece solo aquí en el Nuevo Testamento, aunque el sustantivo afín *θηρσκειά* (*thrēskeia*, **religión**) se usa dos veces en este contexto (1.26, 27) y dos veces en otros lugares (Hch 26.5; Col 2.18). El adjetivo y el sustantivo incluyen todo aquello en lo que se compromete la persona y se supone que influye en

²⁰ Este último pasaje se refiere a «la ley de Cristo».

²¹ F. F. Bruce, *Paul: Apostle of the Heart Set Free* (Pablo: apóstol del corazón liberado) (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1977), 337.

²² Kenneth L. Cukrowski, Mark W. Hamilton y James W. Thompson, *God's Holy Fire: The Nature and Function of Scripture* (El fuego sagrado de Dios: la naturaleza y función de las Escrituras) (Abilene, Tex.: ACU Press, 2002), 114.

su relación con lo Divino. La «religión» es 1) una relación devocional privada con Dios por medio de Cristo. En este sentido incluye oración, meditación y reflexión en la Palabra. También es 2) una experiencia comunitaria. Incluye congregarse con la iglesia, exhortación mutua y adoración. Además, la religión es 3) la postura de uno ante el mundo. Incluye caridad, bondad para con el prójimo y una vida moral y ética según la guía de Dios.

Santiago estaba particularmente preocupado por la religión en el tercer sentido, la religión tal como se vive en respuesta a los necesitados. Santiago no ofreció elección entre la salvación por gracia o la salvación por obras. Dios ha tendido lazos para salvar por Su gracia, sin embargo, aquellos a quienes se les ofrece la gracia tienen que responder con fe, es decir, deben responder obedientemente. Santiago insistió en que las personas son responsables de su forma de comportarse. Al final, la medida de la religión no está en la contemplación con ojos sentimentales. La obediencia es la medida de la religión, y para Santiago, la obediencia no puede ser separada de la forma en que tratemos a los desamparados. Hartin lo dijo bien: «Para Santiago, la salvación es una realidad que no es unilateral. Como don que viene de Dios, tiene que ser recibido y acogido en acción por los seres humanos. La respuesta es esencial».²³

Versículo 27. Considerando la situación en la que vivían sus lectores y las pruebas que enfrentaban, Santiago centró la atención en tres cosas a las que, consideradas juntas, llamó **La religión pura y sin mácula**. Ninguno de los tres limita con conceptos abstractos como fe, amor o esperanza. Se refieren al comportamiento: 1) el refrenar la lengua, 2) **Visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones**, y 3) **guardarse sin mancha del mundo**. Consideró que la atención a estas tres cosas es básica para lo que significa ser «hacedores de la palabra». A diferencia de Santiago, Jesús enfatizó que el viaje cristiano comienza con el corazón. Santiago llevó la enseñanza del Señor al siguiente paso. El amor no es nada a menos que

²³ Hartin, 106.

afecte el comportamiento.

Este es uno de varios lugares en Santiago donde el autor demostró cuán profundamente estaba arraigado su pensamiento en la sabiduría tradicional de Israel. Por supuesto, la palabra **visitar** (ἐπισκέπτομαι, *episkeptomai*) tiene el sentido extendido de velar por las necesidades físicas propias. Al compartir la preocupación de Dios, el hombre piadoso no ignoraría la difícil situación del huérfano o la viuda. Esta preocupación se encuentra en la Ley, que establece las consecuencias de abusar de los indefensos:

A ninguna viuda ni huérfano afligiréis. Porque si tú llegas a afligirles, y ellos clamaren a mí, ciertamente oiré yo su clamor; y mi furor se encenderá, y os mataré a espada, y vuestras mujeres serán viudas, y huérfanos vuestros hijos (Ex 22.22–24).

Dios no toleraría el abuso contra los pobres. El salmista agregó que Dios es «padre de huérfanos y defensor de viudas» (Sal 68.5). Otro continúa diciendo:

Jehová guarda a los extranjeros;
Al huérfano y a la viuda sostiene,
Y el camino de los impíos trastorna (Sal 146.9).

Varios comentaristas han sostenido que los temas de pureza y contaminación quedan sin desarrollar en Santiago. Lockett, por otro lado, creía que la pureza y la contaminación son los principios unificadores en torno a los cuales se desarrollan los contrastes de la carta.²⁴ Sostuvo que la purificación del pecador en Santiago no está en las observancias rituales exigidas por la ley de Moisés sino en una vida que se preocupa por los necesitados. Además, el hermano del Señor sostuvo que la religión pura se niega a participar en un comportamiento que engendra miseria y les priva a las personas de su decencia. El cristiano ha de estar «sin mancha del mundo».

²⁴ Dijo de la pureza: «Si no es una categoría central, ciertamente tiene un papel de control que marca conceptos importantes...» (Lockett, 1).

Lecciones para hoy de Santiago 1

Resistencia y su resultado perfecto (1.1–4)

Los deportes para espectadores nunca han sido un interés apasionado para mí, sin embargo, tengo que admitir que en los primeros meses de invierno, si el baloncesto de la Universidad de Duke va bien, me intereso. Estudié en Duke de 1982 a 1986 y recibí mi doctorado de esa universidad. El baloncesto es emocionante en la universidad. Parece que todos los juegos se reduce a los últimos dos minutos. Un equipo podría estar por delante la mayor parte del juego; sin embargo, durante esos dos últimos minutos, el marcador tiende a nivelarse. Una y otra vez, todo se reduce al final del juego. ¿Quién soportará la presión?

Me han dicho que los entrenadores pasan mucho tiempo con sus jugadores planeando el juego final. Durante esos últimos minutos del juego, el trabajo del entrenador parece importar más de lo habitual. El juego final es muy importante.

Puede que la importancia del juego final en eventos competitivos les enseñe a los creyentes algo que necesitan saber sobre la vida cristiana. Desde el comienzo de nuestra peregrinación en Cristo, las pruebas son parte de lo que significa llevar el nombre del Señor. Ser cristiano no trata solo del nuevo nacimiento; también trata de una lucha sin fin. La Biblia tiene mucho que decir sobre la resiliencia y sus conceptos afines, asuntos como la constancia y la perseverancia. No es en las primeras etapas de conocer a Cristo sino al final del juego que muchos fracasan. Sea que el lugar sea el campo deportivo o el mundo de los negocios o las luchas personales, el equipo o el individuo que resiste hasta el final, que persevera cuando las cosas se ponen difíciles, probablemente prevalecerá.

Admitamos de frente que las tentaciones del pecado son fuertes. La tentación nunca cesa; las voces e impulsos nunca cesan su canto de sirena.

Puede que las voces cambien a medida que se envejece, sin embargo, el encanto del pecado siempre confronta al hombre o la mujer que quiere llevar una buena vida. Todos los que han confesado que Jesús es el Cristo necesitan una dosis saludable de resistencia. Juan escribió a la iglesia de Esmirna: «He aquí, el diablo echará a algunos de vosotros en la cárcel, para que seáis probados, y tendréis tribulación por diez días. Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida» (Ap 2.10). El tipo de prueba varía de vez en cuando y de un individuo a otro, sin embargo, la prueba llega a todos los creyentes. Los que perseveren heredarán la corona de la vida (vea Stg 1.12).

Pocas cosas eran más importantes para Santiago que el estímulo que dio a sus lectores para que perseveraran en Cristo. Abrió su carta animando a los cristianos a perseverar. Reconoció que las pruebas nunca dejarían de entrometerse en la vida del pueblo de Dios. Las fuerzas internas y externas quieren apartar al cristiano de Dios. La fe exige perseverancia (1.1–4).

Considere las pruebas como un gozo. Parece extraño que Santiago escriba: «Hermanos míos, tened por sumo gozo cuando os halléis en diversas pruebas» (1.2). Si se me pidiera que describa los momentos en los que fui sometido a pruebas más severas, «gozo» no es la primera palabra que me viene a la mente. Quizás lo primero sea «confusión» o «duda», o tal vez «lágrimas» o «soledad», pero no «gozo». Las pruebas con frecuencia terminan en humillación o fracaso. Un funcionario encargado de hacer cumplir la ley puede pensar en un juicio en términos de un tribunal de justicia. Aquel que ha pasado por una larga enfermedad o que ha escapado de un roce con la muerte pensaría en una prueba como un difícil calvario, un tiempo peligroso. Las pruebas podrían tener la forma de

tribulaciones o circunstancias difíciles. Las pruebas tienden a apartar a los creyentes de Cristo. El antídoto para el fracaso del cristiano es la perseverancia. Por su firmeza, el cristiano pasa por las pruebas a tiempos mejores. Al igual que Santiago, Pablo escribió: «Y no sólo esto, sino que también nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia» (Ro 5.3).

Puede que los juicios provengan de fuera de nosotros en forma de enfermedad o pérdida de un trabajo o rechazo de un ser querido, o podrían generarse a lo interno. Cuando surgen de adentro, en lugar de llamarlos «pruebas», tendemos a decir «tentaciones». Las pruebas pueden ser tentaciones a mentir o robar. Cuando Pablo escribió: «Porque los que quieren enriquecerse caen en tentación y lazo [...]» (1ª Ti 6.9), usó la misma palabra griega para «tentación» (*peirasmos*) que se traduce como «pruebas» en Santiago 1.2. La respuesta común que se les exige a los cristianos en tiempos de pruebas, tentaciones o tribulaciones es firmeza, perseverancia y resistencia. No es la persona que recién comienza la vida cristiana la que recibirá la corona de la vida; es el que resiste hasta el final.

Cuando una persona se hace cristiana, generalmente lo hace con mucho gozo. Hay, y debería haber, una sensación de haber sido hallado por Dios, de ser limpios del pecado, de estar encaminados hacia la vida eterna. Sin embargo, la vida apenas comienza en Cristo cuando comienzan las pruebas. ¿Quién puede dudar de que muchos no hallarán la vida eterna porque no perseveraron frente a las pruebas? Jesús dijo: «Los de [es decir, la semilla que cayó] sobre la piedra son los que habiendo oído, reciben la palabra con gozo; pero éstos no tienen raíces; creen por algún tiempo, y en el tiempo de la prueba se apartan» (Lc 8.13).

Volvemos a la pregunta de cómo las pruebas pueden ser una fuente de gozo. ¿Por qué Santiago les dijo a sus lectores que debían tener por sumo gozo cuando se hallaran en «diversas pruebas»? No podemos responder la pregunta de manera exhaustiva, sin embargo, basándonos en las Escrituras y la experiencia, no debemos temer atrevernos a expresar algunas ideas.

Las pruebas son gozosas, en el primer caso, porque testifican de quién somos. Los cristianos son partícipes del sufrimiento de Cristo. Jesús dejó claro que Sus discípulos habían de esperar pruebas. Él dijo: «Bienaventurados sois cuando por mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo» (Mt 5.11).

El Señor fue tan lejos como para decir: «Y el que no lleva su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo» (Lc 14.27). Jesús consideraba que las pruebas eran un componente necesario de la vida cristiana. Para quien considera a Jesús como Señor, es un gozo poder llevar algunas de las mismas cargas que Él llevó. El mismo mal que vivió en los contemporáneos de Jesús sigue viviendo en la familia humana. ¿Por qué deberían los cristianos esperar no sufrir ninguna de las pruebas que él soportó?

En segundo lugar, por medio de las pruebas, los discípulos de Cristo testifican a los demás que se han comprometido con la forma de vida que Jesús vivió. En un momento el Señor advirtió: «¡Ay de vosotros, cuando todos los hombres hablen bien de vosotros! porque así hacían sus padres con los falsos profetas» (Lc 6.26). El gozo de las pruebas tuvo que haber estado en la mente de Pablo cuando escribió: «Ahora me gozo en lo que padezco por vosotros, y cumplo en mi carne lo que falta de las aflicciones de Cristo por su cuerpo, que es la iglesia» (Col 1.24). El que sufre por la fe ha sido considerado digno de sufrir por Cristo.

Mediante las pruebas se obtiene firmeza y fortaleza. Un antiguo filósofo, Heráclito, en el siglo V a.C. declaró que ningún hombre podía poner un pie en el mismo arroyo dos veces. En un segundo intento, el agua habría cambiado, junto con el hombre mismo y su entorno.¹ El filósofo estaba señalando que nada permanece igual. Cualquiera que sea la fe que tengamos hoy, habrá cambiado mañana. O crece el amor del cristiano por el Señor o su ardor se desvanece. Pedro se basó en una analogía del Antiguo Testamento. Dijo que la fuerza espiritual que poseemos es como el metal. Para ser fuerte, la fe como el metal tiene que refinarse y luego moldearse hasta que sea útil. Pedro dijo que la fe de los cristianos es «más preciosa que el oro», y agregó que la fe probada «[será] hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo» (1ª P 1.7). Por medio de las pruebas, la fe de un creyente se temple y fortalece. Las pruebas son para la fe lo que el viento para el fuego; extingue al débil y alimenta al fuerte.

Nadie se detiene durante una prueba que trae dolor para agradecerle a Dios por la adversidad. Es en retrospectiva que se pueden poner las pruebas en perspectiva. En retrospectiva, los creyentes ofrecen acción de gracias al Señor por moldearlos

¹ Platón *Crátilo* 401D–402A.

en siervos más fructíferos.

Un predicador le había servido por unos veinticinco años a una congregación que yo conocía. Les ayudó a edificar la iglesia y bautizó a muchas familias. Cuando una madre, un padre o un hijo murieron, él estuvo al lado de las familias en el dolor. Les ofreció apoyo. A lo largo de los años, el predicador se había ganado mucho el respeto de la iglesia y de la comunidad en general. Todavía era un hombre relativamente joven cuando su médico le informó que tenía un cáncer inoperable. No le quedaba más de un año de vida. Toda la comunidad de la iglesia quedó destrozada. Los cristianos se distribuyeron en grupos de oración y se reunieron semanalmente. Oraron por su recuperación. Cada vez que la iglesia se unía, oraba para que recuperara su buena salud. La iglesia oró y oró, sin embargo, el predicador se debilitó cada vez más. Al cabo de unos nueve meses, murió. Fue una prueba que la iglesia no olvidaría pronto.

Las reacciones de los miembros de la iglesia ante la muerte de su ministro fueron variadas. Algunos se volvieron al Señor con más fervor, más devoción, más fe. Algunos se rindieron. Algunos le dieron la espalda a Cristo.

Las pruebas son como fuego sobre el metal. Algunas personas surgen más fuertes de las pruebas y otras son consumidas. La mayoría de los cristianos se preparan para los dardos de fuego del maligno (Ef 6.16) antes de tiempo, sin embargo, otros no pasarán la prueba. Las pruebas no son la única razón de la apostasía. La mera indiferencia separa a muchos creyentes del Señor, sin embargo, las pruebas contribuyen a la caída de muchos. Para prepararnos, el autor de Hebreos escribió: «Porque el Señor al que ama, disciplina» (He 12.6). Que la disciplina dé como resultado una fe más fuerte o más débil depende de las decisiones que se tomen. Las mismas pruebas que terminan en muerte espiritual para algunos son recursos para el crecimiento de otros. Cuando el cristiano ha sido probado por las dificultades, su fe se fortalece. Se apoya en Dios con más seguridad. Su testimonio al mundo se vuelve más claro.

Dios proporciona recursos para perseverar. Algunos cristianos no perseveran hasta el final, no porque Dios no les haya proporcionado recursos, sino porque no los aprovechan. La oración es un recurso para la perseverancia. La fidelidad requiere esfuerzo. Quizás el mayor enemigo de una vida de oración significativa y persistente es el mero olvido. Las personas bien intencionadas

que confían en Dios se olvidan de hablar con Él. Jesús dijo que la repetición vana en la oración no tenía ningún beneficio (Mt 6.7), sin embargo, no todas las repeticiones carecen de sentido. El Señor contó una parábola sobre un hombre que persuadió a un amigo, una y otra vez, hasta que accedió a la petición (Lc 11.5–8) y otra sobre un juez deshonesto que escuchó a una mujer debido a que no dejaba de buscarle (Lc 18.1–8). Terminó diciendo: «¿Y acaso Dios no hará justicia a sus escogidos, que claman a él día y noche?» (Lc 18.7).

Pocos recursos son más importantes para el cristiano que desee estar firme frente a las pruebas que la comunión de los creyentes. La vida en iglesia no es una opción para quien desee ser fiel hasta el final; es imprescindible. Cuando forma parte de una comunidad cristiana, cuando llegan las pruebas, el cristiano puede compartir sus dudas, su dolor o su soledad con otros que comparten su fe. Es cierto que hacerse cristiano requiere de una decisión personal, sin embargo, ser cristiano no es meramente un asunto personal. «Aceptar a Jesús como nuestro Salvador personal» es importante, sin embargo, la obediencia persistente dentro de la iglesia es necesaria si lo que se desea es estar firme.

Conclusión. En 1° Samuel 12, el viejo profeta reunió a Israel. Samuel quería hablar sobre sí mismo y su liderazgo. Samuel le recordó al pueblo que había estado con ellos desde su juventud. Les había traído la palabra de Dios. Había actuado con honradez y rectitud. Samuel los desafió: «... atestigüad contra mi [...] si he tomado el buey de alguno...». Continuó diciendo: «... si he agraviado a alguno, o si de alguien he tomado cohecho...» (1° S 12.3). Nadie habló en su contra.

Pocas cosas son más nobles que un anciano o anciana cuya vida ha sido bien llevada. Samuel había persistido en el Señor. Su discurso no fue un relato de lo que planeó hacer; era un registro de quién había sido. Dios perdonará el pecado setenta veces siete, sin embargo, la reputación por pecar perdurará incluso después de que se haya concedido el perdón. Las pruebas vienen para que los creyentes puedan vencerlas y pasen por un horno de fuego surgiendo más fuertes en el Señor que antes. La constancia y la perseverancia dan gloria al Dios que nos compró del pecado.

Duane Warden

Cómo buscar sabiduría por medio de la fe (1.5–8)

«Sabiduría» es una palabra difícil de definir.

La mayoría estaría de acuerdo en que ser sabio no es lo mismo que ser inteligente o bien instruido o astuto o bien informado. Al mismo tiempo, la sabiduría no es completamente independiente de ninguna de estas cosas. La vida enseña que gran parte de lo que parece ser sabiduría a lo largo del tiempo se muestra solo como banalidad, diversión momentánea. La satisfacción personal, las amistades, la familia y una conciencia limpia son los resultados cuando se ha vivido sabiamente. La sabiduría no es solo un factor de la edad, sin embargo, en general, se necesita tiempo para volverse sabio. Una persona joven podría ser sabia, sin embargo, la sabiduría tiende a manifestarse en las últimas etapas de la vida.

La Biblia tiene mucho que decir sobre la sabiduría; desde la perspectiva bíblica, es sabio ser obediente a Dios. La Biblia comienza con la premisa de que la sabiduría es prima hermana de la piedad. No se puede ser sabio hasta haber visto la vida en el contexto de lo que quiere decir ser humano. Dios, la vida y la muerte, lo temporal y lo eterno están unidos a la sabiduría. Desde un punto de vista práctico, la sabiduría es similar al gozo y la satisfacción. El autor de Proverbios hizo la siguiente observación: «Bienaventurado el hombre que halla la sabiduría» (Pr 3.13). La mayoría estaría de acuerdo, sin embargo, eso deja sin resolver otra pregunta: ¿Cómo se halla? Santiago nos puso en el camino correcto cuando dijo: «Y si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada» (1.5).

Son sabios los que piden. «Pedid, y se os dará», dijo Jesús (Mt 7.7). Al que carece de sabiduría, Santiago le aconseja: «Pídala a Dios» (1.5). Desde tiempos inmemoriales, hombres y mujeres sabios han guiado al pueblo de Dios por el camino de la santidad. El liderazgo religioso del antiguo pueblo de Israel provino de tres fuentes: 1) los sacerdotes de la nación, 2) sus profetas y 3) sus sabios (vea Jer 18.18; Ez 7.26). La sabiduría y el conocimiento de Dios que la inspira se encuentran en toda la Biblia, sin embargo, los sabios de Israel fueron conductos para su exploración. Fue un hombre sabio quien aconsejó: «Sabiduría ante todo; adquiere sabiduría; Y sobre todas tus posesiones adquiere inteligencia» (Pr 4.7). Con Dios dirigiéndolos, los sabios de Israel produjeron tres obras que personificaron el significado de la sabiduría. Son Job, Proverbios y Eclesiastés. Cada uno abordó la sabiduría desde su propia perspectiva.

La sabiduría en la Biblia tiende a tener un alcance más universal que la Ley o los Profetas. Si bien los sabios recurrían a las leyes para los decretos invariables de Dios, reconocieron la miríada de situaciones que se presentaban en las que era difícil encontrar un «Haz esto» o un «No hagas esto». Además de la ley, los sabios sabían que el pueblo de Dios necesitaba sentido común y buen juicio, todo lo que está incluido en la categoría de sabiduría. Considerada desde una perspectiva, la sabiduría es la capacidad de aplicar leyes a situaciones particulares. El sabio baja la cabeza y confiesa sus limitaciones. Los tres libros de sabiduría, con variaciones menores, incorporan la idea de que «el principio de la sabiduría es el temor de Jehová» (Job 28.28; Pr 1.7; Ecl 12.13). Entre las promesas que Dios tiene para los que le conocen está que por medio de Él pueden ser sabios. Es sabio, dice la Biblia, conocer a Dios, y conociéndole, que es una persona piadosa.

Cuando los sabios advirtieron que el temor del Señor era el punto de partida para la sabiduría, aparentemente querían que sus lectores entendieran que la sabiduría requería que afrontáramos la vida con cierta humildad y mansedumbre. El filósofo griego Sócrates dijo algo en el sentido de que le había costado toda una vida darse cuenta de que no sabía nada.² Reflexión sobre el ciclo de la vida y la muerte, nuestras esperanzas y nuestros fracasos, sobre el poco control que tienen las personas ante los accidentes y las enfermedades: ésta reflexión conduce a la humildad, y ese es el primer paso hacia la sabiduría. Dios ha irrumpido en la esfera humana de estas tinieblas y ha hablado de Sí mismo, la creación, el pecado, la redención y la vida eterna. Sin el conocimiento que Dios ha dado de Sí mismo, la sabiduría es un engaño. Sin revelación, todos se sumen en la oscuridad; sin embargo, incluso el conocimiento, por fundamental que sea, proporciona sólo un comienzo. La sabiduría combina el conocimiento con la bondad y surge con un comportamiento compatible con ambos. Santiago tenía más sobre el tema. «¿Quién es sabio y entendido entre vosotros?», preguntó, y luego siguió diciendo: «Muestre por la buena conducta sus obras en sabia mansedumbre» (3.13).

Santiago dijo a aquellos que serían sabios que el punto de partida es tragarse el orgullo y darse cuenta de que sin Dios estamos perdidos y solos. Con

² Ve a Platón *Apología* 21D.; Diógenes Laercio *Vidas de eminentes filósofos* 2.32.

humildad, el que desea sabiduría le pide a Dios Su favor. No le fallará al que le pida. Él no reprenderá a Sus hijos por los errores que cometieron en el pasado. Dios le enseñará a un hombre o una mujer cómo ser sabio. El tiempo ha demostrado que todas las demás opciones no han logrado producir un pueblo sabio. Una de las grandes ironías del siglo XXI es la siguiente: muchos de nosotros vivimos en una tierra de conveniencia y prosperidad que las personas no podrían haberse imaginado hace solo una o dos generaciones. Tenemos muchas cosas, sin embargo, nos han traicionado. Hemos cambiado nuestra primogenitura por un plato de guiso rojo (vea Gn 25.27–34). Tenemos cosas, sin embargo, nos falta sabiduría. Incluso con nuestros artilugios y comodidades a nuestro alrededor, nuestras lágrimas y confusión son tan reales como siempre. Parece que hemos perdido la capacidad de darle sentido a nuestro «correr tras el viento» (Ecl 1.14; NVI).

La sabiduría surge de la fe. Santiago amonestó al que aspira a tener sabiduría a pedírsela a Dios, sin embargo, calificó diciendo: «Pero pida con fe, no dudando nada» (1.6). ¿Qué tipo de duda tenía en mente el hermano del Señor? Puede que una persona dude de la existencia de Dios. Sin embargo, difícilmente esperaríamos que un escéptico en ese sentido pidiera algo a Dios, o para el caso, que estuviera leyendo la carta de Santiago. Incluso para la persona que tiene algo de fe, hay formas en las que podría pedir con duda. Puede que pida y dude de la bondad de Dios o de su disposición misericordiosa y amorosa hacia quienes le invocan. Santiago amonestó a sus lectores a no dudar de la naturaleza del Dios a quien servían.

Aquellos que valoran la sabiduría dan testimonio de que ésta tiende a acercarse sigilosamente a ellos. Dios da sabiduría durante momentos tranquilos e inesperados; la sabiduría tiene una forma particular de llegar de maneras inesperadas y de fuentes inesperadas. Un día, me encontré cara a cara con la sabiduría en un vestuario. Durante años nadé en la piscina de la Universidad de Harding como manera de ejercitarme. Acababa de terminar mis vueltas, me había duchado y estaba terminando de vestirme. Antes de salir, entró un viejo amigo. Había enseñado en la Universidad Harding durante años. Siete u ocho años antes, se había enterado de que tenía cáncer. Continuó enseñando durante un tiempo, sin embargo, la enfermedad lo obligó a retirarse. Luchó con valentía, sin embargo, la enfermedad siguió progresando.

Ese día, se sentó en uno de los bancos y habló sobre su nieta de cinco años. La familia había intentado prepararla para la muerte del abuelo. Ella le había hecho algunas preguntas cuando pasaron por un cementerio. Mi amigo me dijo que estaba tratando de hacerle frente a la muerte. De hecho, sospecho que sí, sin embargo, estaba claro que la niña no era la única que estaba tratando de lidiar con la muerte. Mi amigo había tenido una buena vida. No quería dejar atrás a sus seres queridos, sin embargo, entendía que la vida terminaba así. Lo aceptó con fe. La conversación, creo, fue un dispositivo que Dios usó ese día para hacerme una persona más sabia.

Santiago dijo que debemos pedirle sabiduría a Dios, y debemos confiar en que Dios quiere hacer sabio a Su pueblo. Parte de la sabiduría es pedir con fe. El tema surge varias veces en el transcurso del Nuevo Testamento. «Pedid, y se os dará», dijo Jesús, «buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá» (Mt 7.7). Más adelante, el Señor amplió Sus palabras diciendo: «Por tanto, os digo que todo lo que pidieréis orando, creed que lo recibiréis, y os vendrá» (Mr 11.24). En el Evangelio de Juan, prosiguió: «Y todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo» (Jn 14.13). En otro testimonio, Juan escribió: «Y esta es la confianza que tenemos en él, que si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, él nos oye» (1ª Jn 5.14).

La persona que duda mientras ora no puede decidir si Dios escucha como un padre amoroso o como una gran entidad que está más preocupada por poner todas las estrellas en su lugar que por ayudarlo a Su pueblo que le invoca. Orar mientras se duda es hablar con Dios como una formalidad, no porque el creyente realmente espera que Él haga algo. El que duda no sabe si Dios lo ayudará o no, sin embargo, ¿por qué arriesgarse? La persona que ora así, sugiere Santiago, es una afrenta a Dios. Es mejor dejar la oración sin decir que orar como alguien arrastrado por las olas del mar.

Lo que Santiago dijo acerca de pedir con duda aplica a cualquier petición que se le haga a Dios, sin embargo, la sabiduría en particular es el tema de este autor que se llamó a sí mismo «siervo de Dios y del Señor Jesucristo» (1.1). Dios concede sabiduría a quienes se dan cuenta de que Él es la fuente de la sabiduría. Él se la otorgará a quienes le pidan. Cuando el creyente pide: «[Señor,] enséñame sabiduría en mi corazón secreto» (Sal 51.6; RSV), el Salvador escucha. La promesa es cierta:

«Porque Jehová da la sabiduría, Y de su boca viene el conocimiento y la inteligencia» (Pr 2.6).

Conclusión. El hecho de que la sabiduría es tan rara en el mundo moderno como en el antiguo se hace evidente cuando investigamos la fuente de la miseria y la vergüenza. Si bien los accidentes de la naturaleza y la violencia de los hombres producen algo de miseria, gran parte proviene de quienes se entregan a hábitos autodestructivos. Millones llorarán y confesarán que se han buscado sus problemas. El pecado tiene una forma particular de retribuirnos, incluso en este mundo, antes de que suene la trompeta final. El pecado avergüenza al Creador, sin embargo, sus frutos se ven más claramente en el comportamiento destructivo de aquellos que son cautivos del pecado.

Aquellos que cultivan la sabiduría para volverse del pecado y hacia Dios encuentran el camino a la vida. La sabiduría esparce sus buenas semillas en esta vida y promete múltiples bendiciones en el mundo venidero. Las criaturas de Dios deben serle fieles porque Él es nuestro Creador y nuestro Juez. No hay mayor motivación. Sin embargo, en el camino del servicio a Dios, también hay una vida sabia, bendecida y buena en la tierra. Incluso en los casos en que el mundo atormenta y da muerte a los creyentes, una buena vida no se mide por su duración, sino por su calidad. La persona que sigue la ley de Dios descubrirá qué es estar plantado junto a corrientes de agua viva (Sal 1.1-3).

Duane Warden

Un hombre de doble ánimo (1.6)

Blaise Pascal nació el 19 de junio de 1623 en Clermont-Ferrand, Francia, aproximadamente a 346 kilómetros al sur de París. Después de la muerte de su madre cuando era un niño, su padre se mudó a París, donde se crio el joven Pascal. De común acuerdo, Blaise Pascal fue uno de los grandes genios científicos de la Ilustración europea temprana. Cuando tenía dieciséis años, su labor en matemáticas comenzó a ser reconocida en toda Europa. Cuando joven, hizo avances significativos en la invención de una calculadora mecánica, y para él es el dudoso honor de haber inventado la rueda de la ruleta. Su nombre como matemático, científico y químico lo preservan hasta el día de hoy los científicos que se refieren a la «Ley de Pascal», que tiene que ver con la expansión de los gases.

Pascal tenía solo treinta y nueve años cuando murió, sin embargo, hacia el final de su vida sus intereses se volvieron hacia la religión. Escribió una

obra controvertida llamada *Las cartas provinciales*; sin embargo, se le recuerda mejor por una colección variada de sus pensamientos, llamada *Pensées* en francés. Escribió algunos de ellos formalmente, sin embargo, otros fueron garabateados poco a poco. Pascal era un creyente en conflicto. Quería poner su fe en Dios, sin embargo, nunca parecía estar seguro de que Dios fuera real. A continuación se muestran algunos de sus pensamientos:

Esto es lo que veo y lo que me preocupa. Miro por todos lados y veo oscuridad por todas partes. La naturaleza no me presenta nada que no sea motivo de duda y preocupación. Si no veía nada allí que revelara una Divinidad, llegaría a una conclusión negativa; si viera en todas partes las señales de un Creador, permanecería en paz en la fe. Sin embargo, viendo demasiado para negar y muy poco para estar seguro, estoy en un estado digno de compasión; por tanto, he deseado cien veces que si un Dios mantiene la naturaleza, ella debía dar testimonio de Él de manera inequívoca, y que, si las señales que da son engañosas, las suprima por completo; que dijera todo o nada, para que yo pudiera ver qué causa debía seguir. Mientras que en mi estado actual, ignorante de lo que soy o de lo que debo hacer, no conozco ni mi condición ni mi deber. Mi corazón se inclina enteramente a saber dónde está el verdadero bien, para seguirlo; nada me sería demasiado querido por la eternidad.

Envidia a los que veo vivir en la fe con tanto descuido, y que hacen tan mal uso de un regalo del que me parece que yo haría un uso tan diferente.³

Pascal prosiguió, diciendo:

Es incomprensible que Dios exista, y es incomprensible que no exista; que el alma esté unida al cuerpo, y que no tengamos alma; que el mundo sea creado y que no sea creado, etc.⁴

Por mucho que se pueda admirar a Pascal por sus francas confesiones, éste instruido hombre ilustró por qué Santiago dijo que el hombre de doble ánimo «es semejante a la onda del mar, que es arrastrada por el viento y echada de una parte a otra» (1.6). La fe y la duda no pueden coexistir en un mismo corazón. Con el tiempo, o la fe destruirá la duda o la duda destruirá la fe. Albergar tanto fe como duda nos priva de todo consuelo y de toda esperanza que la fe ofrece. La fe es «la certeza de

³ Blaise Pascal, *Pensées: Thoughts on Religion and Other Subjects* (*Pensées: pensamientos sobre religión y otros temas*), trad. William F. Trotter, ed. H. S. Thayer y Elisabeth B. Thayer (New York: Washington Square Press, 1965), 70. (*Pensées* 229.)

⁴ *Ibíd.* (*Pensées* 230.)

lo que se espera» (He 11.1), sin embargo, es solo una certeza para aquellos que están dispuestos a liberarse de la duda y creer. La creencia junto con la duda tiene la garantía de producir frustración y desesperación. Duane Warden

La exaltación de los humildes (1.9–11)

El carácter distintivo de la religión de los israelitas en comparación con la de sus vecinos implicaba al menos tres cosas:

Primero, Israel insistía en que Dios era Uno (Dt 6.4). Dado que el Dios único había elegido a Israel y se le había revelado a la nación, se deducía que los dioses de otras naciones eran simplemente madera, metal y piedra (Dt 29.17), lo cual constituía una afirmación audaz.

En segundo lugar, Israel declaraba que ninguna imagen era apropiada para Dios (Dt 5.8). Él era el Creador invisible. Las estatuas de piedra limitaban al Dios ilimitado a un lugar en particular. Ningún animal, ningún ser humano, ninguna repugnante combinación de formas era adecuada para representar a Dios.

La tercera distinción del Dios de Israel fue la más importante de todas. Era una persona. Se relacionaba con Su pueblo de persona a persona. No era una fuerza abstracta de la naturaleza a la que había que aplacar para mantenerla a raya. Dios se preocupaba por Su pueblo, sin embargo, más notable que eso, le importaba si Su pueblo se interesaba en Él o no. Más que sus holocaustos, sus templos o sus sacerdotes, el Dios de Israel deseaba que Su pueblo le amara (Dt 6.5). Dios se hizo vulnerable al dolor y la tristeza cuando eligió una relación de amor recíproco con Su pueblo.

El Dios que sustenta a los pobres. Los ídolos que eran adorados por el pueblo de Israel tendían a favorecer a los que ejercían el poder, mandaban ejércitos o controlaban la riqueza. Por el contrario, el Dios de Israel era imparcial. Amaba tanto a los pobres como a los ricos. La Ley, los libros de Sabiduría y los Profetas son iguales en su preocupación por los pobres. Jesús no vino como un hombre rico. Les enseñó a Sus discípulos a preocuparse por los demás por lo que eran, no por lo que tenían. De manera osada, Santiago estuvo del lado de la tradición del Antiguo Testamento y la de Jesús cuando defendió los derechos de los pobres. Tres veces en la presente carta de cinco cortos capítulos, Santiago se refirió a la opresión de los pobres por parte de los ricos (1.9–11; 2.1–7; 4.13–5.6). El porcentaje de su carta que le asignó

al tema demuestra su importancia para Santiago.

La Ley regresa repetidamente a la responsabilidad de los israelitas de velar por los pobres. Moisés dijo: «Cuando haya en medio de ti menesteroso de alguno de tus hermanos en alguna de tus ciudades, en la tierra que Jehová tu Dios te da, no endurecerás tu corazón, ni cerrarás tu mano contra tu hermano pobre» (Dt 15.7; vea Lv 19.9, 10; 23.22; 25.35; Dt 14.29; 24.19–22). Entre los proverbios de Israel hay uno que dice: «El que oprime al pobre afrenta a su Hacedor; Mas el que tiene misericordia del pobre, lo honra» (Pr 14.31). Otro dice lo siguiente: «A Jehová presta el que da al pobre, Y el bien que ha hecho, se lo volverá a pagar» (Pr 19.17). Las leyes de los pueblos alrededor de Israel especificaban la pena para un esclavo fugitivo y la pena para un pobre que robara de la tienda de su empleador, sin embargo, ninguno de ellos mostró una preocupación constante por los pobres. La ley que Dios dio por medio de Su siervo Moisés siempre tiene en cuenta a los pobres.

La Ley y la Literatura Sapiencial se preocupan por los pobres, sin embargo, los profetas, al menos algunos de ellos, elevan las necesidades de los pobres a nuevas alturas. Nadie se mantuvo firme ante Dios a menos que defendiera la causa de los pobres y desamparados. Los pobres no tenían defensa a menos que los profetas se la proporcionaran. Amós vio a los ricos de Israel complaciéndose en la abundancia que extraían de la boca de las familias pobres sin mejor razón que el hecho de que tenían el poder para hacerlo. El profeta no se anduvo con rodeos:

Duermen en camas de marfil, y reposan sobre sus lechos; y comen los corderos del rebaño, y los novillos de en medio del engordadero; Por tanto, ahora irán a la cabeza de los que van a cautividad [...] (Am 6.4, 7).

Dios no toleró a los «que [oprimían] a los pobres y [quebrantaban] a los menesterosos» (Am 4.1).

Quizás dos décadas después de Amós, Isaías daría el siguiente mensaje de parte del Señor:

... porque vosotros habéis devorado la viña, y el despojo del pobre está en vuestras casas. ¿Qué pensáis vosotros que majáis mi pueblo y moléis las caras de los pobres? (Is 3.14, 15).

Quizás el profeta Miqueas fue el más elocuente de todos. La indignación yacía detrás de sus palabras: «Codician las heredades, y las roban; y casas, y las toman; oprimen al hombre y a su casa, al hombre

y a su heredad» (Miq 2.2).

Porque Él es el Dios de los pobres, los opresores de los pobres irían al exilio. Cuando Santiago estuvo de lado de los pobres, plantó sus pies en una antigua y noble tradición.

Como los profetas que vivieron siglos antes que Él, Jesús se acordó de los pobres. En un punto, Juan el Bautista envió mensajeros para preguntarle a Jesús si era o no Aquel a quien habían buscado. Jesús les dijo a los discípulos de Juan que reportaran las señales milagrosas que habían visto, y luego les ordenó que le dijeran a Juan el Bautista que «a los pobres es anunciado el evangelio» (Mt 11.5). Cuando el Señor vio a una viuda pobre que ponía «dos blancas» en el tesoro del templo, dijo: «De cierto os digo que esta viuda pobre echó más que todos los que han echado en el arca; porque todos han echado de lo que les sobra; pero ésta, de su pobreza echó todo lo que tenía, todo su sustento» (Mr 12.42–44). En otro lugar dijo: «Bienaventurados vosotros los pobres, porque vuestro es el reino de Dios» (Lc 6.20).

Un pueblo que está del lado de los pobres. La riqueza y la pobreza han sido rasgos definitorios de la sociedad humana tan atrás como nos es posible ver en la historia. No es posible, probablemente ni siquiera deseable, que las sociedades eliminen las categorías. Lo que es importante para los cristianos es el reconocimiento de que la posesión de riquezas es un dispositivo que los individuos usan para ejercer poder unos sobre otros. Algunas personas pueden imponer su propia voluntad sobre otras por medio de ejércitos que comandan o por medio de votos en los que pueden influir. Tener el apoyo de masas populares es una forma de afirmar el control; controlar la riqueza es otra. Las sociedades desde los días de Abraham hasta los días de Jesús y el mundo moderno no han sido diferentes en ese sentido.

Entre los discípulos de Jesús, los siervos han de tener prioridad. Ni la riqueza ni el mando de ejércitos despertaron la admiración o el respeto de Jesús. Como Dios mismo, como Jesús de Nazaret, como Santiago, los cristianos han de estimar a los pobres; han de estar de su lado. El pueblo de Dios ha de identificarse y buscar el mejoramiento de aquellos que son humildes, mansos, indefensos; de aquellos que viven al margen de la sociedad. Han de buscar justicia para los pobres, aunque sea a expensas de sus propias posiciones.

Santiago consoló a sus lectores recordándoles que los ricos, como los pobres, están sujetos al

juicio de Dios. Dios no muestra parcialidad para con los ricos. El hombre rico que le había hecho la vida difícil a los pobres (2.5, 6) fue el tema cuando Santiago escribió que él «pasará como la flor de la hierba» (1.10). Las cosas materiales son temporales. Cuando los intereses materiales de los ricos y los pobres estaban en curso de colisión, Santiago apoyó a los pobres.

No hay parcialidad con Dios. La duplicidad estaba en el corazón de los funcionarios judíos que precedieron su interrogación de Jesús diciendo: «Maestro, sabemos que eres amante de la verdad, y que enseñas con verdad el camino de Dios, y que no te cuidas de nadie, porque no miras la apariencia de los hombres» (Mt 22.16). Los fariseos estaban preparando el escenario para una pregunta que según ellos atraparía al Señor. Ellos preguntaron: «Dinos, pues, qué te parece: ¿Es lícito dar tributo a César, o no?» (Mt 22.17). Tras la pregunta de ellos se escondía la artimaña, sin embargo, tenían razón cuando observaron que Jesús no miraba la apariencia de los hombres. Independientemente de que hombres y mujeres se dividieran bajo los títulos de gobernantes y gobernados, o esclavos y libres, u hombres y mujeres, o judíos y gentiles, o ricos y pobres, las distinciones eran artificiales para Jesús, quien tenía a todas las personas en alta estima; y murió para que todos pudieran ser salvos.

Entre las barreras que los hombres utilizan para colocar a unos por encima de otros está la posesión de riquezas. Debido a que los ricos les habían dificultado la vida a los cristianos pobres entre sus lectores, Santiago se centró en la postura imparcial de Dios para con los ricos y los pobres. Dos asuntos necesitan aclaraciones adicionales.

Primero, los pobres a quienes Dios elevó dándoles una «exaltación» (1.9) no son los insignificantes y los holgazanes. Algunos son pobres porque no trabajan. Pablo escribió: «Si alguno no quiere trabajar, tampoco coma» (2ª Ts 3.10). La Biblia no simpatiza con la pereza, sin embargo, los críticos cometen una terrible injusticia con millones de personas en los Estados Unidos y en otros lugares cuando se dejan convencer de que los pobres son así porque son perezosos. Algunos lo son, sin embargo, muchos no lo son. Muchos de los que laboran en trabajos agotadores no piden más que los recursos para alimentar a sus familias y pagar sus facturas. Ser pobre no equivale a ser perezoso.

Segundo, Dios no ama automáticamente a los pobres mientras repudia a los ricos. Un hombre pobre podría ser tan injusto, cruel e impío como

cualquier otro. Además, cuando las personas trabajan duro y son sabias con sus recursos, deben sacar provecho de sus esfuerzos. Cabe observar que algunas personas prósperas comparten generosamente su prosperidad. Al final, Dios mira a cada persona de manera individual. Santiago no lo negaba. Quería que los pobres supieran que, si bien es posible que no tengan respeto, estatus o poder en el mundo y que sus vidas sean breves y difíciles, Dios les mostró su valor máximo. Dios no los había olvidado. Dios escuchó la oración de los piadosos. La riqueza y la influencia del hombre rico no influyeron en Él. Todo esto está incluido en la amonestación de Santiago: «El hermano que es de humilde condición, gloriéese en su exaltación» (1.9).

Aquellos que controlan el dinero y el poder tienen algunas tentaciones que los pobres y los impotentes no tienen. Pueden usar su poder para explotar a los pobres, tomar lo que tienen y agregarlo a su ya gran riqueza. Los antiguos romanos tenían un proverbio que decía: «El dinero es como el agua de mar. Cuanto más se bebe, más sed se tiene». A veces, la codicia de los ricos es tan refinada como un mazo; en otras ocasiones, la explotación de los pobres está tan bien arraigada en los mercados financieros y sistemas bancarios que pocos la reconocen. Los cristianos hacen bien en estar conscientes de las formas sutiles en que se lleva a cabo la explotación.

Un hombre rico jamás se contenta con tanto dinero. Siempre hay alguien a quien tiene que superar, o alguien que viene por detrás y amenaza con tener más que él. Los pobres son herramientas que él puede usar para ganar más y más poder. Santiago quería que los pobres supieran que tanto los ricos como los pobres estarán ante un Dios que juzga a todos los hombres sin hacer acepción. Incluso en este mundo, los ricos deben saber que son como la flor de la hierba que se seca y se cae. «... así también [...] en todas sus empresas», el rico «se marchitará» (1.11). Los pobres podrían consolarse sabiendo que Dios los ha exaltado hasta lo sumo.

Conclusión. El profeta Natán una vez reprendió al rey David por su injusticia con un hombre que no tenía poder para oponérsele. Contó el relato sobre un hombre rico que usó su posición para quitarle un cordero a su vecino pobre. Al final, Natán volvió su rostro hacia David y dijo: «Tú eres aquel hombre» (2° S 12.7). El juicio de Nathan ilustra que el trato de los pobres por parte de los ricos en la Biblia es parte de una narrativa más amplia. Dios detesta a la persona que está sobre

otra y usa su poder para abusar de alguien más débil que él.

La riqueza y el poder tienden a volver el corazón de los hombres hacia adentro. El poder a menudo hace que las personas se olviden de Dios y se consideren dueños de la tierra. La historia del joven rico que se acercó a Jesús cerca del final de Su ministerio refuerza las advertencias que la gente necesita hoy, advertencias que harían bien en prestar atención sobre la riqueza y el poder. El principal se acercó a Jesús con una pregunta: «Maestro bueno, ¿qué bien haré para tener la vida eterna?» (Mt 19.16). No le agradó la respuesta del Señor y se alejó con tristeza. El pecado que acompaña la riqueza y el poder es una espada de dos filos. Conduce a sufrimientos innecesarios para los pobres y desamparados, y resulta en orgullo y arrogancia en los corazones de los poderosos. Al final, los perpetradores del pecado a menudo se hacen más daño a sí mismos que a sus víctimas (vea Lc 12.16–21).

Duane Warden

Prontos para oír (1.19–21)

Algunos dicen que un diamante en bruto es hermoso solo para un ojo entrenado. La piedra tiene un aspecto considerablemente diferente cuando se toma del suelo que después de ser preparada y colocada en una montura. El propietario de un diamante en bruto se arriesgará a estropear su belleza para poder cortarlo y exhibirlo. Quienes comercian con diamantes testifican que el lapidario le da a la roca su brillo. Corta los bordes y los ángulos. Hace que la luz juegue en las superficies para que brillen y reluzcan.

Hay algunas semejanzas entre la Biblia y un diamante cuidadosamente preparado. A lo largo de sus páginas, se desarrolla el mensaje de la Biblia. Su revelación es progresiva. En las primeras etapas de la revelación de Dios de Sí mismo, el cuadro estaba incompleto. El lector sabe algo de Dios cuando ha leído acerca del gran diluvio de Génesis 6–9, sin embargo, sabe más cuando ha viajado a Canaán con Abraham, y más aún cuando ha leído la Ley dada por medio de Moisés. La culminación de la revelación de Dios, el perfeccionamiento del diamante, se produjo cuando Dios se reveló por medio de Su Hijo, Jesús de Nazaret.

Durante siglos, Dios talló las facetas de las Escrituras para que pudieran satisfacer las necesidades espirituales de hombres y mujeres. La Biblia revela a Dios en Su Ser. Aborda preceptos y abstracciones necesarias para el entendimiento

humano, sin embargo, en su mayor parte, Dios se ha revelado por medio de la historia que ha contado. El resultado para los escogidos de Dios es una confesión de fe; sin embargo, igualmente importante, es la adopción de una forma de vida. La fe cristiana es, por un lado, una confesión. Es una afirmación de verdades que los creyentes tienen en común: Dios es Creador. La humanidad está perdida en el pecado. Dios ha planeado la redención; llamó a Israel y envió a Su Hijo en forma humana. Jesús murió en nuestro lugar; resucitó de entre los muertos y vendrá nuevamente. La confesión es el punto de partida; sin embargo, hay otros ángulos, otros destellos de luz de este diamante que es nuestro cuando recibimos a Jesús como Señor. Ser cristiano consiste en ser guiado por imperativos morales. Las Escrituras dicen: «No hurtarás» (Ex 20.15); «amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Lv 19.18). Los imperativos insisten no solo en que el pueblo de Dios crean en las verdades que Él ha revelado, sino que también lleven vidas que le honren.

Entre las facetas de la revelación de Dios está el mensaje que se encuentra en la breve carta de Santiago. Santiago no ofrece un tratamiento profundo de la doctrina cristiana, como Romanos, por ejemplo, o Juan. Santiago habla de sabiduría. Si tuviéramos que elegir un libro comparable a Santiago del Antiguo Testamento, podría ser Proverbios. Santiago, como Proverbios, trata sobre la vida cotidiana, sobre las preocupaciones prácticas de la vida cotidiana. Santiago no profundizó en las glorias del cielo ni en las profundidades de la salvación por gracia. Quería enseñarnos cómo vivir en este mundo. Al igual que los escritores de Proverbios, Santiago en esencia nos dijo: «Si quieres una buena vida, si quieres agradar a Dios, sentirte bien contigo mismo, tener una buena familia y llevarte bien con tu prójimo, un buen lugar para comenzar es escuchando. Al escuchar a Dios, se puede saber qué es correcto creer y qué es correcto hacer».

Cuando escuchamos la ley de la libertad. Para Santiago, escuchar en sí mismo no era suficiente. Deseaba que sus lectores conocieran a Aquel a quien pudieran escuchar de manera provechosa. Muchas voces vendían sus mercancías en los mercados del mundo antiguo. Algunos eran dignos de consideración y otros no. Desde que el reloj se adelantó dos milenios, los charlatanes en abundancia continúan compitiendo por la atención en el mundo moderno. Algunos prometen curas de

enfermedades físicas y muchos compiten para ofrecer sus servicios como guías espirituales. Las estrategias van y vienen. Los anuncios en televisión se jactan de máquinas, ungüentos mágicos, alimentos saludables y píldoras que agregarán años a la vida. Otras voces ofrecen respuestas garantizadas a las oraciones, incluso por riqueza material o por salud y felicidad. La disposición a escuchar, aseguró Santiago a sus lectores, no era garantía de una buena relación con Dios. Una persona necesitaba sopesar las voces, probar los espíritus (vea 1^a Jn 4.1) y escuchar a aquellos cuyo razonamiento y búsqueda de las Escrituras elucidaban las promesas de Dios.

Para Santiago, ser «pronto para oír» (1.19) equivalía a estar dispuesto a acoger «la palabra implantada, que puede salvar vuestras almas» (1.21). Más tarde, llamaría a la palabra que los cristianos habían de recibir «la ley de la libertad» (1.25; 2.12). Es una combinación audaz, y extraña a la vez, de dos palabras, «ley» y «libertad». Muchos sostendrían que, por su propia naturaleza, las leyes son restrictivas. Santiago rechazó la idea de que nos limitamos a nosotros mismos en la medida en que acojamos la ley. En su búsqueda de libertad, Santiago consideró que el abandono de la ley era autodestructivo. Encomendó a sus lectores una ley que pudiera permanecer en los corazones cristianos, una ley cuyo poder es más que prohibiciones y mandamientos. Por contradictorio que parezca a primera vista, el hermano del Señor escribió sobre la ley recién concebida, una «ley de la libertad».

Así lo expresó Santiago: «Mas el que mira atentamente en la perfecta ley, la de la libertad, y persevera en ella, no siendo oidor olvidadizo, sino hacedor de la obra, éste será bienaventurado en lo que hace» (1.25). Continuó diciendo: «Así hablad, y así haced, como los que habéis de ser juzgados por la ley de la libertad» (2.12). La frase «ley de la libertad» asume que un mandato de Dios podría estar tan integrado en el corazón que el oyente ya no se da cuenta de sus restricciones. En lugar de ser un estorbo para los creyentes, la ley de la libertad es el viento bajo sus alas. Un cristiano obedece como participante con Dios en el ordenamiento de la justicia, no como alguien sometido al que se le tiene que ordenar y amenazar para que haga lo correcto.

Una «ley de la libertad» es una posibilidad sensata porque Dios ha elegido comunicarse con Su pueblo. Él da y recibe amor al interactuar con ellos. Dios no sostiene una vara sobre la cabeza

de Su pueblo. Las amenazas, demandas y demostraciones de poder no producen grandes frutos de amor. Dios deseaba que la personas le obedecieran porque confiaban en Él, porque querían obedecerle. No abdicó de Su responsabilidad de dar orientación religiosa y moral, sin embargo, quiso que Su pueblo abrazara Su ley como hombres y mujeres libres. Sigue siendo ley, sin embargo, es una ley de libertad.

Dios irrumpió en la historia de la humanidad cuando habló con Noé, Abraham y Jacob. Llegó una nueva etapa en la revelación que hizo Dios de Sí mismo cuando habló por medio de Moisés. Dios no solo habló, también hizo que Su palabra fuera puesta por escrito. Los profetas siguieron la tradición de la ley de Moisés. Por medio de ellos, Dios razonó con Su pueblo y les guio para que no solo le obedecieran, sino que también le amaran. Los cristianos escuchan a Dios cada vez que leen las historias de Su liderazgo y guía de Su pueblo. Gracias a que los cristianos tienen la Biblia, pueden escuchar Sus palabras. Pueden acogerla como implantada en sus corazones. Los creyentes tienen acceso a una ley que libera a hombres y mujeres. Para una buena vida, escribió Santiago, la creación de Dios le escucha en Su ley.

Cuando escuchamos las voces del pueblo de Dios. Una buena vida, bendecida por Dios, comienza escuchando Su «ley de la libertad», sin embargo, hay otras voces que los cristianos necesitan escuchar. Ningún libro podría ser lo suficientemente grande y completo como para abordar todas las posibles tentaciones al pecado que pudieran enfrentar hombres y mujeres. Además de la Biblia, los cristianos necesitan el sentido común. Necesitan de la sabiduría para escuchar prontamente la palabra implantada y la determinación de aplicar sus preceptos a las decisiones que tienen que tomar. Para que la ley de la libertad guíe al pueblo de Dios en las miles de opciones que se les presentan, necesitan la humildad de escucharse unos a otros. Cuando los cristianos tienen que tomar decisiones morales, cuando tienen que comprobar el mensaje de los maestros con la palabra de Dios, las voces de los hermanos y hermanas pueden ser influencias poderosas en sus vidas. Los cristianos necesitan escuchar «la ley de la libertad» y la voz de la iglesia sobre la que reina Cristo.

La razón por la que la arrogancia y la necedad van juntas es que solo los insensatos son tan arrogantes como para creer que no necesitan ayuda. La sabiduría y el juicio colectivos de las personas

buenas generalmente serán mejores que el juicio de un solo individuo. Cuando se deben tomar decisiones importantes, es aconsejable escuchar a aquellos que están en sintonía con Dios.

A veces, las personas se alejan de Cristo cuando rechazan a viejos amigos que los aman y tratan de acercarse a ellos favoreciendo a nuevos amigos a los que no les interesa Dios. Pablo ofreció un buen ejemplo. Sabía que Cristo le había hablado. Era un apóstol elegido, sin embargo, cuando surgieron problemas en la iglesia de Antioquía, Pablo hizo un viaje para consultar con hermanos en Jerusalén. Tuvo la humildad de preguntar si «[había] corrido en vano» o no (Ga 2.2). Es prudente escuchar a los hermanos y hermanas en Cristo.

Conclusión. Las computadoras solían venir con un juego ya instalado llamado «Buscaminas». El juego es del tipo matemático. Le ofrece al jugador una cuadrícula. Debajo de algunos cuadrados hay «minas», y debajo de otros hay números para decirle al jugador cuántos de los ocho cuadrados adyacentes tienen «minas» debajo de ellos. Muchas de las «minas» pueden detectarse mediante el razonamiento, sin embargo, a veces toda la matemática del mundo no da respuesta. El jugador tiene que adivinar; y si hace clic en una «mina», el juego termina, y pierde el juego. Una vez que el jugador hace clic en un cuadro, no recibe una segunda oportunidad.

Después de haber tomado malas decisiones en un juego, los niños a menudo gritan: «Otra oportunidad». Puede que funcione o no en un juego, sin embargo, en el mundo real a menudo no existen segundas oportunidades. Por cruel que parezca, las decisiones que toman las personas suelen ser definitivas. Un joven que decide cruzar a nado un lago, un poco más ancho de lo que pensaba, paga con su vida. Una joven se zambulle en una poza de agua que no conoce, se golpea la cabeza con una roca y queda paralizada de por vida. Una persona lo suficientemente mayor como para saber en qué se está metiendo se deja arrastrar a una relación extramarital y destruye un hogar.

Los accidentes y la muerte van incluso tras los jóvenes, sin embargo, quienes tienen la sabiduría para escuchar con prontitud evitarán muchas consecuencias terribles. Una mujer o un hombre sabio escucha a los demás. Santiago instó a sus lectores a escuchar, a escuchar «la ley de la libertad», a escuchar a sus hermanos cristianos, a escuchar la sabiduría que el mundo tiene para ofrecer.

Duane Warden

Una fe para tiempos difíciles (1.2–4)

En este manual de cristianismo práctico, el primer tema que abordó Santiago fueron las dificultades encontradas en la vida. La idea actual de que hacerse cristiano facilitará la vida y resolverá todos los problemas le era ajena.

Un rabino judío llamado Harold S. Kushner escribió un libro muy conmovedor. Kushner habla de su hijo, Aarón, que sufría de la enfermedad de «envejecimiento rápido». Durante once años, Kushner y su esposa vieron sufrir a su hijo. Cuatro días después de su decimocuarto cumpleaños, Aarón Kushner murió de anciano. Kushner luchó con el «por qué» había sucedido esto y escribió *Cuando a las personas buenas les suceden cosas malas*.⁵

Teológicamente hablando, no puedo estar de acuerdo con las conclusiones a las que llegó Kushner; sin embargo, en la práctica, entiendo la motivación detrás de su pregunta. Muchos han lidiado con los mismos pensamientos. En agosto de 1986, en un período de siete días, oficié o asistí a ocho funerales. Además de perder a un amado anciano debido al cáncer, cinco mujeres de nuestra congregación sufrieron un trágico accidente automovilístico. (Tres murieron instantáneamente y las otras dos murieron en el hospital.) Ese tipo de momentos hacen que una persona se desvele por la noche preguntándose: «¿Por qué?».

Santiago comenzó su epístola con lo que podría llamarse «Terapia de la realidad». Primero deseaba que los creyentes supieran que esperen tener los inevitables problemas de la vida. En segundo lugar, quería que supiéramos que nuestra fe en Dios puede marcar la diferencia en esos tiempos difíciles.

La realidad de las pruebas. Santiago 1.2, 3 dice: «Hermanos míos, tened por sumo gozo cuando os halléis en diversas pruebas, sabiendo que la prueba de vuestra fe produce paciencia». Santiago dio cinco verdades importantes sobre las pruebas en estos versículos.

1. Las pruebas son inevitables. Santiago no dijo: «Si os enfrentáis a pruebas», sino «cuando os halléis en diversas pruebas [...]» (1.2). El creyente que espera que su vida cristiana sea fácil se verá afectado. La vida siempre nos brinda alguna crisis que enfrentar, alguna decisión difícil que tomar, algún dolor que absorber o alguna enfermedad o

accidente del cual recuperarnos. Podemos tener la sensación de que la vida es una serie de problemas.

2. Las pruebas son multicolores. Cuando Santiago dijo «diversas pruebas», usó una palabra que podría traducirse con mayor precisión como «multicolor». El concepto que anunció Santiago es que las pruebas pueden presentarse en una variedad de formas y estilos. Cada una de las responsabilidades que tenemos en la vida tiene su propia prueba que la acompaña. Por ejemplo, ser padre tiene una perspectiva gloriosa y emocionante; sin embargo, como todo padre sabe, trae consigo su propio conjunto de dificultades y pruebas.

3. Las pruebas son impredecibles. En 1.2, el verbo «halléis» es la misma palabra que Jesús usó en la parábola del buen samaritano cuando dijo: «Un hombre descendía de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de ladrones» (Lc 10.30; énfasis añadido). Es como si Santiago estuviera diciendo que cualquier día, a cualquier hora del día, alguna prueba nos acecha, lista para saltar sobre nosotros. En todas y cada una de nuestras vidas, una prueba devastadora podría estar a la vuelta de la esquina.

4. Las pruebas prueban la fe. No quiere decir que Dios es el que hace que nos vengan los eventos difíciles, despreciables y devastadores de la vida. Está diciendo que nuestra fe y nuestra confianza en Dios se ponen a «prueba» cuando las cosas van mal. Es fácil creer en Dios y tener fe en sus promesas cuando todo va bien. ¿Qué le sucede a su fe cuando pierde su trabajo, le estafan los ahorros de toda su vida, le diagnostican una enfermedad potencialmente mortal, su cónyuge lo abandona o su hijo se hace adicto a las drogas? ¿Que hace entonces? Las pruebas de la vida colocan la fe en el fuego, y del horno siempre emerge una fe pura más brillante y más fuerte.

5. Las pruebas crean perseverancia. La pregunta que es respondida por la «prueba» de la fe es «¿Perseverará la fe?». La perseverancia no se puede alcanzar leyendo un libro, escuchando un sermón o haciendo una oración. Santiago dijo que la única manera de desarrollar la paciencia y el carácter en nuestras vidas es por medio de las pruebas. ¡Tenemos que pasar las dificultades de la vida confiando y obedeciendo a Dios!

La respuesta a nuestras pruebas. A lo largo de los años, los cristianos han tenido problemas con Santiago 1.2. Hemos tenido dificultades con la idea de que Dios quiere que tengamos «gozo» por los problemas de la vida. Si esa idea es cierta, ¿deberíamos salir y ver cuántas cosas malas podemos

⁵ Harold S. Kushner, *When Bad Things Happen to Good People* (*Cuando a las personas buenas les suceden cosas malas*) (New York: Schocken Books, 1981).

crear por nosotros mismos? Eso, obviamente, no concuerda con el carácter de Dios.

Se tienen que considerar dos ideas del texto. Primero, Santiago no dijo que las pruebas de la vida sean un gozo. Estar con nuestra familia, tener comunión con otros santos, ver a una persona convertirse en un hijo de Dios, son «sumo gozo». Las pruebas de la vida no son gozosas, sin embargo, debemos tenerlas como tales. En segundo lugar, los eruditos dicen que la palabra «tened» está en tiempo aoristo, lo cual quiere decir que el «gozo» viene después de la prueba. Quizás usted ha escuchado el viejo dicho: «Cuando la vida te dé limones, haz limonada». Esa declaración humorística, y a la vez difícil de practicar, de alguna manera explica el pensamiento de Santiago. A lo largo de la Biblia, se ve ejemplo tras ejemplo de aquellos que convirtieron la derrota en victoria y la prueba en triunfo.

Podemos tener nuestras pruebas como sumo gozo por tres razones. Estudiémoslas detenidamente:

Primero, podemos tener gozo porque creemos que no estamos solos. Tenemos un Señor amoroso y poderoso que estará con nosotros todo el camino. El salmista lo expresó de esta manera: «Aunque ande en valle de sombra de muerte, No temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo» (Sal 23.4). No solo está nuestro Señor con nosotros, sino que nuestra familia espiritual en Él también nos ayudará en los malos momentos. Recuerdo estar sentado en la casa de un anciano de la iglesia, tratando de consolarlo por la pérdida de su esposa, cuando dijo: «No sé cómo lo logran las personas que no son cristianas». Cuando oficiaba en tantos funerales, funerales para personas que amaba, recibí varias llamadas telefónicas de otros predicadores que me hacían saber que estaban orando por mí.

En segundo lugar, ser probado por medio de las pruebas puede ser, y debería ser, un tiempo de crecimiento. A medida que estudiamos el Antiguo Testamento, y especialmente la vida de David, nos convencemos de que la relación de David con el Señor, como lo demuestran los salmos que escribió, creció durante sus tiempos de angustia.

Santiago respondió al clamor de nuestro corazón para que nuestra fe fuera más consecuente y nuestra lealtad menos errática. Las pruebas de la vida son Dios probándonos, y solo superando las pruebas de la vida es que la fe se convierte en una práctica fuerte y constante.

En tercer lugar, las pruebas de la vida brindan

la oportunidad de ser más semejantes a Cristo. El escritor de Hebreos dijo: «puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios» (He 12.2). Tener pruebas y dificultades en la vida no es indicación de que Dios no nos ama. Quiere decir que vivimos en un mundo maldito por el pecado. Tenemos que decidir ser más como Jesús y dejar que nuestra fe marque la diferencia en nosotros por medio de esas pruebas. Santiago dijo: «Mas tenga la paciencia su obra completa, para que seáis perfectos y cabales, sin que os falte cosa alguna» (1.4).

Conclusión. Las pruebas no tienen por qué ser experiencias perjudiciales para las personas de fe. Los cristianos pueden crecer de las dificultades de la vida. Las pruebas de la vida brindan oportunidades reales para que la fe marque la diferencia. Cuanto más obra la fe, más madura el cristiano.

Bill Hooten

Cómo superar los problemas (1.5–11)

Una de las características aterradoras del mundo actual la constituye la necesidad generalizada de un apoyo para afrontar situaciones como la crianza de los hijos, afrontar el mañana, afrontar el problema de sentirse atrapado y el problema de tener tiempo y no saber cómo llenarlo. Las personas ya no pueden afrontar la rutina de llegar a fin de mes, los salvajes golpes de una enfermedad o las impactantes pérdidas de nuestros seres queridos. El cínico podría decir que la pregunta «¿Hay vida después de la muerte?» ha sido reemplazada por la pregunta «¿Hay vida antes de la muerte?».

A menudo nos resulta difícil afrontar los peligros de la vida. Podemos explicar bíblicamente esta condición por medio de las tragedias, enfermedades, pruebas y muerte que el pecado de Adán trajo a nuestro mundo. Todas las personas, creyentes e incrédulos, enfrentan el mismo tipo de pruebas y tribulaciones. También podemos explicar esta condición diciendo que las pruebas de la vida ponen a prueba nuestra fe y desarrollan la perseverancia para que podamos madurar. Sin embargo, cuando nos enfrentamos a uno de esos episodios traumáticos, tendemos a perder esta perspectiva bíblica.

Santiago, con su estilo eminentemente práctico, parecía saber lo que les sucedería a sus primeros lectores y a nosotros. Después de hablar del propósito de las pruebas y cuál debía ser el resultado

final de esas pruebas, nos dijo cómo superarlas. Al hacerlo, Santiago demostró cómo tiene que funcionar nuestra fe cristiana en nuestro diario vivir.

Pida sabiduría. Fracasamos en el manejo de nuestras pruebas porque carecemos de sabiduría. ¿Qué es la sabiduría? La sabiduría, de lo que se recoge del contexto, es la capacidad de ver las cosas desde la perspectiva de Dios. Es Dios mostrándonos la situación desde su punto de vista eterno. Nos muestra cómo encaja todo: cómo se supone que hemos de orar, qué se supone que hemos de hacer, cómo podemos superar el problema y, lo más importante, cómo ese problema puede ayudarnos a crecer.

El tipo de sabiduría de la que estamos hablando no es solo un conocimiento de la Biblia. El conocimiento de la Biblia hará que una persona sea conocedora, sin embargo, no necesariamente sabia. Si una persona sabe cómo usar la Biblia para entender la vida y guiar su conducta y la conducta de los demás en el laberinto de los problemas de la vida, entonces el conocimiento se ha convertido en sabiduría.

De acuerdo con su enfoque práctico de esta vida, podemos ver una hermosa franqueza y sencillez en las enseñanzas de Santiago. Dijo simplemente: «¿Te falta esta sabiduría? Pídale a Dios y Él estará encantado de dártela». ¡Así de simple! Tal simplicidad es totalmente irreal o encuentra su justificación en lo que se conoce acerca de Dios. Para Santiago, es lo último. Su doctrina proveniente de Dios era tal que podía hacer estas promesas dramáticas y saber que Dios cumpliría estas promesas.

¡Todos debemos saber que a Dios le encanta dar sabiduría cuando la pedimos! Existe una correlación directa entre lo que Salomón experimentó en el Antiguo Testamento y lo que Dios desea para cada cristiano. Recuerde la historia de Salomón (1° R 3). Inmediatamente después de ser designado para servir como rey de Israel, el Señor se le apareció en un sueño y le dio la oportunidad de pedir cualquier cosa. Al Señor le agradó que Salomón pidiera un «corazón entendido» para juzgar al pueblo de Dios, para discernir entre el bien y el mal (1° R 3.9). Tiene que quedar muy claro de lo aprendido de las Escrituras que Dios siempre se complace cuando pedimos sabiduría para hacer Su voluntad. Él desea responder a este tipo de oraciones.

¿Por qué Dios desea que le pidamos este tipo de sabiduría? Porque en nuestro entendimiento

cristiano, la oración implica una confesión de nuestras insuficiencias morales y nuestra aspiración a ser más semejantes a Cristo. Cuando el cristiano se enfrenta a la presión de sus compañeros para hacer el mal, o se enfrenta a problemas familiares o la muerte de un ser querido, en lugar de depender de sus propias fuerzas, le pide ayuda a Dios. Su oración puede ser: «¡Dios, no puedo con esto! Con tu ayuda, lo superaré y seré una mejor persona». Esta oración está en consonancia con la vida cristiana que confía en la fuerza de Dios y no en la nuestra.

Deje que su fe obre. Cuando leemos 1.6–8, a menudo nos encontramos diciendo: «Pero Santiago, lucho mucho con la duda». No queremos decir que dudemos de esas verdades que son fundamentales para el cristianismo. Por ejemplo, no dudamos de la existencia de Dios, de Jesús como Dios hecho carne, del Espíritu Santo como fuerza activa de Dios, la resurrección de Jesús de entre los muertos, la salvación por gracia mediante la fe en Jesús, la importancia primordial de la iglesia que erigió Jesús, y la necesidad que tiene el hombre de ser obediente a la voluntad de Dios. Con lo que luchamos es lo siguiente: «¿Usará Dios Su poder para ayudarnos durante los momentos difíciles de la vida?». De hecho, a menudo nos identificamos cada vez más con el padre angustiado de Marcos 9 que exclamó: «Creo; ayuda mi incredulidad» (Mr 9.24).

Nada en Dios le impide darnos sabiduría en tiempos de angustia, sin embargo, puede que exista una barrera en nosotros. Es por eso que Santiago dijo: «Pero pida con fe, no dudando nada» (1.6). Quiere decir no solo creer en Dios, ya que estaba escribiéndole a creyentes, sino creer que Dios puede y hará lo que Sus hijos le pidan.

En estas luchas, podríamos enfrentar al menos dos problemas. Primero, es posible que no sepamos qué pedir. ¿No somos propensos en tiempos de dificultad a pedirle a Dios que elimine esa dificultad? Eso no es lo que dijo Santiago. Dijo claramente que pidamos «sabiduría» para que podamos madurar habiendo pasado por las dificultades de la vida. En segundo lugar, es posible que no estemos seguros de que incluso con la ayuda de Dios pueda salir algo bueno de los problemas que enfrentamos. Santiago usó un par de expresiones coloridas para describir este tipo de situación. En 1.6, dijo: «el que duda es semejante a la onda del mar, que es arrastrada por el viento y echada de una parte a otra». El mar embravecido está

completamente a merced del viento, cambiando en cualquier dirección que sople. Sin embargo, la mejor descripción está en 1.8. Dice que un hombre que duda es un «hombre de doble ánimo». La palabra griega usada aquí quiere decir literalmente «de dos almas». Es como si un alma declarara «Yo creo» y la otra a su vez gritara «¡Yo no!». El hombre tiene una lealtad dividida, a veces abandona esa esperanza y no encuentra una solución. Este tipo de individuo correspondería al «Sr. Mira ambos caminos» en la clásica alegoría de John Bunyan, *El progreso del peregrino*,⁶ escrita en 1678.

Si confiamos en Dios, reconocemos que Su camino es el mejor antes de saber cuál es. Si le pedimos sabiduría, con este tipo de fe, la recibiremos. Con la sabiduría de Dios, podemos avanzar con certeza.

No dependa de las cosas equivocadas. Muchos eruditos creen que Santiago 1.9–11 introduce un tema completamente nuevo. Sin embargo, dado que el material en el contexto tiene que ver con perseverar por medio de las pruebas de la vida, es mejor entender que los presentes versículos están relacionados con el mismo tema general.⁷

A menudo nos sentimos abrumados por los problemas de la vida porque ponemos nuestra confianza en las cosas materiales. El hermano «rico» ve su riqueza como una seguridad; el hermano «pobre» dice que su falta de riqueza es la razón por la que no puede manejar las dificultades de la vida. Santiago parece estar indicando que las «pruebas» borran cualquier distinción superficial y brindan nuevas perspectivas sobre la riqueza.

La «exaltación» en la que el hermano pobre «se gloria» se refiere, ante todo, a su posición en Cristo. Al salvarle, Dios lo eleva y le da nueva dignidad y valor. Se da cuenta de que es valioso para Dios, la iglesia y el mundo. En este contexto, sin embargo, parece más probable que Santiago tuviera en mente el «privilegio de sufrir por Cristo». Las Escrituras están llenas de este tipo de enseñanza (Hch 5.41; 2ª Ti 3.12; 1ª P 4.16). Sufrir persecución por Jesús eleva al cristiano a una posición de honor que compensa con creces su pobreza.

El mismo trato que exalta al pobre y le da un nuevo sentido de valía también humilla al rico.

⁶ John Bunyan, *The Pilgrim's Progress (El progreso del peregrino)* (Philadelphia: J. W. Bradley, 1859).

⁷ Donald W. Burdick, «James» («Santiago») en *The Expositor's Bible Commentary (Comentario bíblico del expositor)*, ed. Frank E. Gaebelin (Grand Rapids, Mich.: Zondervan Publishing House, 1981), 12:169.

El sufrimiento le muestra que en lugar de tener una oportunidad duradera en la vida debido a su riqueza y posesiones, su vida no es más permanente que una flor silvestre. Por lo tanto, Santiago dijo:

... pero el que es rico, en su humillación; porque él pasará como la flor de la hierba. Porque cuando sale el sol con calor abrasador, la hierba se seca, su flor se cae, y perece su hermosa apariencia; así también se marchitará el rico en todas sus empresas (1.10, 11).

Conclusión. ¿Cómo manejamos nuestras pruebas? ¿Con nuestra propia fuerza o riqueza material? Si esto hacemos, ¡la vida será un golpe aplastante tras otro! Hasta que aprendamos a humillarnos y pedirle ayuda a Dios, creyendo que Él nos ayudará, nuestras pruebas serán abrumadoras.

Bill Hooten

La elección de la fe (1.16–18)

El año 1983 tuvo que haber sido muy extraño para el pueblo alemán. Durante ese año celebraron a dos hombres de importancia histórica, pese a que tenían dos filosofías de vida completamente diferentes. Ese año marcó el aniversario número quinientos del nacimiento de Martín Lutero y el centenario de la muerte de Karl Marx. Marx es el padre del socialismo. Su desarrollo condujo al encarcelamiento del espíritu humano (y a menudo del cuerpo) de muchas personas. Lutero, líder del Movimiento de Reforma, llevó a las personas a la libertad religiosa fuera del catolicismo medieval.

En nuestro mundo, vemos claramente dos ideologías diferentes en acción. El poder del príncipe de las tinieblas a menudo seduce salvajemente a las personas a la esclavitud del pecado. El evangelio de Jesucristo libera a los hombres por medio de Su sangre. Uno trabaja por la ruina del hombre, mientras que el otro trabaja por la salvación del hombre.

Santiago sabía que nos enfrentaríamos a una decisión entre estos dos estilos de vida en competencia. Mediante la inspiración, supo cuál sería el mejor. Estaba tratando de inculcarnos la decisión correcta. Quería que eligiéramos la fe.

La elección de resistir el engaño. Santiago nos estaba ayudando en las decisiones que tomamos al advertirnos que no fuéramos engañados (1.16). Inmediatamente preguntamos: «¿Ser engañado acerca de qué?». Se pueden mencionar dos ideologías de los versículos anteriores: el propósito de las pruebas externas (1.2–4) y la fuente de la tentación interna (1.13–15). Parecería que Santiago estaba

señalando lo que estaba a punto de decir. Esta advertencia sobre ser engañado se usa a menudo en el Nuevo Testamento como una introducción a una idea significativa (1ª Co 6.9, 10; Ga 6.7, 8).

Una de las ideas importantes que tienen que comprenderse de este texto es que son los «Amados hermanos» a quienes se advierte sobre el engaño. Satanás trabajará más duro que nadie para engañar a un creyente. Los cristianos pueden tomar decisiones equivocadas; de hecho, pueden ser engañados.

La elección de reconocer la bondad de Dios. No debemos ser engañados creyendo que sucumbir a la tentación, seguir a Satanás, se convertirá en algo bueno para nosotros. Podemos saber esto, «Toda buena dádiva y todo don perfecto desciende de lo alto, del Padre de las luces, en el cual no hay mudanza, ni sombra de variación» (1.17). También debemos darnos cuenta de que esto enfatiza el punto anterior de Santiago. En vista de que Dios solo da cosas buenas, no puede dar tentaciones destructivas, como se señaló en 1.13. Lo que Dios da se caracteriza por la bondad y la utilidad.

A menudo, el hombre, lleno de lo que puede hacer, intenta dejar a Dios fuera del cuadro. Conducirá muchos kilómetros para ver la belleza de la naturaleza: los jardines de rosas de Tyler, Texas; las flores de aciano de Texas Hill Country; las azaleas de Muskogee, Oklahoma; o el follaje de las montañas Ozark, sin embargo, no parece darse cuenta de que no habría una sola flor, ni floración u hoja, sin Dios.

Algunos podrían forzar demasiado este texto al diferenciar entre los dones «buenos» y los dones «perfectos». Ven los «buenos» dones como aquellos dones que todas las personas comparten (como comida, aire y agua); y los dones «perfectos» como bendiciones que se dan a los que están en Cristo. Si bien esta diferenciación puede ser cierta acerca de los «dones» que Dios da, parecería escapar al punto que Santiago estaba presentando aquí. Santiago quería que viéramos que la naturaleza de Dios le prohíbe a Él involucrarse en la tentación (1.13, 17). Además, Dios es el único dador que da dones buenos y perfectos (1.17). No trata de prepararnos para una caída, bendiciéndonos un día y tentándonos al siguiente. Él «no cambia como sombras cambiantes» (1.17; NIV) sino que constantemente nos ofrece lo que es bueno y perfecto. Debe quedar grabado en nuestra mente que cuando elegimos a Dios, elegimos lo mejor.

La elección de recordar la gracia de Dios. Para reforzar el punto que se está planteando, Santiago dijo lo que Dios ya ha hecho por nosotros. Seguramente su razonamiento tiene que haber sido: «Cuando recuerden lo que Dios ya ha hecho por ellos, su decisión de elegir el curso de la fe será más fácil». Santiago enumeró tres acciones que Dios ha tomado por el creyente obediente (1.18).

Primero, «Él eligió» (NIV). La Reina-Valera lo tradujo, «de su voluntad». Dios tomó una decisión; y cuando todo estuvo listo, comenzó el proceso para salvar al hombre (Ga 4.4, 5). Siempre ha sido la intención de Dios ofrecer salvación a todas las personas (Ef 1.4, 5; 1ª Jn 2.2). Dios no tenía ninguna razón de peso para salvar al hombre, excepto que Él tomó una decisión y ofreció la salvación.

En segundo lugar, Él «nos hizo nacer por la palabra de verdad». Sin duda alguna, Santiago estaba hablando del «nuevo nacimiento» (Jn 3.5; Tit 3.5). Este es el momento en que un anciano maldecido por el pecado es sepultado en la muerte de Jesús y resucita (nace) como un nuevo hombre (Ro 6.4). El agente que nos mueve y nos enseña acerca de este nuevo nacimiento es la «palabra de verdad». William Barclay simplemente dijo: «*La palabra de verdad es el evangelio*».⁸ Esta declaración coincide con lo que nos dicen las Escrituras (Ro 1.16; Stg 1.21; 1ª P 1.23).

En tercer lugar, hizo todo esto «para que seamos primicias de sus criaturas». Las dos primeras frases apuntan a la tercera. Un cristiano es una especie de «primicia» de todo lo que Dios creó. Las «primicias» fueron ofrecidas durante la Pascua (Lv 23.10; Dt 26.2) porque eran lo mejor. Este concepto del Antiguo Testamento fue trasladado al Nuevo Testamento, y la expresión se usa con frecuencia (vea 1ª Co 15.20; 16.15; Ap 14.4). La expresión, tal como se usa en Santiago, parece tener un doble significado. Dice que el cristiano es lo mejor de toda la creación de Dios, e indica que se producirá más fruto.

Conclusión. Cuando nos enfrentemos a las tentaciones del diablo, recordemos lo que Dios ya ha hecho por nosotros. Fuimos «elegidos» para «nacer de nuevo» y poder ser parte de las «primicias» de toda Su creación.

Bill Hooten

⁸William Barclay, *The Letters of James and Peter (Las cartas de Santiago y Pedro)* rev. ed., The Daily Study Bible Series (Philadelphia: Westminster Press, 1976), 63.

(Viene de la página 2)

tema de 1.21 es la recepción de la Palabra de Dios. Esa Palabra puede «salvar», sin embargo, sólo si el cristiano permite que sea «sembrada» (arraigada profundamente) en su corazón.

¿Cómo hacemos para crear un corazón que reciba así la Palabra? En este versículo, un corazón que recibirá la Palabra apropiadamente y con buen efecto es identificado como poseedor de dos rasgos necesarios. Primero, tiene que «deshacerse de toda inmundicia moral y mal que prevalezca». Algunos no permiten que la Palabra sea «sembrada» en sus corazones porque no hay lugar para ella. Su arrepentimiento de la antigua forma de vida fue incompleto. El evangelio no tendrá todo su efecto en la producción de carácter cristiano y dedicación en una persona hasta que ésta descarte todos los restos pecaminosos de su vida anterior. En segundo lugar, se tiene que recibir la reprimenda y el consejo del evangelio «con humildad». Algunos cristianos se enojan cuando la Biblia reprende algún pecado que les place cometer y se resienten con el predicador o maestro que les sacó a relucir el tema. El cristiano jamás será lo que tiene que ser hasta que deje de interponerse y permita que Dios guíe su vida por medio de la Palabra. Los elementos de un corazón bueno y fructífero son la pureza y la humildad. Cualquier individuo cuyo corazón se caracterice por esos rasgos crecerá en fuerza y estatura espiritual.

El andar y el obrar. Las verdades del evangelio tienen que traducirse en acciones concretas para que sean beneficiosas. Asistir a un servicio de adoración y escuchar un sermón prestando poca atención a alguna verdad importante no tiene ningún valor si como resultado no impacta en el comportamiento propiamente dicho de la persona. En una congregación en la que serví como ministro, conocí a un hombre al que le gustaban los sermones que eran fuertes, directos y de naturaleza trepidante. Llegaba a la puerta trasera y expresaba cuánto le agradaba ese tipo de sermones, incluso si era uno que lo confrontaba directamente a él. A menudo me pasaba por la cabeza: «¿Por qué le agrada ese tipo de sermón, especialmente cuando nunca mostró ninguna evidencia de cambio?». Un día

lo descubrí; él creía que si podía bajar la cabeza y aceptar ese tipo de sermón, debía estar bien. Esa es exactamente la razón por la que Santiago dijo: «Pero sed hacedores de la palabra, y no tan solamente oidores, engañándoos a vosotros mismos» (1.22).

Al expresar la necesidad de nuestra obediencia a la Palabra, Santiago señaló tres puntos. Primero, en 1.23, 24, ilustró la naturaleza del hombre que escucha y olvida. ¿Puede imaginarse usted a una persona mirándose en un espejo y luego olvida inmediatamente su apariencia? Santiago tendría dificultades para imaginarse a alguien escuchando la Palabra y luego olvidándola inmediatamente. El hipócrita escucha, asiente con aprobación e incluso profesa estar de acuerdo con la verdad; sin embargo, luego sigue su camino para vivir precisamente como le plazca, incluso si para hacerlo tenga que desafiar la verdad que acaba de escuchar.

En segundo lugar, en 1.25, Santiago dijo que Dios prometió una bendición a aquellos que obedecen la Palabra. Parecería obvio que la bendición sería la salvación que se menciona en 1.21.

Finalmente, Santiago concluyó analizando algunas áreas de la obediencia, a saber: desafíos a ser escuchados y puestos en práctica. En 1.26, preguntó: «¿Mantienes tu lengua bajo control?». Santiago sabía del problema que les causaba la lengua (y que nos causaría a nosotros); por lo tanto, enfatizó repetidamente que nuestra fe tiene que hacer algo por nuestra lengua. Además, quería saber si estaban cuidando activamente de los necesitados. Seríamos la peor clase de hipócritas si descuidamos a los necesitados porque nuestro Dios siempre se ha preocupado por ellos. Tenemos que seguir el ejemplo de Jesús para satisfacer las necesidades de las personas. Jesús amó a las personas y se desvivió por satisfacer sus necesidades. Su amor en acción le ayudó a conseguir una audiencia favorable para el mensaje que predicó; no podemos hacer menos.

Conclusión. Uno de los grandes pecados del antiguo Israel fue reducir su religión al ritual y la ceremonia. Descuidaron los asuntos prácticos y simplemente realizaron sus formas externas. La actitud de Dios no ha cambiado; sigue repudiando la hipocresía. Él espera que vivamos nuestra fe.

Bill Hooten

«Os saludan todas las iglesias de Cristo» (Romanos 16.16).

This is part three of a Spanish translation of "James."
Truth for Today, 2209 Benton Street, Searcy, Arkansas 72143, USA
www.biblecourses.com